



Hablando pronto y mal

Amando de Miguel

Lectulandia

Comentarios y apuntes divertidos sobre el habla actual de los españoles: palabras extravagantes, dobles sentidos, palabras malsonantes, idiotismos y vulgarismos, el lenguaje de los políticos y la jerga de los tertulianos; todo comentado sin pedantería por un gran observador del lenguaje como es Amando de Miguel.

Este es un atrevido ensayo sobre el lenguaje de los españoles de hoy, sus aciertos expresivos, sus modas y sus disparates. Se explora el eje afectivo de las palabras (entre la admiración y el desprecio) que sirve para interpretar tantas situaciones. Se analiza la retórica vana de algunos hombres públicos, especialmente del estrato semiculto. Se concreta en dos fenómenos llamativos: el politiqués (el peculiar dialecto de los políticos) y el tertulianés (las artimañas dialécticas de los tertulianos de la radio o la tele). El libro es crítico en la intención, polémico por naturaleza y, al final, divertido. Puede servir también como estímulo para sacar todo el partido posible a la lengua española culta y a la coloquial.

Lectulandia

Amando de Miguel

Hablando pronto y mal

ePub r1.0

jandepora 17.03.14

Amando de Miguel, 2013

Editor digital: jandepora
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Carmen de Miguel,
maestra de español en las antípodas.

TÁBULA GRATULATORIA

Un libro es el resultado de múltiples influencias, algunas azarosas o providenciales. Siempre me interesó la cuestión de la lengua y el lenguaje. Hace medio siglo pasé el noviciado sociológico en la Universidad de Columbia (Nueva York). Era sobre todo una Sociología empírica y cuantitativa. Mi maestro Juan J. Linz me exhortó: “Ahora a leer novelas y a pulir esa escritura”. Se entenderá que, aparte de mi dedicación a la Sociología de las encuestas, haya utilizado la novela como fuente de conocimiento en varios libros. Al final hasta me he atrevido a componer relatos de ficción. Todo fue por el consejo de mi maestro y mi natural movedizo.

Hace un par de decenios escribí un ensayo sobre *La perversión del lenguaje* (Espasa, 1994). El estímulo inmediato fue la comprobación de los errores léxicos que se deslizaban en los exámenes y trabajos de los alumnos. Lo curioso es que coincidían con los que observaba en los medios de comunicación. Acuñé con ironía el concepto de “politiqués”. Fue una revelación.

Llevo varios lustros colaborando regularmente en *Libertad Digital* sobre la materia que llamo “la lengua viva”. Es una seccioncilla muy entretenida en la que comento las observaciones de los lectores sobre asuntos de lenguaje. He aprendido mucho.

En 2008 di un curso sobre “Sociología del lenguaje” en la Universidad de San Antonio (Texas), invitado por el profesor Francisco Marcos-Marín. Juntos publicamos el libro *Se habla español* (Biblioteca Nueva, 2009). Publiqué también *La magia de las palabras* (Infova, 2009), gracias a la generosidad de Iñaki de Miguel. Esos dos textos me han servido para dar el salto a este ensayo más comprometido.

En 2009 Carlos Herrera me cedió un espacio regular en su programa de Onda Cero para que comentara cuestiones léxicas. De modo espontáneo he seguido deslizando esos comentarios, siempre que he tenido ocasión, en las tertulias de Intereconomía. Esas experiencias y otras de colaboración en la prensa, la radio y la tele han sido muy estimulantes. Al final, el papel con el que me ven mis coterráneos es el de sociólogo, escritor y tertuliano. Quiero decir que observo y opino.

A lo largo de los dos últimos años he mantenido continuas conversaciones a través del *facebook* con una selecta cofradía de “feisbuqueros”, como nos llamamos entre nosotros. Con algunos de ellos me he reunido después de modo regular en una tertulia del café Gijón y otros agradables foros. Hemos discutido y porfiado sobre algunos de los contenidos que aquí se muestran. Esa inesperada e intensa relación ha sido muy gratificante.

En este mismo curso he impartido un seminario sobre “Sociología del lenguaje” en la Universidad Tomás Moro para mayores (de 40 años). Los estudiantes me han

suscitado algunas dudas de interés. Notable ha sido, por ejemplo, la aportación de Mario Gastaña sobre las analogías en Medicina. Mis clases las daba por escrito y esos papeles han sido la base de este texto. El cual lo reclamó Pilar Cortés, quien le puso título, sugirió la orientación definitiva que debía darle y hasta me corrigió algunas impertinentes erratas.

Un asiduo “feisbuquero”, Francisco Capitán, me invitó a que hablara a sus estudiantes de los contenidos de este texto. Fue en Alcalá de Henares para celebrar el Día del Libro, justo cuando había concluido de teclearlo.

Esa es la historia natural de este librito, que culminará con las respuestas de los lectores. A todas las personas mencionadas y a las que están detrás de los estímulos dichos, mil gracias derramando.

INTRODUCCIÓN PARA LECTORES INTELIGENTES

Este es un libro sobre lo más nuestro. Me refiero al idioma corriente de muchos españoles del siglo XXI. Es lo que determina nuestro nombre, el lugar de donde nos sentimos, la forma usual de pensar y razonar. A saber si lo que haya de mentalidad o carácter colectivo no está detrás de las palabras. Por eso promete ser este un escrito de curiosidad y entretenimiento.

Aun a riesgo de desilusionar a algunos lectores, mi propósito primero es el de orillar tres inveteradas polémicas lingüísticas. Adelanto solo mi posición para despacharlas en poco más de una página.

(1) ¿Mi lengua es el español o el castellano? Tanto da. Quizá históricamente sea más el castellano y en el mundo actual aparezca como el español. Pero dentro de España, por contraste con otras lenguas algo más antiguas, nos referimos muchas veces al castellano. Pero ya digo que la dicotomía me parece poco trascendente. Habrá que recordar dos documentos primordiales: la *Gramática de la lengua castellana*, de Antonio de Nebrija (1492) y el *Tesoro de la lengua castellana o española*, de Sebastián de Covarrubias (1611).

(2) ¿Dónde se habla mejor español, digamos, en Valladolid o en Bogotá? Tampoco existe verdaderamente esa oposición. Hablan bien el español y sobre todo lo escriben las personas cultas de ambas ciudades. De manera preclara, por ejemplo, Miguel Delibes en Valladolid o Nicolás Gómez Dávila en Bogotá.

(3) ¿El español de España es el auténtico o solo una parte pequeña del español que se habla en el mundo? Las dos coas. Es el auténtico porque en España cristalizó por primera vez, pero luego cruzó el océano y se convirtió en una de las pocas lenguas de comunicación internacional. El “dialecto europeo del español” es solo una modesta fracción de esa lengua de todos nosotros, los hispanohablantes. No es menos cierto que alguna ventaja tendría que tener la primacía histórica. El diccionario o la gramática oficiales se hacen previa consulta a las Academias de todos los países hispanohablantes. No obstante, esos mismos textos recogen multitud de argentinismos, mexicanismos, etc., pero no dicen que haya “españolismos”. Esos serían los términos privativos del español de España. Parece una cansina redundancia. No solo eso; puede ser una inexactitud. Por ejemplo, para los oídos de un castellano viejo como un servidor el hablar de un canario se asemeja mucho al de un caribeño. Se puede discutir el hecho de si los españoles formamos una unidad política, pero decididamente no somos una unidad lingüística. Aun así, no se puede evitar que haya un decidido aire de familia común a todos los que en España oímos español de cutio.

Desde el primer diccionario oficial —el de Autoridades, de 1726— la Real Academia Española ha ido confeccionando los sucesivos lexicones sobre una base

segura. El idioma verdadero era el que correspondía a la hueste de autores de libros, consciente de escribir en castellano o español, desde Gonzalo de Berceo hasta el presente. Un paso revolucionario ha sido en nuestros días el diccionario de Manuel Seco y colaboradores (1999). Ahí el criterio ha sido el de recoger el empleo del español por parte de los escritores del último medio siglo, incluidos los autores de piezas periodísticas. Como es natural, ese método nos acerca más a la lengua culta que realmente se habla por nuestros contemporáneos. Un paso más lo ha dado el diccionario de Manuel Alvar Ezquerro (2003), que se basa en el español de los artículos periodísticos de los últimos lustros del siglo xx. La presunción común de los tres enfoques —y de otros parecidos— es que los escritores adoptan el lenguaje que habla el pueblo. Es un suponer.

En mi caso, al no ser lexicógrafo ni nada parecido, el método es un poco a la pata la llana. Toco de oído. Anoto el castellano de mis contemporáneos y compatriotas, no solo en sus escritos sino sobre todo en las conversaciones o a través de los medios. No es un inventario sistemático. Mi propósito no es llegar a componer un diccionario del español hablado en nuestros días sino algo mucho más modesto. Consiste en sacar punta del modo de hablar y escribir hoy en España, pero a título de ilustración para poder explicar por qué se emplean unos términos y no otros. Esa exploración es solo un adelanto para adentrarme en la espesura del lenguaje semiculto y al final del “politiqués”. Ya sé que sería un propósito desmesurado si pretendiera ser propedéutico. Me conformo con deleitar al lector y hacerle cavilar por su cuenta a partir de lo que aquí digo. Mis observaciones se ciñen al territorio de España, después de todo, una pequeña provincia del mundo hispanohablante. Pero es la mía. No lo digo por una empena nacionalista sino por la potísima razón de que es el espacio de mis afanes y sobre el que puedo hablar con alguna solvencia.

Los lingüistas hispanoamericanos me perdonarán que cuando me refiero a la lengua española o castellana no tenga que insistir en la perífrasis del “dialecto europeo de la lengua española”. Pero ese es uno de los casos en los que la precisión está reñida con la llaneza. Tampoco es cuestión de escribir en papel de fumar, si se me permite retorcer el vulgarismo.

En síntesis, hay dos métodos de explicar la lengua. El más científico de los lingüistas es la consulta del diccionario o del corpus correspondiente donde se archivan las palabras que han utilizado las generaciones de escritores. El más socorrido y simple es el de aplicar el oído al habla de los contemporáneos. Es el que se sigue en este texto, con más curiosidad que sistema. De la lengua pasamos al lenguaje, más que nada un uso social.

Debo advertir que me he propuesto evitar el mayor número posible de términos técnicos, lingüísticos y sociológicos. No escribo ahora para los colegas, ni para acumular méritos académicos. El riesgo es que algunos razonamientos pasen por ser

científicamente débiles. La ventaja es que pueden servir para pensar, mejorar al conocimiento de la lengua propia y, en definitiva, para solazarse.

Nuestro poeta primate, Gonzalo de Berceo, escribió al comienzo de la *Vida de Santo Domingo de Silos*: “Quiero fer una prosa en román paladino/ en el qual suele el pueblo hablar a su vecino”. Suscribo tal autorizada intención, con la particularidad de que lo acuciante ahora es llegar a destripar ese “román paladino” de mis coterráneos y contemporáneos. Me urge entender por qué tan a menudo esa forma de expresarse cristaliza, degenera o se volatiliza. De modo especial me atrae el habla de los hombres públicos.

La diferencia de este texto con otros de ilustres lingüistas es que aquí lo que se critica o se propone no tiene ninguna autoridad. Otrosí, lo expuesto no es para zanjar discusiones o polémicas sino para suscitarlas.

Escribo en una época de forzada austeridad por la famosa crisis económica. Se ha reducido a lo indispensable el consumo de muchos bienes. Pero hay uno en aumento: la necesidad de leer y de escribir. Incluyo, naturalmente, la lectura y la escritura a través de los teclados. No sé si valdrá mi observación de sociólogo entrometido, pero cada día veo más personas en el metro madrileño que van leyendo o tecleando. Lo cual no quita que seamos los españoles un pueblo facundo y hasta verborreico. La conversación intrascendente que no nos la quite nadie. Por falta de palabras que no sea.

A lo largo de estas páginas el lector va a holgarse con el registro de muchas frases hechas, expresiones troqueladas por el uso. No se han fijado así por casualidad, sino por una evolución natural que las hace afines al carácter prevalente en la sociedad. En España moran algunos demonios familiares que hacen particularmente conflictivas las relaciones personales. Tres son nuestros espíritus malignos que conviven en buena inteligencia: la desconfianza, el pesimismo y la envidia. Podemos identificarlos con otros tantos dichos populares: (1) *No te fíes, ni fíes, ni confíes, ni porfíes, ni hijos ajenos críes*. (2) *Piensa mal y acertarás*. (3) *Ajeno es todo lo que se desea*. Ya sé que se podrían citar otros muchos refranes en apoyo de las tesis contrarias, pero dejo constancia de los que me interesan. He escrito muchas páginas sobre la desconfianza, el pesimismo y la envidia de los españoles. En las que siguen trato de explorar otra faceta: cómo es que esos rasgos del supuesto carácter nacional condicionan una manera de hablar o escribir.

Varias veces alego la premisa de que la sociedad española tramita mal los conflictos personales y que esa deficiencia se traduce en el lenguaje ordinario. Tómese como una hipótesis que habrá que comprobar todas las veces que haga falta. Una manifestación de esa tacha es la dificultad de las formas del lenguaje para pedir perdón. Lo de *entonar el mea culpa* (= venir obligado a pedir disculpas) es algo que no se hace y no se recibe con simpatía. La reacción primera antes de excusarse es

buscar la culpa en el otro. Quizá sea un residuo infantil.

Mi propósito central no es el de dar lecciones para hablar y escribir correctamente. Hay textos mucho más provechosos para ello. (Véase el de *El libro del español correcto* del Instituto Cervantes o el *Nuevo diccionario de dudas y dificultades de la lengua española*, de Manuel Seco). No obstante, será inevitable que comente aquí el empobrecimiento del léxico, de modo especial en el campo que me subyuga, el de los hombres públicos o de los estratos semicultos. En defensa de la baqueteada clase política diré que la degradación del lenguaje público es consonante con otros muchos aspectos de la vida española. Lo general es que se descuidan las formas. No hay más que ver el desaliñado atuendo de algunos diputados del Congreso. Ya no parecen “sus señorías”. Puede que los deterioros todos sean un correlato necesario del alto nivel de igualdad social que se ha conseguido en la sociedad española. Vaya lo uno por lo otro.

Empiezo a sospechar que estos espasmos del lenguaje semiculto que aquí voy a tratar tienen poco que ver con la Lingüística. Son más bien la manifestación de un mal endémico de mayor enjundia, a saber, el escaso cumplimiento de todo tipo de obligaciones. Por tanto, la cuestión es en el fondo más moral que otra cosa, aunque a primera vista pueda parecer una cuestión estética o de gusto.

Hay una cláusula que se va a repetir mucho en estas páginas: “por ejemplo”. No tengo más remedio que reiterarla. Este es un juicio sobre el hablar de ciertos españoles altivos, pero lo hago a la manera inglesa, en la que el juez empelucado muestra casos y precedentes. Su intención es sentar jurisprudencia. ¿No podría haber también “socioprudencia”?

1

LA LENGUA ES LO ÚNICO GRATIS

La *lengua* es un sistema de signos y sonidos convencionales que sirven para comunicarse. Una primera distinción es entre la lengua materna y las demás que son de aprendizaje. Decimos también *idioma* (= lo nuestro) para resaltar la lengua primera de una comunidad de hablantes. Desgraciadamente, *idioma* es una palabra emparentada con *idiota*. No digo más.

Se oye mucho lo de *lengua propia* para la que es privativa de una región. Se dice así como contraste con la *lengua común*, la oficial en toda España, la que entienden casi todos los españoles. Pero las lenguas no son “propias” de los territorios sino de los habitantes que moran en ellos. Es claro, por ejemplo, que la lengua propia de muchos vascos es el castellano. La distinción más útil es entre *lengua internacional* (= la que se aprende por muchas personas que no la tienen como materna) y *lengua étnica* (= la que no consigue esa ampliación). No es una dicotomía basada en posibles méritos o bondades, sino que obedece al azar, a la coyuntura histórica. Durante siglos el inglés fue una lengua étnica que ni siquiera hablaban todos los ingleses. Las clases acomodadas de Inglaterra preferían manifestarse en francés. El inglés es hoy la lengua más internacional, la *lingua franca* del mundo entero. Ese dato me va a permitir que utilice muchas veces el contraste entre los giros anglicanos y los hispanos.

El interés por el idioma español no es solo porque el autor de este texto y sus lectores manejen esa lengua. Es algo más general y objetivo. Es el hecho de que el español es una de las pocas lenguas internacionales que existen en el mundo. Lo es al lado de otras 5000, más o menos, que no llegan a esa cualificación. Una lengua internacional es la que trata de cumplir las condiciones siguientes:

1. La escriben regularmente una gran parte de los hablantes, aunque solo sea a través de los teclados.
2. Utiliza el alfabeto llamado latino (de origen fenicio).
3. Cuenta con una notable tradición literaria escrita, que en parte ha podido traducirse a otras lenguas.
4. Su fonética es clara. Para entender una palabra corriente no es menester deletrearla.
5. Se habla en varios países.
6. La consideran como propia o familiar muchos hablantes; pongamos por caso más de cien millones.
7. La aprenden muchas personas que no la tienen como lengua familiar.

8. Se deja traducir fácilmente a otras lenguas; por ejemplo, los topónimos.
9. Acumula una cierta cantidad de obras originales de pensamiento o cultura.
10. No se sanciona socialmente a los extranjeros que la hablan mal.

Según el anterior decálogo no habrá en el mundo más de una docena de lenguas que acumulen al menos siete de los diez puntos de la escala. Desde luego, el español está entre ellas y con un índice alto. Si el resultado de la medición no diera más de cuatro puntos, diríamos que se trata claramente de una lengua étnica.

La escala no mide la dignidad de una lengua. Todas son respetables, como las razas o las religiones porque lo son las personas. Lo que intento decir es que solo hay unas pocas lenguas con posibilidades de expansión y de influencia cultural. El español es una de ellas, con la particularidad, además, de que las variaciones territoriales son muy escasas. No podríamos decir lo mismo del inglés, el chino o el árabe. Ciertamente es que en España hay otros idiomas, aparte del castellano, pero solo ese último es el que normalmente pueden entender todos los españoles.

Así pues, no es un tópico decir que el español es un gran activo intangible para sus hablantes. Maravilla es que los gobernantes españoles no hayan descubierto todavía que ese patrimonio podría requerir un nuevo impuesto. No se tome como sugerencia.

La difusión internacional del español se debe fundamentalmente al dato de que es la lengua más aprendida por los estudiantes de los países anglófonos. Se intuye que la combinación de inglés y español es la más eficaz para difundir algo a escala mundial. Se ha visto recientemente en el Vaticano.

El tratamiento que da al español la Constitución de 1978 resulta inapropiado: “El castellano es la lengua española oficial del Estado. Todos los españoles tienen el deber de conocerla y el derecho a usarla”. Mejor habría sido que no se hablara de la oficialidad del castellano y, en todo caso, que eso fuera para la nación española, no para el Estado. Por lo mismo, nos habría ahorrado muchos conflictos si el texto constitucional hubiera reconocido expresamente el derecho de los españoles a recibir la enseñanza obligatoria en castellano. Lo cual no quita para que se pudiera añadir la enseñanza en otras lenguas. El bilingüismo no es un inconveniente; es más bien un privilegio.

Para Gregorio Salvador la ventaja histórica del castellano sobre las otras lenguas medievales de Hispania es que redujo al máximo la distancia entre la forma hablada y la escrita. En consecuencia, la expresión literaria no distaba mucho de la coloquial. Ese rasgo originario se ha mantenido hasta hoy. Por eso el carácter tan realista de la Literatura en castellano. Otra consecuencia es que facilita mucho la asimilación de extranjerismos, en su día del árabe, luego del francés y ahora del inglés.

Otra cosa es el *lenguaje* a los efectos de lo que sigue. El *lenguaje* o el *hablar*, según prefiere decir mi cuate Francisco Marcos-Marín. Las cosas del hablar, como las

del querer, parecen bien personales. Pero luego resulta que los enamorados o los hablantes se comportan de manera previsible. El lenguaje se manifiesta en el *discurso*, esto es, el contenido de lo que se emite con los medios que proporciona el idioma. El discurso puede ser un texto (escrito) o el que se expresa por el habla, que a su vez puede ser oral o gestual. El lenguaje se materializa a través de un estilo, que puede ser coloquial o formal. Un hecho sobresaliente de nuestro tiempo es que menudean los textos (internéticos o telefónicos) con un estilo coloquial. La escritura ya no se asocia, como en el pasado, con una clase escogida de letrados; se ha hecho tan general como el habla. Se comprende que asistamos a una cierta plebeyización del discurso.

Hablar o escribir son operaciones inteligentes que consisten en combinar las veintitantas letras para formar palabras y ordenarlas hasta componer frases. Añádanse también los números, que son palabras condensadas mediante la combinación de los diez primeros dígitos. De esa forma se transmiten pensamientos, descripciones, estados de ánimo, ideas, órdenes, quejas y mil expresiones más. Es decir, las personas se comunican con ese código que llamamos ***lengua***, una maravilla del arte combinatorio. No se trata de una operación hecha al azar. Si cada hablante o escribiente compusiera las palabras y las frases a su capricho sería imposible comunicarse. La razón es que las posibles combinaciones de signos y sonidos tienden al infinito. Antes que eso, la lengua es un repertorio más bien reducido de palabras que cada hablante o escribiente repite como si fuera una elaboración personal. Lo cierto es que se comporta como un sistema heredado. Lo hace no solo para comunicarse fielmente sino para otras funciones: divertirse, disimular, mentir, exhibirse, desahogarse, quedar bien, entre otras muchas. Ahí es donde entra el ***lenguaje***, realmente una forma de manifestarse. La prueba de que el habla o el texto no sirven solo para comunicarse es que puede uno hablar para sí mismo; también se puede escribir un diario verdaderamente íntimo. Claro que lo normal es que si hablamos o escribimos es para que nos oiga o nos lea alguien más.

El lenguaje es como la ropa

El lenguaje es como la ropa que nos ponemos, una costumbre. En principio, la ropa cumple la función primaria de cubrir el cuerpo, bien por pudor o por resguardarnos de las inclemencias atmosféricas. Pero la elección de uno u otro atuendo sirve para transmitir a los demás una imagen deseada de nosotros mismos. El lenguaje realiza también el objetivo elemental de entendernos con los demás, pero, a la vez, la de presentarnos ante los otros con la impresión adecuada. Son infinitas las combinaciones que se pueden formar con las prendas de vestir, pero luego en la realidad se utilizan muy pocas; son las que impone la costumbre, la moda. Por ejemplo, se puede observar la monotonía actual de las prendas de color negro. Otra constante, las mujeres pueden llevar pantalones, pero a los varones no se les ocurre ponerse faldas. Con el lenguaje ocurre también que podríamos emplear todas las palabras del diccionario (o al menos las que conociéramos), pero nos arreglamos con una muestra pequeñísima. Al igual que el color negro es el prevalente en la indumentaria, la moda nos lleva a hablar o escribir con un estilo característico según nuestra posición social. Ese estatuto no es solo de clase social sino de edad, de residencia. Por lo mismo que una persona viste de forma similar a la de sus amigos, también en el hablar se parecen. El estilo de hablar o de vestirse se ven condicionados por la época de que se trata. Ahí es donde se prueba el fenómeno de la imitación.

La importancia del atuendo se percibe de manera extrema en el modo de elegir las prendas de vestir de los clérigos y militares cuando prescinden de los uniformes o los hábitos. No es difícil averiguar esa condición profesional cuando se ponen ropas de calle. Una pista suele ser el escaso sentido para combinar colores, un arte francamente difícil que solo dominan las mujeres y no todas.

La tradición enseñaba que, al igual que en la vestimenta, el lenguaje era o no correcto según las ocasiones. Los ingleses se mostraban sumamente remilgados en los dos extremos. Según leemos en las novelas, los ingleses acomodados “se vestían para la cena”. Sin llegar a tanto, en España la clase social se distinguía por la forma de vestir. Todavía hay unas normas no escritas para el vestuario de una boda o de una celebración similar. Por lo mismo —sin llegar a la situación de *Pigmalion*— se impone la corrección del lenguaje según las circunstancias. De los Estados Unidos hemos importado los españoles la expresión, un tanto irónica, de *lo políticamente correcto*, que podría ser más bien “lo socialmente admitido”. Pero, por lo mismo que hoy lo que priva es la informalidad en el vestir, también se permite una gran liberalidad en el hablar y hasta en el escribir. Por eso mismo lo que interesa al personal no es tanto la corrección léxica como la querencia por unas u otras fórmulas de expresión. Eso es lo que intento explorar en lo que sigue.

Soy consciente de que la voz *lenguaje* se refiere con mayor propiedad a la

capacidad de hablar, de adquirir una lengua. Sin embargo, ese sentido —por obvio— no me interesa tanto como el del lenguaje como la manifestación colectiva de una lengua. Es evidente que no todos los hablantes de un idioma lo utilizan del mismo modo. Esa diversidad puede ser un engorro, pero más bien es un placer para el hablante y no digamos para el observador.

La lengua es un instrumento para que la colectividad que la habla se distinga de los foráneos. Pero resulta que la herramienta no es perfecta; un extranjero puede llegar a manejarla con soltura. En ese caso los nativos cultivan el acento, algo que resulta más difícil de aprender para uno de fuera. Todavía quedan más recursos, como el lenguaje corporal que acompaña a las palabras o bien introducir nuevos coloquialismos y modas léxicas, cuya copia resulta ardua. En definitiva, el lenguaje en que desemboca todo ello cumple la admirable —y a veces odiosa— función de distinguirse de los demás. Hay todavía más elementos en apoyo de ese deseo: el aspecto físico, el nombre y apellidos, los gustos o los horarios en el comer y beber, etc. Pueden parecer naturales, pero todos se imitan y se cultivan. Puede haber ácratas y apátridas, pero no existe tal cosa como “aléxicos”, los que tendrían que negarse a hablar. Solo podemos decir que hay ágrafos, los que se niegan a escribir para el público lector pudiéndolo hacer.

El lenguaje corporal va unido al de las palabras. Es raro que en una conversación normal los participantes no muevan diversas partes de sus cuerpos, aparte de los labios, fundamentalmente las manos. Esos gestos acompañan a las palabras que se emiten o se oyen. Por ejemplo, resultaría extraño que en una conversación corriente los interlocutores no sonrieran alguna vez. Ese efecto de buscada simpatía se nota incluso en un velatorio. En cambio, hay actos muy solemnes en los que resultaría rara la sonrisa. Lo que distingue a la especie humana de los otros mamíferos no es solo la capacidad de hablar sino la de sonreír.

La interacción humana comienza con ese acto de reconocimiento que es el saludo. Puede ser con palabras o con gestos, todo muy convencional. Es universal (o casi) el saludo de darse la mano. No es más que la supervivencia del gesto primordial para indicar que no se portaban armas con ánimo ofensivo. El saludo militar típico es llevar la mano a la altura de la frente. Es el recuerdo de los tiempos en los que los apuestos guerreros se cubrían la cabeza con un casco metálico. Delante llevaban una careta móvil con rendijas que se podía alzar para ser reconocidos. El saludo militar es el acto reflejo de subir esa careta o celada para identificarse ante el superior. Para que no quepa duda sobre la significación del saludo militar, se acompaña de la expresión “a sus órdenes”.

No es mi intención detenerme en el lenguaje corporal, profundamente influido por la cultura, las tradiciones. Bastará una sola ilustración para comprender ese condicionamiento. Se recuerda el gesto de Winston Churchill durante la Segunda

Guerra Mundial. El estadista alzaba la mano derecha y dejaba ver levantados los dedos índice y corazón formando una “v”. El gesto podía interpretarse como el deseo de victoria sobre los alemanes, pero hay otra interpretación más sutil. Los ingleses se distinguieron en las guerras antiguas por ser formidables arqueros, como se ilustra por el mito de Robin Hood. El dominio del arco pasa por utilizar bien los dedos índice y corazón para tensar la flecha en la cuerda. Churchill hacía ver a sus compatriotas que había que recordar esa tradición con el gesto dicho. Podía haberlo dicho con palabras, pero el lenguaje corporal era muy efectivo en un momento dramático en el que contaba mucho la imagen.

La vida humana puede entenderse como una continua negociación con el prójimo, literalmente con los que están cerca. Esa cualidad está escrita en el libro de la evolución. Negociar equivale a defender los intereses de uno, no solo los económicos sino los simbólicos, los emotivos. La capacidad de negociación suele ser mayor o menor según las circunstancias biográficas o la personalidad. Las armas legítimas para esa contienda son los recursos de que se dispone en cada momento. Uno de ellos (por cierto, gratis) es la lengua materna en el círculo donde normalmente se mueve el sujeto emisor. Ahí es donde se muestra que la lengua es un depósito teórico disponible para todos. Pero unos lo utilizan más y mejor que otros, no solo para comunicarse sino para expresarse de mil modos. Pueden situar las palabras en una escala de emociones cuyos polos pueden ser el cariño o el insulto. Luego el lenguaje sirve para comunicarse y para no comunicarse. Es más, pueden hablar también los silencios premeditados; los cuales se convierten en una táctica más de negociación. Cierto es que la comunicación verbal sirve para evitar muchos conflictos (*hablando se entiende la gente*), pero también a veces se enconan (*aquí va a haber más que palabras*).

La necesidad de conversar no es solo para emitir o recibir información. El intercambio amable de frases sirve para liberarse de muchas tensiones, reírse, contar desgracias, intercambiar chismes, quejarse, proyectar las culpas propias sobre otros, pasar el rato. A veces nos enzarzamos en largos parlamentos para conseguir que nos den la razón o también para disimular nuestro verdadero sentir.

Insisto en que el lenguaje está para algo más que para transmitir mensajes. Ni siquiera los jefes de prensa de distintas instituciones se limitan a esa función comunicadora. Puede haber conversaciones enteras, habladas o por escrito, en las que no se manifiesta nada nuevo entre los interlocutores. En otras ocasiones la facundia se mantiene para esos otros fines de la simpatía o la sociabilidad. Con las palabras uno se retrata, en el sentido castizo de manifestar lo que lleva dentro. Asimismo puede uno esconder su personalidad o su táctica de relación.

Es extraña la querencia de tener razón a toda costa. Nos pasamos media vida intentándolo, sin que lleguemos a averiguar por qué ese empeño imposible de que nos

den la razón en los debates, discusiones o peleas. Una consecuencia inesperada de esa perseverancia es que pulimos el lenguaje, medimos el efecto que hacen una u otras palabras sobre nuestros interlocutores. Lo usual es participar en una intención racionalista por la que se supone que *de la discusión sale la luz* o que *hablando se entiende la gente*. Son deseos bienintencionados, pero no tienen por qué cumplirse. Es más, muchas veces dos (o más) que discuten con calor saben de antemano que no se van a convencer. Pongamos la visión que cada uno tiene de los resultados de un partido de fútbol o de un partido político. Si los interlocutores desgranar sus razones y argumentos es porque esa acción resulta ya satisfactoria por sí misma. Puede ser un alivio o una reafirmación. Un observador desapasionado anotaría que la discusión se entabla porque cada uno de los intervinientes da un significado distinto a las mismas palabras. Eso sucede también en conversaciones que no llegan a enfrentamientos dialécticos sino a amistosos coloquios o a pacíficos acuerdos. Lo que puede parecer desesperante confusión es también despliegue imaginativo.

Si las palabras tuvieran la única función de comunicarse se requeriría que cada una de ellas respondiera a un solo significado. Pero en ese caso los diccionarios alcanzarían un volumen inmanejable y, lo que es peor, sería casi imposible desplegar la ironía o el enfado, entre otros matices del sentimiento. Es decir, con ese hipotético vocabulario no podría haber Literatura. No la ha habido de forma significativa con el esperanto, y eso que quiso ser una lengua como todas las demás. Pero resulta que los significados de las palabras no los da una autoridad lingüística sino los hablantes y escribientes mismos, esto es, la sociedad y a lo largo de los siglos. Por eso resulta tan extraño que haya tantas lenguas en el mundo y sin embargo no aparezcan nuevas. Ya digo que el esperanto es una excepción, pero con éxito limitadísimo. Tampoco hay que lamentarse de ese aparente derroche de la profusión de lenguas en el mundo. Al final todas se traducen entre ellas. En castellano clásico al intérprete o trujimán que hacía de intermediario se le llamaba también “lengua”.

Más adelante voy a ilustrar con abundantes ejemplos la característica fundamental del lenguaje: la polisemia. Lejos de ser una dificultad, se convierte en una riqueza. Es lo que nos permite matizar nuestras opiniones y sentimientos. Asimismo es la clave para conseguir elegancia en el lenguaje. Es evidente que las voces que acumulan más significados son las más corrientes. Otra cosa es que la polisemia pueda generar ambigüedades, pero eso es la sal de los intercambios humanos. Valga una primera ilustración para ir abriendo boca. Es fácil convenir que la palabra *horizonte* es muy hermosa. Representa esa línea que abarca nuestra vista en un paisaje y en la que parece que se junta el cielo con la tierra. Pero luego se aplica metafóricamente a otras muchas situaciones. El horizonte puede ser el conjunto de posibilidades que uno tiene, pero también equivale a proyectos, objetivos, metas y mil cosas más. Su utilidad proviene de esa difusa significación múltiple. Lo malo de la analogía es que

el horizonte verdadero es solo una línea virtual, retrocede según uno avanza. Es algo que ocurre de igual manera con el arco iris. Las metáforas se vengan, como dijo Ortega y Gasset, maestro de atrevidas analogías.

Casi todo lo que se escribe sobre la lengua es de carácter normativo, prescriptivo. Así son las reglas ortográficas y las recomendaciones de los diccionarios de dudas. Bien está esa orientación, sobre todo en estos tiempos que vuelan, en los que se escribe tanto y parece imponerse una especie de anarquía léxica. Pero puede resultar de interés el añadido sociológico de desentrañar por qué hablamos como hablamos y escribimos como escribimos. Adelanto que la respuesta no es fácil, pues interviene el factor casi aleatorio de la libertad o el capricho.

El punto de vista sociológico se resume en esta orientación del conocimiento: no interesan tanto los avatares de la lengua como los de los hablantes o escribientes. Se emplean unas palabras y no otras por alguna estrategia de adaptación a la convivencia. La más simple es la pura imitación.

La palabra y el sonido son las unidades básicas de la lengua, pero en el lenguaje se añade algo más. Al ser un modo de expresión, cuenta sobre todo el texto completo, el discurso, el estilo, hasta el gesto e incluso los silencios. Por ese lado se entiende bien la profusión de palabras y locuciones que se emiten y que en sí mismas no significan nada. Es otra demostración de que el discurso (hablado o escrito) cumple funciones diversas. En definitiva, presenta variaciones culturales como las que distinguen los hábitos de comida o de atuendo. En todos esos casos interviene mucho la tradición, la costumbre, la imitación, la moda, el qué dirán.

Una extraña característica de los lingüistas es que recurren a muchos términos cultistas y esotéricos, algunos de su invención. El resultado es un estilo académico que se cuida fundamentalmente para impresionar a los colegas o para medrar en la profesión. Interesa menos satisfacer la curiosidad del público general. Esa observación podría hacerse también de los cultivadores de otros ramos del saber humanístico, sociólogos incluidos. Sorprende que se manifieste en muchos escritos sobre la lengua, al ser un objeto de estudio en el que debería primar la claridad expositiva. Pero más bien sucede lo contrario. Puede ser porque tanto la Lingüística como la Sociología se hallan en una fase clasificatoria, como aconteció con la Botánica de Linneo. Lo de la catalogación de las plantas tampoco es un conocimiento que esté de más. De lo contrario pediríamos peras al olmo.

Un cambio notabilísimo en el arte de escribir de hoy es que ya no se necesita tanto acumular muchas citas de autoridad. Esa labor de documentarse la puede hacer cualquiera a través del rastreo de Google o de otros archiveros internéticos. Puede ser una esperanza para que lleguemos a disfrutar de una prosa más libre. Pero hay también un peligro, que perezcamos engullidos por un exceso de información. Se trata de una situación inédita en la Historia.

El asunto del lenguaje es capital para entender la vida de relación, que tantas veces suele ser conflictiva. La mayor parte de los antagonismos son verbales o empiezan siendo así. Es decir, la confrontación se manifiesta porque los dos (o los varios) interlocutores entienden que las palabras o las frases significan cosas distintas. De ahí lo necesario que se hace dominar una lengua. Hoy más que nunca, porque hay más textos que leer y más comunicaciones que mantener si nos comparamos con el pasado cercano. Se impone la exigencia de la ortografía (la adecuación de los signos escritos) y la sintaxis (la corrección de las frases). Con alguna exigencia se podría añadir la necesidad de la sindéresis (la coherencia o rectitud moral en las intenciones del hablante o escribiente). No es un capricho de los puristas. Recordemos que hasta la invención de la imprenta no fue necesario convenir en unas normas ortográficas, dada la rareza de los escritos. Ahora son infinitos los textos que hay que leer o las conversaciones que hay que seguir, aunque solo sea por la generalización de los teléfonos y los artefactos informáticos. Es razón suficiente para comprender la necesidad de acordar ciertas reglas interpretativas del lenguaje. Todavía no sabemos cómo se va a llamar esa necesaria disciplina. A los políticos y empresarios les vendría muy bien.

De la babel al pentecostés

Cuesta reconocerlo, pero muchas palabras suelen tener una gran validez por sí mismas, dan fe de la autenticidad de lo que se enuncia con ellas, de las ideas que transmiten. Por eso podemos decir a veces *como su propio nombre indica*. Pero esa simplicidad puede acabar siendo una simpleza. La razón es que, como queda advertido, las palabras pueden tener más de una significación y por eso podemos jugar con ellas. Esa aparente confusión resulta muy útil para dar al discurso gracia, ironía, sarcasmo, queja u otros muchos estados de ánimo.

Una de las creencias más tranquilizadoras de los hablantes o escritores de una lengua es que hay muchos sinónimos. Se entiende que son vocablos equivalentes, sustituibles unos por otros, porque vienen a significar lo mismo. Aunque haya muchos diccionarios de sinónimos así llamados, en la realidad no existen voces estrictamente intercambiables. Cada una de ellas puede tener un matiz distinto, que varía, además, según el contexto de la frase o la intención del emisor. Más que de sinónimos, hay que hablar, pues, de **palabras afines**, esto es, emparentadas, relacionadas, próximas entre sí. Esa conclusión podría desilusionar al hablante o escritor que trata de aprender una lengua o mejorar su conocimiento. Pero, si bien se mira, es una riqueza potencial. Solo que exige un esfuerzo.

El lenguaje coloquial abunda en expresiones que el interlocutor entiende a la perfección, pero que, transcritas, podrían significar otra cosa. Por ejemplo, en una conversación, ante el dato sorprendente que da el sujeto, interrumpe asombrado el interlocutor: *¡No me digas!* Quiere decir realmente: “Eso que me dices me interesa mucho, es una sorpresa; dime más”. O sea que la verdadera significación es casi la contraria de lo que gramaticalmente se dice. Por eso el tono que se emplea en el habla es fundamental para interpretar lo que se quiere dar a entender. De igual modo en la comunicación escrita (por ejemplo, en los mensajes internéticos o telefónicos) se dan muchos malentendidos. Se puede corregir la posible confusión con interjecciones, signos de exclamación, emoticones y otros adornos. Pero al final hay que verse personalmente para resolver la tergiversación. De ahí la costumbre de la *quedada* para los que se comunican habitualmente por vía telefónica o internética. Después de conversar muchas veces a través de la pantalla azul, los interlocutores necesitan verse personalmente. Doy fe de que es un placer sumo. No es un capricho sino un reflejo de la cultura en que me muevo. Una sencilla conversación en un velador de un café vale por mil mensajes a través del teléfono o de otros aparatos. Quien lo probó lo sabe.

Hay algunas incoherencias entre las palabras y su función técnica por razón de la inercia histórica. La factura de la electricidad se sigue llamando *recibo de la luz*, aunque la iluminación sea solo una parte pequeña del consumo eléctrico. Seguimos diciendo *encender la luz*, aunque se trate de un interruptor eléctrico, no de hacer arder

una vela. Al artefacto para encender los cigarrillos se le sigue llamando *mechero*, aunque ya no tenga mecha. Supone una operación más cómoda que las *cerillas*, que ya no suelen ser de papel encerado sino de madera. Hace mucho tiempo que la *pizarra* de las aulas y las salas de reuniones dejó de ser de ese material. Seguimos llamando *coche* al que lleva ese nombre por ser arrastrado por caballos. Bien es verdad que el *automóvil* tampoco se mueve por sí solo. Menos se traslada el teléfono *móvil*, que va con nosotros. A las baterías seguimos llamándolas *pilas*, aunque no se colija qué es lo que apilan. A través de esas ilustraciones se comprueba que muchas palabras significan solo lo que convenimos que signifiquen. Más o menos como en el cuento de *Alicia en el país de las maravillas*. Aunque sería mejor traducir *en el país de las preguntas*.

A veces, la sinonimia permite matices sutiles. Por ejemplo, una persona puede resultar *provocativa* porque, aunque no quiera, su forma de hablar, vestir o actuar incita a otros a una reacción agresiva. Otra, *provocadora*, es la que intencionalmente muestra esa actitud de agresión. O sea, una persona puede estar provocativa o ser provocadora. Por si fuera poco, un colombiano o un venezolano entienden gentilmente que *provocativo* es tanto como apetecible.

Nada más simpático que la dedicación del *palmero*, el que acompaña con palmas y voces a los cantos y bailes andaluces (extrañamente llamados *flamencos*). Pero el *palmero* es también el que forma parte del cuerpo de aduladores de un hombre público de conducta censurable o por lo menos engreída. Yo los he llamado irónicamente *turiferarios* (= los encargados de manejar el incensario) con gran revuelo de los así señalados. No me parece que sea un menester desdeñable. Será un oficio servil, pero se encuentra en el estrado del poder.

A veces los dobles sentidos pueden originar confusiones que conducen al chiste o la frase ingeniosa. Por ejemplo, el adjetivo *real* se refiere al Rey pero también a las cosas. No es lo mismo, claro está, la *realeza* que la *realidad*. En inglés o en catalán no se produce esa confusión. Puestos a buscar contrastes etimológicos, uno muy sonado es el de las Cortes, como institución política nobilísima. En los orígenes del castellano, las *cortes* eran los establos. Por lo mismo, en el paso del latín al castellano, la *casa* era la choza y la *cama* era la yacija para los animales domésticos. Hay palabras que con el tiempo se han ennoblecido.

Los niños de la escuela asimilan muy pronto la dicotomía *verdadero/falso*. Les sirve para pasar las pruebas de algunas materias. Pero luego aprenden que también está *incierto*, que puede equivaler a “falso”, pero también a algo que no se sabe bien si es verdad o mentira porque resulta borroso. En el lenguaje público está muy de moda eso de *incierto*. Pero no es lo mismo la incertidumbre que la falsedad, y no digamos la mendacidad.

Es un lugar común aducir que la lengua es algo vivo. Nacen y mueren palabras y

expresiones, pero la lengua permanece como si fuera una planta de hoja caduca. Como es natural, una lengua también desaparece cuando fenecen todos sus hablantes. En el entretanto una lengua posee más o menos vitalidad si sabe evolucionar y adaptarse a las necesidades del mundo en el que opera. La vitalidad se demuestra con el dato estadístico de si esa lengua se estudia por muchas personas que no la tienen como materna. Por ese lado es claro que la lengua castellana o española —maravilla que pueda llamarse de las dos formas— ocupa un lugar destacado en el mundo. Después del inglés (aunque a mucha distancia) es la lengua que la aprenden más personas. Ese impulso expansivo contiene también un inconveniente. Se trata de una lengua que admite bastantes variaciones regionales o sociales, aunque no tantas como las del inglés. Esa no sería una gran tacha si no coincidiera con otro hecho en verdad lamentable. En España ha desaparecido prácticamente el analfabetismo, pero los castellanoparlantes cometen gruesos errores en el discurso corriente. Diríase que en la última generación hemos avanzado en hacer que casi todos los españoles sepan leer y escribir. Otra cosa es que luego lean y escriban con conocimiento. Quizá sea una venganza de la ley de los grandes números. Es fácil conseguir que se escriba y se hable con propiedad cuando son pocos los egresados de la enseñanza media. Pero cuando ese grado tiende a ser universal, sus exigencias se ablandan. No solo eso. En la sociedad actual se debilita la conciencia de obligación en todos los órdenes. La de hablar y escribir con propiedad no va a ser una excepción. Cunde una idea estúpida: “que cada uno que hable como quiera”. Ni siquiera se podría mantener en un manicomio.

La vitalidad de una lengua no depende mucho del grado escolar de la población. Con un elevado porcentaje de analfabetos puede darse una gran creación literaria. Es el caso de la España de hace un siglo o en la Colombia del siglo xx. Hace un siglo, pese a las inclemencias políticas y económicas, España alumbró una verdadera “edad de plata” de su Literatura. No sé si ahora podríamos lucir una especie de “edad de plástico” de las Letras. Aparte de ese exponente creativo, una lengua es muy vital si admite con facilidad neologismos de otras. Por ese indicador siempre nos hemos visto sobrados.

Una curiosa circunstancia en la España de hoy es que no se mira con prejuicio a un extranjero que hable mal el castellano aprendido. Seguramente es la defensa del país más turístico del mundo, si se cuentan solo los grandes en población. La cortesía es todavía mayor en los Estados Unidos respecto al inglés, quizá porque se trata de un crisol de lenguas. Más extravagante es el hecho de que en España no se desconsidera a los castellanohablantes que hablen mal su idioma. La indulgencia es más laxa con la lengua oral y más todavía si se efectúa a través del teléfono o del ordenador. Puede que sea una especie de regresión infantil o de acracia cultural.

Se abusa de la palabra *democratización* para indicar ese rasgo de nuestro tiempo

por el que el lenguaje culto se relaja, se pega al común o coloquial. Por eso queda mejor la etiqueta irónica de semiculto, para indicar que los hablantes pasan por instruidos, pero luego cometen algunos disparates o torpezas. Será mejor reservar el concepto de *democratización* para la operación política que consiste en avanzar en el gobierno del pueblo y para el pueblo. En su lugar, para el proceso de diluir el lenguaje culto en las facilidades del lenguaje coloquial, hablaremos mejor de ***demotización***. En la antigua escritura egipcia había una forma, la demótica, que era la más popular. He ahí un ejemplo del proceso de invención de nuevas palabras cuando se necesitan. En los países de lengua inglesa hace tiempo que utilizan ese concepto. Debo a Milton Azevedo, profesor en Berkeley (California), la sugerencia de ese voquible para aplicarlo a lo que ocurre también con la lengua española actual. Lo peculiar de España es que se erosionan las formas en todos los aspectos de la vida, por lo que también se expande esa liberalidad al lenguaje. Por ejemplo, avanza el tuteo de manera descarada y hasta se enaltecen algunas palabras de la jerga carcelaria. Por ejemplo, el término *marrón* (un eufemismo barriobajero para los excrementos) ha entrado en los ambientes cultivados.

El fenómeno de la *demotización* es el más llamativo en el lenguaje que llamo semiculto. Consiste en la pauperización del vocabulario, basada en el error de querer aproximarse al lenguaje del pueblo. Pero coincide —como tantas veces ocurre— con el proceso contrario: la tendencia hacia el *lenguaje jeroglífico*, perifrástico, que a veces adoptan algunas personas de las clases populares. El remedo de esa forma artificiosa de expresión se percibe en algunos personajes de las zarzuelas; hablan con elegantes circunloquios para disimular su ignorancia y al final no decir nada. A lo largo de estas páginas vamos a gozar de muchas ilustraciones de ambas formas de falsificación del lenguaje.

Solo con un criterio purista o descriptivo podríamos concluir que el lenguaje de los españoles actuales se está degradando de manera definitiva. Ciertamente es que hay indicios de empobrecimiento del discurso, como estamos viendo. Pero el extravío del idioma común en España no es más que un síntoma del empobrecimiento de otras muchas instituciones. Por ejemplo, el nepotismo y la corrupción de los políticos, la disminución de la ética del esfuerzo o el mal gusto de la telebasura. Es ese conjunto lo alarmante.

En seguida vamos a presentar algunas incorrecciones más llamativas en el discurso de los españoles, incluso los que pasan por instruidos. Antes de eso será mejor que examinemos algunos ejemplos de cómo pueden evolucionar algunas palabras, su adaptación a los usos sociales de una sociedad compleja.

Una ilustración. Los diccionarios no nos sirven de mucho para distinguir estos tres adjetivos: efectivo, eficaz y eficiente. Podríamos acordar la siguiente distinción. *Efectivo* es que causa el resultado que se desea. Se predica mejor de una persona o un

plan de acción. *Eficaz* es que cumple su función, principalmente para cosas, mecanismos, procesos. *Eficiente* se reserva para las personas que se aplican a una tarea y que se sienten responsables y productivas. Son tres matices afines, pero conviene distinguirlos. No siempre se tienen en cuenta. Si nos parecen intercambiables es que no sabemos bien lo que significan. La verdad es que en este caso los diccionarios tampoco nos ayudan mucho. La prueba es que las tres palabras se presentan como equivalentes en el discurso corriente. La causa de esa mezcolanza está en la escasa racionalidad que se proyecta sobre la actividad productiva, a pesar de que nos creamos inmersos en una sociedad penetrada de Economía. En español lo “económico” es lo racional, pero también lo que resulta barato. El pueblo sabio arguye que *lo barato es caro*. En una época de crisis económica el vecindario se dispone a hacer economías.

La distinción anterior entre las tres caras de la racionalidad económica nos sirve para caracterizar a tres tipos de directores de empresa. Los *empresarios* serían los que dirigen eficazmente una organización. Pueden adoptar dos papeles predominantes: (a) Los *gestores y directivos* son los que se ocupan de llevar a cabo con efectividad los planes de acción. (b) Los *emprendedores* son los que persiguen la eficiencia de los equipos directivos y técnicos a través de la innovación. Bien es verdad que puede haber emprendedores antes de llegar a dirigir una empresa. La explicación de esa aparente anomalía está en que el emprendedor es un tipo humano caracterizado por una mentalidad característica. Más que por la eficiencia, el emprendedor se caracteriza por aplicar su talento a la innovación.

Otra ilustración. La palabra *víctima* teóricamente es muy clara: individuo o animal que resulta muerto, herido o dañado por agresión, accidente o catástrofe. Pero en el lenguaje periodístico se suele considerar restrictivamente que una víctima es la persona que fallece por alguna de las causas dichas. La razón para reducir la amplitud del concepto es que los noticiarios quieren muertes violentas. Recientemente se ha añadido una tercera versión: familiar directo de una persona muerta, herida o dañada por causa del terrorismo. Cabe todavía una significación analógica: la persona que resulta perjudicada por cualquier circunstancia adversa. Se pueden citar: paro, crisis económica, estafa, quiebra financiera, excesos de cualquier tipo. En el plano histórico o literario, la *víctima propiciatoria* es la que es sacrificada para lograr la benevolencia de la divinidad o de alguna otra fuerza misteriosa. Estamos ante uno de los muchos casos de polisemia en los que hay que acertar con el significado preciso que quiera darse.

Hay más ambigüedades. Es corriente la expresión *pasar desapercibido* para indicar que un individuo no llama la atención cuando debería notarse su presencia o su conducta. Los puristas dirán que debe evitarse el galicismo y preferir la forma *pasar inadvertido*. Es inútil. Esa última forma resulta un tanto relamida. Se sigue

diciendo *desapercibido*, incluso por personas muy cultas. Alguna razón tienen. *Apercibir* (= caer en la cuenta) tiene más fuerza que *advertir* (= percibir, notar). Son minucias, pero el conocimiento y el ejercicio de la lengua sirven para dar un cierto sentido de finura o elegancia a la vida. Recuerdo otra vez la analogía entre el lenguaje y el vestido.

Los gramáticos nos dicen que la forma plural de las palabras sirve fundamentalmente para designar conjuntos o más de un objeto. Ahora bien, la forma plural puede adaptarse a otras varias situaciones. Por ejemplo, hay un **plural festivo**, como en *vacaciones, carnavales, fallas, sanfermines*, etc. Se utiliza también para dar una fuerza especial a muchos insultos dirigidos a una sola persona. Veamos esta lista de voces en singular con terminación aparentemente plural:

Abrazafarolas, agonías, aguafiestas, berzas, berzotas, bocazas, boceras, calzonazos, cantamañanas, chapuzas, desgarramantas, gilipollas, majagranzas, meapilas, metepatas, papanatas, piernas, pinchaúvas, rastacueros, robaperas, sacamuelas, sietemachos, soplapollas, tiquismiquis, tiralevitass, tirillas, tocapelotas, tuercebotas, zampabollos.

Aunque no lo parezca, la función del insulto es para que lo oiga no tanto el interesado como los otros a su alrededor. Por tanto, se insulta para entretener a los posibles espectadores. De ahí el recurso al plural festivo y sonoro. El plural se emplea muchas veces para insultar, como se refleja en la lista anterior. En algún caso, con la misma raíz se forma un insulto (*manazas*) o un halago (*manitas*).

Hay una sutil versión del plural festivo. Ahora es muy corriente que los gobernantes anuncien jubilosos *la buena noticia* sobre tal índice o porcentaje de la marcha económica. Es un mimetismo del inglés. En ese idioma imperial la palabra *news* (= noticia), aunque termina en “s”, se construye en singular; por ejemplo, *the news is* (= la noticia es). Por tanto, su traducción tendría que ser “la noticia” mala o buena. Pero en castellano ese mismo sustantivo puede ser singular o plural. La sutileza está en que, al dar la noticia de algo —especialmente si es bueno— se puede pasar al plural. Un dato esperanzador para la economía nacional constituye *buenas noticias*, aunque ahí el plural se halle menos justificado. Se puede producir el caso de que un médico tenga que indicar a un paciente que se le ha detectado un cáncer. La expresión delicada será: “Me parece que no tenemos buenas noticias”. El asunto es debatible, claro está; es más propio de sentimientos que de preceptos gramaticales. Pero la lengua es propiedad de los hablantes, no de los gramáticos. Por último, el plural festivo tiene también un lado ostentoso. Es el caso de esos famosos con posibles que se refieren a sus *abogados*, aunque solo dispongan de uno. Un arreglo parecido es el de la persona que se siente perjudicada por algún motivo y que va a “emprender acciones judiciales” (= querellarse).

Un aplicación curiosa de una especie de plural festivo es la que se refiere al estrato juvenil de los partidos políticos. Corresponde al bloque de fieles detrás del

líder cuando habla en un congreso o mitin. De esa forma la puesta en escena es que el líder se sobrepone en la pantalla de la televisión a un fondo de jóvenes disfrazados de jóvenes. Ese estrato de alevines de políticos en el PP no recibe el nombre de “nueva generación” sino de *Nuevas Generaciones*. Por lo mismo la juventud socialista no es tal sino *Juventudes Socialistas*. El sindicato más férreamente disciplinado, *Comisiones Obreras*, adopta una etiqueta plural para dar una imagen de espontaneidad y campechanía.

Errores y horrores

Vamos con las **incorrecciones léxicas**. Preocupan mucho a los profesores y a los que comentan las peripecias del lenguaje. En cambio, dejan indiferentes a la mayor parte de los hablantes y escribientes. Quizá sea esa última nota el signo más cabal del deterioro de la lengua o por lo menos de la *demotización* antes mencionada. Cunde la idea de que, si se intenta corregir las faltas de ortografía o sintaxis en un escrito, esa acción pasa por ser represora. Hay una suerte de nuevo individualismo por el que “cada uno se expresa como quiere”. Ya me gustaría aplicar ese principio liberador a la declaración de la renta para el Fisco.

No debe extrañarnos el hecho de que las personas que no han pasado de la escuela primaria se expresen con un lenguaje impropio. Lo que llama la atención es que algunas de esas incorrecciones las cometan personas que intentan pasar por cultivadas y que aquí denomino “semicultas” con su miaja de ironía. Esas torpezas no se deben siempre a la ignorancia o al azar que a todos nos persigue. Cuando las personas semicultas ejercen una posición pública sienten la pulsión de deslizarse por el tobogán de la popularidad y dejarse llevar por el uso de palabras o expresiones vulgares. De esa forma parecen más cercanas al pueblo ignaro dizque soberano. Esa simulación es parte de la demagogia. Ningún político dice de sí mismo que es demagogo; todos se identifican como demócratas.

Las incorrecciones pueden ser de muy diversos tipos. Se pueden aislar estos siete, expuestos sin ningún orden: (A) errores, (B) disparates, (C) confusiones, (D) equívocos, (E) sesgos profesionales, (F) hipercorrección, (G) faltas ortográficas. Veamos unos pocos ejemplos de cada uno de ellos.

Los **errores** más o menos perdonables se deben a la ignorancia pero también al hecho de que la lengua va evolucionando. Lo que antes era correcto ahora se dice de otra forma. A saber cómo se dirá mañana. De poco valen las prescripciones de los gramáticos, las quejas de los puristas. Seguirá habiendo errores como hay infracciones de tráfico, y eso que cada vez menudean más las multas. De momento no hay nada parecido a sanciones por “conducción temeraria” a la hora de confeccionar un texto o un discurso. Menos mal.

Es una lástima que en el habla se haya borrado la distinción entre *oír* (= percibir por el oído) y *escuchar* (= aplicar el oído para enterarse bien). Los gramáticos sostienen que se debe mantener la distinción, pues para eso está en los estatutos de la lengua. Aun así, no tienen más remedio que reconocer una cierta tradición literaria en el uso de *escuchar* como si fuera *oír*. Pero una cosa es ese uso literario y otra la moda actual de emplear el verbo *escuchar* para la acción de lo que se percibe a través de la radio o de la tele. No solo fatiga esa caprichosa sustitución. Muchas veces los sonidos de la radio o de la tele entran por un oído y salen por otro, es decir, se oyen como

quien oye llover. No es por la desidia del oyente sino por la saturación de esos sonidos radiofónicos o televisivos. A propósito, no hay que echar en saco roto el placer de escuchar el sonido de la lluvia. “Monotonía de lluvia tras los cristales”, que escribiera Antonio Machado. Puede que la popularidad del verbo *escuchar* refleje la disposición simpática a *ser todo oídos*. Ahora habría que decir que equivale a apagar el móvil para demostrar que se está atento a lo que va a decir el otro, especialmente en un acto público. Puede que la preferencia por *escuchar* obedezca a que es una palabra más larga que *oír*. Más adelante me referiré a esa fascinación por el alargamiento de las palabras (capítulo 5).

Desde luego, *oír* y *escuchar* no son voces estrictamente sinónimas sino emparentadas. Tiene una cierta lógica que el pueblo llano se incline por *escuchar* cuando se refiere a la radio o a la tele. Cuando un seguidor de algún programa de debate radiofónico o televisivo se topa en la calle con un tertuliano le espeta este amable cumplido: “le escucho todos los días”. No está bien que el interpelado responda: “querrá decir que me oye de vez en cuando”. Eso más bien parece una descortesía, por mucho que, en efecto, el tertuliano no salga a las ondas de forma cotidiana. La cortesía está del otro lado, en declarar que se escucha. Bien es verdad que en nuestra sociedad se hace difícil la operación de escuchar. En cualquier conversación los interlocutores oyen lo que desean oír, lo que les interesa. Es lo que se llama *diálogo de sordos*, más común de lo que parece. Muchas veces, ante el saludo ritual de “¿cómo estás?”, la respuesta convencional es que el interlocutor está bien. La razón es que la pregunta no es sincera. Se hace no para enterarse de cómo se encuentra realmente la otra persona sino para lograr que no se queje. No debe criticarse esa falta de sinceridad, pues es lo convenido. Quejarse presupone intimidad. Después de la Guerra Civil se popularizó la frase “no me cuente usted su problema”. Todo el mundo arrastraba grandes cuitas por razones bélicas, políticas y económicas. La frase hecha indicaba el acuerdo de contenerse un poco en la exposición de esas desgracias. La situación actual es muy distinta, pero el reflejo es muy parecido. La norma de cortesía elemental —fuera de las relaciones más estrechas— es la de que cada uno se guarde sus problemas. Ante un saludo convencional (“¿qué hay?, ¿cómo estás?, ¿cómo va la vida?”), la cortesía manda que la respuesta sea que “todo va bien”, o, en todo caso, que “vamos tirando”, “ahí vamos” o “me defiendo”. Hace algún tiempo, ante mi saludo convencional, de “¿cómo vamos?”, la respuesta perfectamente seria fue: “de momento, cero-cero”. Se refería al partido de fútbol que se estaba jugando en ese momento.

Los gramáticos insisten en que hay que decir *autodidacto* (= nombre y adjetivo masculino para el individuo que se ha formado por sí solo). Sin embargo, el pueblo prefiere *autodidacta* (masculino y femenino). Al final ganará la versión popular, aunque no tenga mucho fundamento. Se impone el autodidactismo ante la debilidad

de las enseñanzas regladas y las grandes oportunidades de ilustrarse por otros medios, por ejemplo, la taumaturgia de los cursos *on line*. Ya ni se traduce el barbarismo. Los cursos *presenciales* van a quedar como una antigualla, sobre todo si no se utiliza el dichoso *power point*. Es un dispositivo para que los alumnos no miren al profesor sino a una pantalla. Es el triunfo de la sociedad icónica.

El verbo *entrenar* se nos ha convertido en intransitivo (“los jugadores entrenaron ayer”) cuando toda la vida de Dios ha sido pronominal (“los jugadores se entrenaron ayer”). El cambio es muy sutil. Bien es verdad que hoy como ayer “el *míster* entrena a la selección”. Pero la batalla está perdida. Definitivamente, los deportistas ya no se entrenan sino que entrenan. No se explica muy bien la mudanza del verbo. Quizá sea un reflejo del deterioro de la ética del esfuerzo en la sociedad española. Y eso que los deportistas son los que cultivan esa virtud con mayor ardor. Bien recompensada se halla.

Tradicionalmente estaba clara la diferencia entre *explosión* (= liberación violenta y destructiva de energía, generalmente con estruendo) y *deflagración* (= acción de arder súbitamente y con llama). En la práctica los medios nos han acostumbrado a que *deflagración* sea una explosión todavía más aparatosa. Esa voz es la preferida para describir todo tipo de explosiones por sorpresa porque se presta a un mayor dramatismo. Eso es lo que conviene a las noticias, a los que las redactan y a los que las reciben. La jerga militar ha conseguido que ya no digamos que un artefacto “explota” sino que *explosiona*.

Hay otras muchas distinciones que están muy claras en los diccionarios, pero a las que los hablantes dan la vuelta. Por ejemplo, *vergonzante* es una persona que siente vergüenza, mientras que *vergonzoso* es algo que produce vergüenza. Es igual. En la práctica se dice *vergonzante* para aplicarlo a algo que produce mucha vergüenza. No solo es un error del vulgo, sino que lo cometen personas cultas. El hablante necesita exagerar un poco para que se le escuche. Ahí está la clave de por qué corren tanto los rumores, por muy disparatados que parezcan. No es nada vergonzante difundir rumores que se saben falsos o que son medias verdades. La prueba es que ese es el fundamento de algunos programas de la tele, tenidos por los que acaparan más audiencia.

Son innúmeros los errores técnicos que se cometen en el discurso público. Por ejemplo, se puede decir alegremente que, si la población crece un 1% anual, eso es *crecimiento exponencial*. No es así. A ese ritmo la población tardaría setenta años en duplicarse. El error se funda en que *exponencial* es un término misterioso que da prestigio.

Las palabras pueden ser erróneas porque traicionan su etimología o su construcción. Por ejemplo, a la luna delantera de los automóviles la llamamos *parabrisas* porque protege del viento en el caso de que el coche sea descapotable. Es

el recuerdo de cuando se le puso un motor al coche de caballos y se alcanzó una velocidad inusitada. No hubo más remedio que colocar una lámina de vidrio en el frontal para que el viento no molestara al conductor y a los ocupantes del vehículo. Hoy ni siquiera suelen abrirse las ventanillas de los coches, climatizados como están, pero seguimos llamando *parabrisas* a la luna delantera.

Hay también errores en el discurso oral debidos a la ignorancia. Así, *dentrífico* (= dentífrico), *diabetis* (= diabetes), *destornillarse* (= desternillarse de risa), *indición* (= inyección), *estó* (= stop), *cocreta* (= croqueta). Hay muchas más. La lógica es siempre la misma. Ante una palabra con una sílaba difícil o poco frecuente, la pereza léxica tiende a sustituirla por otra con una elocución más familiar. Otras veces en el vocablo coloquial se reproduce el vocablo erróneo pero a modo de gracia. Es el supuesto de *estar en el candelabro* (= estar en el candelero), que se le escapó a una actriz famosa. Peor es lo de *miembra* (= miembro, dicho de una mujer) que pronuncian en serio algunas feministas de alto copete. Detrás de ellas se aferran al voquible las turbas de hombres públicos, sobre todo si son mujeres.

Algunos cultiparlantes se irritan cuando se coloca el artículo “la” delante de algunos nombres egregios de mujeres. Por ejemplo, la Esperanza Aguirre, la Pardo Bazán, la Montserrat Caballé, la Pantoja. El atrevimiento no resulta muy académico, ni tan siquiera equitativo. Pero no me parece un signo de desprecio, de desconsideración hacia la mujer. Antes bien, suele indicar admiración por el personaje, precisamente porque se resalta el ascenso social de la mujer en un mundo dominado todavía por la preeminencia masculina. Ese tic se traslada en ocasiones a personajes míticos o de ficción: la Cibeles, la Regenta, la Mata Hari, la Revoltosa. Bien es verdad que ese “la”, antepuesto a un nombre femenino, se asigna también a las mujeres famosas de vida alegre. Aun así, en ese tratamiento populachero no falta un elemento de admiración. Es un simpático homenaje a la Madelón y a la Chelito. En Madrid los munícipes insistirán en que hay que decir “Cibeles”, pero el pueblo seguirá con el tratamiento cariñoso de “la Cibeles”. Es su patrona laica por mucho que se trate de una diosa incestuosa y promiscua.

Hay ocasiones en las que los supuestos errores son más bien un reflejo de los cambios en los usos del lenguaje. Los neologismos no son siempre de carácter científico o culto. Tomemos, por ejemplo, el verbo *alunizar*. Se empleó en su día, erróneamente, para la insólita acción de aterrizar sobre la Luna. No hacía falta un verbo especial para posarse sobre otro planeta o satélite. En seguida se vio lo ridículo que era *amartizar* (= aterrizar sobre Marte) y no digamos si el juego innovador había que extenderlo a otros planetas. Pero el verbo *alunizar* quedó en el ambiente y vino muy bien para una ingeniosa modalidad de robo. Era la de empotrar un vehículo potente contra la luna de un escaparate y poder llevarse así bonitamente la mercancía expuesta. Ese *alunizaje* de tan caprichoso origen está ya en el vocabulario popular.

Sus profesionales son los *alucineros*. No hay nada más imaginativo que una nueva forma de delito. A nuevas realidades, nuevas palabras. El verbo *alucinar* y sus derivados (*es de alucine, drogas alucinógenas*) pueden servir también para expresar asombro o peligrosidad. El asombro es una actitud simpática que sustituye a otra más difícil de asimilar, cual es la admiración. Admirar viene a ser lo contrario de envidiar.

Las incorrecciones se tornan **disparates** cuando se deben a la ignorancia o quizá a la despreocupación. Un disparate muy común es el vocablo *antidiluviano* para significar que algo es muy antiguo. Dicho así parecería significar “contrario al Diluvio bíblico”, lo que resulta absurdo. Sin embargo, esa es la fórmula que emplean muchas personas para tachar algo de anacrónico. De poco sirve el consejo de los gramáticos para que se diga *antediluviano* (= literalmente anterior al Diluvio; por analogía algo anticuado en sentido despectivo o irónico). El error se puede comprender porque son muchas más las palabras que empiezan por “anti” que las que anteponen el “ante”. En el habla se cumple una especie de ley del mínimo esfuerzo. Lo curioso es que sea compatible con su contraria, la ley del derroche de energía que significa el barroquismo del discurso, sobre el que habré de volver (capítulo 3).

Un vocablo muy corriente es *sendos* (= uno cada uno), que no tiene singular. El pueblo llano —y no pocas veces el semiculto— hace ver que esa voz significa “grandes, ambos o los dos”. El equívoco puede llevar a situaciones divertidas. Por ejemplo, si se escribe que “los dos ladrones se llevaron sendos coches” quiere decir un coche cada uno, no dos coches cada uno ni dos coches grandes.

Un disparate muy común en el lenguaje semiculto con pretensiones es el de hacer ver que el verbo *detentar* significa algo así como desempeñar un cargo con toda respetabilidad. En buena ley es casi lo contrario. *Detentar* es propiamente desempeñar un cargo de manera ilegítima o con un ejercicio muy criticable. En este caso el disparate es ideológico. Puede que sea una consecuencia de la crisis de legitimidad que se observa en las democracias actuales. El dislate quizá se explique por confundir “detentar” con “ostentar”.

Hay expresiones coloquiales que resultan ilógicas, pero que al hablante o escribiente le parecen correctas y hasta meritorias. Por ejemplo, cuando se dice —a veces con todo el énfasis— *bajo mi punto de vista*. Es claro que se trata de una postura un tanto incómoda y que sería más lógico decir *desde mi punto de vista*. Pero se sigue oyendo la desgraciada expresión. Hay quien remacha: *bajo mi personal punto de vista*.

Hay en España una prestigiosa institución centenaria que vela por la lengua común de los hispanohablantes: la Real Academia Española. Pues bien, son muchos los textos y discursos en los que ese título recibe versiones caprichosas, como Academia Española, Academia de la Lengua o Real Academia Española de la Lengua. No se entiende bien por qué se producen esas frecuentes tergiversaciones,

incluso por parte de personas oficialmente instruidas.

La lengua evoluciona de forma natural, de tal modo que lo que nos puede parecer hoy un barbarismo o un disparate con el paso del tiempo lo llegamos a aceptar con normalidad. Una ilustración. En 1891 publica Francisco José Orellana el libro *Cizaña del lenguaje*. Es un minucioso estudio para eliminar del castellano los muchos barbarismos y solecismos que lo emponzoñaban. La sorpresa de un lector actual es que no pocas de esas atrocidades ya no lo son porque se aceptan hoy tranquilamente en el vocabulario general. Veamos una pequeña muestra de esas palabras vitandas en 1891:

Las afueras (de una ciudad), *alienado*, *anexionar*, *artefacto*, *batiburrillo*, *catalanista*, *ciempiés*, *confortable*, *dictaminar*, *escaño* (del Congreso), *en el entretanto*, *experimentar*, *griterío*, *langostinos*, *lignito*, *marrón* (color), *pretendido*, *proporción*, *submarino*, *suripanta*, *susceptible*, *tez*, *trayecto*, *vigilia*.

Es claro que todas esas voces son hoy perfectamente legítimas. *Suripanta* (= mujer de vida alegre) fue una palabra inventada para una zarzuela; ha quedado solo como valor literario. *Proporción* fue en su día el equivalente a un buen partido matrimonial. La lección del libro de Orellana es que no se pueden poner diques en la corriente del idioma.

Más normales son las incorrecciones que se deben a la mezcla engañosa de conceptos o de sonidos. Esas **confusiones** son comprensibles por explicables. Veamos de ilustrarlas con unos pocos ejemplos.

En el lenguaje usual una fuente de confusión muy general es la de los números ordinales, esto es, los que tratan de colocar las cifras en una secuencia ordenada. Es fácil acordar que el séptimo va detrás del sexto, pero a partir del décimo la serie se convierte en un trabalenguas. La fecha cardinal de 1898 se recuerda bien, pero a ver quién retiene que el ordinal correspondiente es el “milésimo octingentésimo nonagésimo octavo”. Una equivocación muy corriente es confundir el ordinal con el partitivo o fraccionario. Es el caso, por ejemplo, de trastocar el decimoquinto (= 15.º) con el quinceavo (= 1/15). La solución más práctica es, a partir del número 10, tratar los ordinales como numerales. Por ejemplo, el *quinto centenario* pero el *200 aniversario*.

Un desvío habitual, incluso por parte de escritores reconocidos, es la confusión entre *deber* (+ *infinitivo*) y *deber de* (+ *infinitivo*). Por ejemplo, no es lo mismo “debo ser más puntual” que “deben de ser las siete y media”. En buen castellano el primero significa obligación o compromiso jurídico o moral. El segundo quiere decir que es probable el enunciado que sigue. La confusión se produce porque en la cultura española no suele estar muy clara la noción de probabilidad, esto es, un futuro que puede ser en mayor o menor grado. Lo divertido es que muchas veces, cuando el sujeto desea recalcar que se trata de una obligación perentoria, ineludible, recurre a la fórmula equivocada, la de *deber de* (+ *infinitivo*). Es claro que se mezcla la

obligación moral con el deseo. Es un pecado léxico tan comprensible como insoportable. Tan corriente es el desvío que la norma se alterará.

La noción de probabilidad es tan lábil para la mentalidad española que el adverbio *seguramente* suele querer indicar lo que no es del todo seguro. El *seguro ganador* de un premio o una competición no suele tener la completa certeza de que va a ganar. La fórmula de *su seguro servidor*, que se utilizaba antes en las comunicaciones formales, daba escasa seguridad. Incluso antes que *probable*, se maneja el término de *posible*, que equivale a no estimar el grado de probabilidad. Ahora es moda un tipo de eslogan político en el que se exige algo a los poderes públicos y se termina con la cláusula de *es posible*.

Una peculiaridad del español —y de otros idiomas romances— es que las cosas, los seres inanimados, tienen género. El origen latino y el uso de muchas palabras nos hacen ver con facilidad si son masculinas o femeninas. Pero a veces hay dudas, especialmente cuando una misma voz puede ser masculina o femenina según uno u otro sentido. Por ejemplo, el vocablo *componente* es femenino cuando significa la fuerza que interviene en un resultado físico o matemático. Por ejemplo, “predomina la componente norte del viento”. En todos los demás casos, cuando equivale a un ingrediente, esa misma voz es masculina. La distinción es tan sutil que muchos escritores, comunicadores y políticos se equivocan con el género de las o de los componentes. Hay cosas que pueden ser masculinas (terminan en “o”) o femeninas (terminan en “a”). Por ejemplo, el barco y la barca, el frasco y la frasca, el jarro y la jarra, el charco y la charca, etc. No hay forma de saber qué criterio se sigue para determinar uno y otro género. Quiero decir que a mí se me escapa.

En las costumbres tradicionales españolas se celebra el día del santo u *onomástica*. En tiempos pasados, sobre todo en el mundo rural, ese nombre coincidía muchas veces con el de la fecha de nacimiento. De ahí viene la confusión actual, cuando lo que se celebra sobre todo es el cumpleaños. A esa celebración de cumplir años algunos más refitoleros la llaman *onomástica*, aun cuando no coincida con el nombre que lleva el homenajeado.

Hay palabras engañosas, como puede ser *alternativa*. El prefijo *alter* (= el uno o el otro entre dos) nos lleva a pensar que las alternativas no pueden ser más que dos. Estaríamos, pues, ante un camino que se bifurca, disyuntivo, bífido. Pues no. Las alternativas pueden ser varias. Reconozco que no pocas veces me he dejado llevar por ese malentendido. Así pues, rectifico con gusto. Son dos o más las vías o alternativas que se abren ante mi capacidad de optar. Tampoco importa mucho que haya disparidad de criterios según los diccionarios. Yo soy de la época de María Moliner, para quien la alternativa era siempre dilemática; ahora es plural. Esa alteración es el signo de los tiempos. La mentalidad actual no se sujeta fácilmente a los planteamientos disyuntivos. El cuentecillo sobre la vacilación del asno de Buridán no

se da entre nosotros. Resulta que el pobre borrico se murió de hambre y sed por no decidirse si ir primero a comer o a beber. El dilema no es tan mecánico como tener que elegir entre el cubo de agua o el de avena. No hay dos sin tres ni duopolios eternos. Por eso hay tercer mundo, tercera vía, camino de en medio, bipartidismo imperfecto, opciones múltiples. A los sociólogos nos encantan las dicotomías en los cuestionarios de las encuestas, más que nada porque facilitan el trabajo del análisis. Pero la realidad es casi siempre más complicada. Por lo menos sucede que a los dos términos de esa polaridad se añade un tercero: el famoso “no sabe / no contesta”.

Es inacabable la discusión sobre si la palabra *arte* es masculina o femenina. En singular parece casi siempre masculina (*el arte barroco*), más que nada por la regla de evitar la cacofonía. Sin embargo, se dice *arte culinaria*, *arte cisoria*, *arte poética* con el adjetivo femenino. En plural es siempre un término femenino (*las bellas artes*, *las artes de pesca*, *las artes marciales*), puesto que no media la cautela de la cacofonía. La pulsión para que las artes fueran femeninas se debe a que tradicionalmente se han acogido a la protección de las musas, diosas o ninfas de la mitología griega. Pero en fin, lo más prudente es reconocer que *arte* normalmente es masculino en singular y femenino en plural. Es uno de esos casos que son la desesperación de los extranjeros que están estudiando español. Quizá les consuele saber que los indígenas también andamos dubitativos sobre ese particular.

Otra confusión muy corriente es entre la voz *consistente* (= que tiene solidez o firmeza) y la de *congruente* (= que está de acuerdo, en concordancia o en correspondencia con algo). La congruencia o coherencia se predica en una comparación. Adelanto lo difícil que es para los españoles la operación de comparar. En el caso indicado la confusión quizá provenga de que la voz *consistent* en inglés es tanto consistencia como congruencia.

Una expresión un tanto retorcida es la de *vergüenza ajena*. Quiere decir la sensación de indignidad o de humillación que uno siente ante la circunstancia de que otros no parezcan avergonzarse cuando deberían hacerlo. Pero la vergüenza es siempre un sentimiento de uno, por lo que la locución dicha queda ambigua. Nótese que *sinvergüenza* es un insulto dirigido a los otros que se comportan sin criterios morales. No es lo mismo no tener vergüenza que ser un sinvergüenza. Ya es imaginación pensar que a uno se le puede *caer la cara de vergüenza*. Más adelante me referiré por extenso a las analogías y metáforas (capítulo 4).

El *protagonista* fue para los griegos el atleta principal. Para nosotros es el personaje más destacado de una obra literaria, de un programa de los medios de comunicación. Pero el concepto se ha ido estirando de tal modo que ahora protagonistas pueden ser las cosas más diversas: la lluvia, el pueblo, la crisis económica, la incertidumbre, etc. Se llega a oír esta dislocada expresión: *todos somos protagonistas*. Parece un poco abusiva. Está bien que las palabras puedan tener varios

sentidos, pero se desgastan si esa ampliación resulta incontrolada.

Hay algunas confusiones por contagio fonético, tan explicables como imperdonables. Por ejemplo, decir *la líbido* en lugar del correcto *la libido* (= impulso sexual). El contagio es aquí la analogía con el adjetivo *lívido* (= pálido, descolorido, amoratado). Puede que, al hacer esdrújula esa voz, el sujeto considere que es más elegante.

Hay que ser comprensivos con los errores que se deben a la semejanza con otras voces. Por ejemplo, el cultismo *cerúleo* lo entiende mucha gente como “del color de la cera”. La significación correcta es “de un color azulado”. El color de la cera daría propiamente *céreo*, que es un término todavía más rebuscado, más propio de poetas románticos. Pero son palabras que solo se reservan para el lenguaje literario.

En algunos de los ejemplos anteriores lo que parecen faltas gramaticales más bien podría ser **equívocos**, es decir, enunciados que pueden interpretarse de varias formas. Es algo que se deriva de la misma estructura de la lengua, donde la polisemia es algo muy común. La prueba es que algunas veces el hablante o el escribiente se ven obligados a precisar el sentido que quieren dar a su declaración. Una corrección muy típica es el añadido cortés de *en el mejor sentido de la palabra*. Es curioso que nunca se diga *en el peor sentido de la palabra*. Podría ser un buen ardid para insultar con elegancia.

Una muletilla particularmente pesada y hasta odiosa es la de *en este sentido*, cuando normalmente no hay más que un sentido muy claro. Se recurre demasiado a ella en el lenguaje semiculto y aun en el culto. Puede dar una impresión de seriedad científica, pero, si se repite, resulta perfectamente evitable, sobre todo cuando no hay otro sentido a la vista. Su utilidad está en que así se gana tiempo al hablar o al escribir.

Una forma de equívoco, de ambigüedad intencionada con propósito de estimular la risa es el chiste, el comentario jocoso. Puede contener palabras o expresiones con doble sentido o tabúes expresivos. Todo ello conduce a la sorpresa del interlocutor o del lector. La sorpresa, cuando es benévola, conduce a la hilaridad. Lo saben los niños cuando se disfrazan.

Hay que tener mucho cuidado con los sinónimos, que a veces son adaptaciones de palabras foráneas. Por ejemplo, *debacle* (= desastre). La cautela está en que *debacle* es femenino y *desastre* masculino. El género de muchas realidades inanimadas suele ser un capricho para las personas del común, que no tienen por qué ser duchas en etimologías. Un angloparlante que empieza a estudiar español tenderá a decir “la problema”. No debe preocuparse. Ese errorcillo quiere decir que ya ha empezado a comprender la estructura de la lengua de aprendizaje. Es lo mismo que le pasa al niño cuando empieza a hablar y dice *no cabo* (= no quepo). Alégrense los padres porque su retoño ha empezado a transitar por las anfractuosidades del idioma. Es el signo

definitivo de inteligencia.

Por mucho que la lengua tenga una estructura —la contenida en diccionarios y gramáticas—, es evidente que se presta a muchas variaciones legítimas. Son patentes las de clase social, grupo de edad o lugar geográfico. No vale la pena insistir en ellas. Sí merecen algunas líneas una especie de esas variaciones, los que podríamos llamar **sesgos profesionales**. Es evidente que los abogados, médicos, científicos y otros profesionales emplean una especie de jerga para uso interno. Lo malo es que también puede despistar a los profanos. Son variantes deliberadas, precisamente para que se establezca un estilo del lenguaje que distinga al facultativo y justifique sus honorarios. Los sociólogos no podríamos hacer valer nuestro trabajo con las encuestas si no hiciéramos constar en el informe una ininteligible *ficha técnica*. Menos comprensibles suelen ser los informes médicos, y eso que se refieren a algo tan primordial como la salud. Una confusión muy típica es que si el test para detectar alguna anomalía ha dado un resultado “negativo”, debe interpretarse como “positivo” para el enfermo.

Los historiadores y periodistas, cuando narran una acción pasada, introducen a veces un arbitrario tiempo futuro. Por ejemplo, “A finales del siglo XIX Cánovas y Sagasta inaugurarán el turno pacífico de sus respectivos partidos”. Lo malo es que también pueden combinar ese tiempo futuro con el pasado o el presente en la misma página. Se trata de un artificio que, si reiterado, puede resultar irritante. No tiene mucha explicación, salvo la inclinación general a la pedantería de las personas con estudios superiores.

El pueblo parlante suele esmerarse en una especie de **hipercorrección** por la que añade alguna letra o sonido a ciertas palabras que considera cultas. Por ejemplo, *disgresión* (= digresión), *inflacción* (= inflación), *reinvindicar* (= reivindicar), *inritación* (= irritación), *han habido* (= ha habido). Esas populares faltillas se explican perfectamente. La letra o el sonido que se añaden dan más empaque a la palabra que quiere ser culta.

Los ejemplos clásicos de hipercorrección son pronunciar *Bilbado* (= Bilbao) o *bacalado* (= bacalao). Ya solo se cultivan como broma. Son una forma de evitar el error contrario de lo que podríamos llamar *plebeyismo*. Es el caso de las terminaciones en “ado”, que en el lenguaje coloquial se hacen en “ao”. Por ejemplo, *abogao del Estao* (= abogado del Estado). Ese deje plebeyo lo cometen personas de elevadísima posición social o política, sin que tal desvío de la norma llame mucho la atención. Es más, se perdona socialmente porque de esa forma las personas encumbradas pasan por campechanas. Es otro ejemplo de *demotización*. Habrá que volver sobre ello (capítulo 3).

La hipercorrección se deriva muchas veces del énfasis que se quiere dar al discurso. De ahí que se oigan estos solecismos, incluso en discursos de prominentes

hombres públicos:

Concrección (= concreción), *aereopuerto* (= aeropuerto), *gaseoducto* (= gasoducto), *aterido de frío* (= aterido), *completa unanimidad* (= unanimidad), *primera prioridad* (= prioridad), *preveer* (= prever), *preveyendo* (= previendo).

Las **faltas ortográficas** son las más comunes pero las menos interesantes para la visión sociológica del lenguaje que aquí estoy tramitando. Simplemente se deben a la ignorancia, a la desgana y a un extraño valor admitido, cual es la permisividad para ese tipo de torpezas. Los profesores de los distintos grados de la enseñanza se desesperan por esa creencia general de que las faltas de ortografía son cosa liviana. Recordemos que, a diferencia del inglés, las reglas ortográficas del español son muy sencillas y asimilables. La prueba es que en la enseñanza en español no cabe el ejercicio del *spelling* (= deletreo), que tanto preocupa a los escolares angloparlantes. Se podría decir que la ortografía del español se puede aprender en dos tardes. Por lo menos se puede convenir que es algo más fácil de dominar que los abstrusos términos de la Economía.

Los errores ortográficos o gramaticales son imperdonables cuando se producen en textos que pasan por ser de personas instruidas y sobre todo si se reiteran. Por cierto, no es raro ver que la locución *sobre todo* se escriba *sobretudo* en algunas piezas periodísticas e incluso en libros. Es una incorrección, pero, si aceptamos la hipótesis de la lengua viva, puede que pronto se pueda escribir *sobretudo*. Por lo menos así se pronuncia. Ya no es posible la confusión con el sobretodo, el abrigo o gabán que llevaban nuestros antepasados y que ahora recibe otros nombres.

Una falta ortográfica muy corriente es la de confundir *aún* (= todavía) con *aun* (= incluso, aunque). Se explica porque los correctores informáticos no suelen distinguir las dos funciones tan diferentes que cumplen esos dos vocablos. Ese es uno de los casos de desesperación de los profesores que deben corregir exámenes escritos.

En la escritura de la época de la imprenta, fuera en libros o en periódicos, existía la distinción entre los escritores y los correctores de pruebas. Esos últimos eran los que detectaban hasta la minucia los errores y erratas. En nuestra era informática casi ha desaparecido esa noble ocupación, como se esfumaron otras: linotipistas, serenos, cobradores de tranvías o autobuses, maleteros, etc. Ha sido una pérdida notable para la buena marcha de la edición de papeles impresos. Ahora se supone que es el mismo autor quien escribe y corrige sus textos. En todo caso se sirve de un más que dudoso programa corrector introducido en el aparataje informático. El resultado es la casa sin barrer. Valgan estas líneas para reivindicar el noble oficio del corrector de pruebas.

Elogio del pedante

Una cosa son las erratas que se deslizan en un discurso o —de forma más corriente— en un texto, y otras los errores y disparates. Las primeras son producto del azar y por tanto no hay asignación de culpa ni motivo especial de preocupación. Pero los desatinos obedecen a un desconocimiento culpable o a un contumaz desvío de la norma. Todo eso es producto de la degradación de las instituciones educativas. Habría que reivindicar la figura del *pedagogo* en su prístino sentido del ayo o preceptor que se ocupaba de instruir a los hijos de los patricios de la Grecia clásica y luego de Roma. Se le llamó más tarde el *pedante*, con ironía, porque iba a pie. No hay sustituto de esa figura, por mucho que nos creamos los inventores de la enseñanza personalizada. Hemos conseguido que estudien todos los niños, no solo los de la clase distinguida. Pero nadie se encarga realmente de llevar a cabo esa honrosísima misión de convertir a los bárbaros en ciudadanos romanos. Los profesores hodiernos somos funcionarios, no preceptores.

En España se ha conseguido lo que parecía imposible: la escolarización universal. Nos ha costado más de un siglo. La contrapartida de ese inmenso logro es que ha descendido abisalmente la cantidad de palabras —y por tanto de matices— que maneja un adulto corriente. La riqueza de vocabulario de los españoles es muy baja en proporción a los medios materiales de que disponen para emitirla o recibirla. Volvemos paradójicamente a una etapa primigenia en la que los que manejaban con soltura el idioma escrito eran una minoría de escribas o letrados. Ahora es también así, con la paradoja de que casi todos los adultos saben escribir y hasta disponen de un teclado en sus aparatos de comunicación. Antaño el ascenso social consistía en trascender la condición de analfabetos. Hoy, quien más quien menos posee algún título escolar, pero lo frustrante es que ese papel sirve de poco para situarse socialmente. La devaluación ha llegado también a los diplomas universitarios. De ahí que los licenciados se apresten a proseguir los estudios a través del máster. La gran sorpresa es por qué, después de tantos años de estudio, muchos de ellos no saben manejar el idioma común. Seguramente no pocos profesores tampoco son muy diestros en el asunto.

Lo peor no es la inflación de ese bien escaso que son los títulos educativos. El problema es mucho más grave. La hueste numerosa de los que han pasado por las aulas obligatorias no está dispuesta a seguir aprendiendo, a dejarse enseñar. En consecuencia, el profesor, el escritor, el científico, el experto, todos ellos han perdido ascendiente. Muchas personas del común consideran que, con el teclado en mano, pueden “acceder” (ese es el verbo) a cualquier tipo de información, al conocimiento. Ante esa facilidad, es lógico que se devalúe el crédito del profesor o del que verdaderamente sabe de lo suyo.

Un fenómeno sorprendente es lo que podríamos llamar el *nuevo analfabeto*. Cualquier profesor universitario de los últimos lustros ha podido comprobar que muchos estudiantes no recuerdan bien la tabla de multiplicar o el orden alfabético. No es infrecuente que algunas personas en puestos profesionales o directivos ignoren escribir correctamente un folio o hablar sobre ese escrito sin leerlo ante un auditorio. La paradoja está en que el grueso de los empleos que hoy se ofrecen en la economía de servicios requieren esas habilidades elementales.

Aunque haya notables excepciones particulares, el resultado de todo lo anterior es una especie de *alalia cultural*. Consiste en no saber expresarse correctamente, no tanto por ignorancia como por mentalidad. No es solo la resistencia a aprender sino —algo más capital— el rechazo de la ética del esfuerzo. Es la que ha caracterizado a las dos generaciones anteriores, comprometidas con una desusada tasa de crecimiento del producto económico. Que conste que esa ética no ha sido un signo que se haya prodigado mucho en la Historia. La tendencia natural de todos los tiempos ha sido la pereza y el placer. Pero últimamente nos habíamos acostumbrado a un notable espíritu de superación y eso es lo que se erosiona. El centro de la vida ya no es el trabajo o el estudio sino la fiesta, el ocio, matar el tiempo. Rige un propósito de mantenerse en buena forma física, pero no tanto alimentar el espíritu.

El diagnóstico anterior es tan perentorio que no hay más remedio que cortar el nudo gordiano de un tajo. La incisión hay que empezar a hacerla por la escuela de las primeras letras. Bien llamada está así porque los niños deberían aprender a leer hacia los cuatro años de edad. La lectura tendría que ser al mismo tiempo del español y del inglés como mínimo. Habría que añadir ese mismo aprendizaje para el idioma familiar en el caso de que fuera otro. Los maestros deberían acercarse al modelo de los pedantes en su sentido primigenio. Una pequeña iniciativa sería que los docentes de la enseñanza obligatoria comieran en la misma mesa con los alumnos. Se recordará que “alumno” significa “el que está siendo amamantado”. Es necesario utilizar al máximo los medios informáticos para la enseñanza, pero sin que esa facilidad llegue a anular el espíritu creativo.

En el grado universitario habrá que partir del principio de que el estudiantado solo puede ser una pequeña parte de la población de su edad. Ni qué decir tiene que debe ser la parte más dispuesta al esfuerzo, a la curiosidad por el saber. Es muy conveniente que los estudiantes universitarios vivan fuera de los respectivos hogares de origen y a poder ser en una localidad distinta donde han residido como adolescentes. El ideal es que simultaneen los estudios con el trabajo, aunque sea en tareas serviles. Las becas para las carreras superiores deben darse en razón del espíritu de superación, no de los ingresos familiares o personales. La beca no es un derecho sino un mérito y hasta un privilegio legítimo. Hermosa utopía, pensará el lector benévolo.

En la enseñanza de las lenguas (inglés y español como centrales) debe recuperarse el respeto por la norma, compatible con la imaginación. Lo malo es que esa virtud de acomodarse a lo que es debido se ha erosionado bastante por lo que respecta a cualquier otro tipo de deberes. El resultado es que se han alzado nuevos valores que dan al traste con los tradicionales. Por ejemplo, hay un nuevo valor verdaderamente nefasto: el de que hay que hacerse rico a toda costa. Con esa idea por delante, no hay forma de que prospere mucho el aprecio por la instrucción o por el trabajo duro. La última consecuencia es que se amplía la mancha de la corrupción política. Pero esa tortuosa senda de razonamientos morales se aparta del camino real que aquí me he propuesto. Baste con acusar la mediocridad de los estratos profesionales y directivos de la sociedad, los que han recibido la instrucción suficiente como para hacer buen uso del idioma común. Habrá que proceder a analizar esa realidad.

LAS PALABRAS LAS CARGA EL DIABLO

Hablar o escribir con propiedad es algo más que cuidar los posibles errores, disparates, confusiones, equívocos, sesgos, excesos, faltas o erratas. La estrategia negativa es endeble. Los textos o discursos deben ser elegantes, deben saber jugar con la polisemia establecida de las palabras. En definitiva se debe perseguir un **estilo**. Estamos ante una forma artística siempre perfectible. Es la misma razón por la que los pintores combinan con gracia una paleta limitada de colores o los músicos hacen algo parecido con las notas musicales. Podría parecer impertinente la analogía con el arte, pero el uso del lenguaje constituye una de las pocas posibilidades de creación estética que pueden ejercitar cotidianamente todas las personas.

Se dice que es innata la capacidad para llegar al dominio de la estructura hablada del idioma materno. Sin embargo, la elaboración del discurso requiere un aprendizaje continuo que nunca se termina. Cada palabra es un mundo que se presenta de modo distinto según la experiencia.

Es un hecho que los españoles suelen conversar en un tono de voz alto cuando se encuentran en un lugar público. Por tanto, no es raro que un ajeno pueda captar algunas conversaciones. Lo sorprendente para ese curioso, por mucho que perciba bien las palabras, es que no acaba de entender todas las frases y menos el argumento completo de la conversación. Esa dificultad apunta al rasgo fundamental del diálogo: los interlocutores no emiten más que una parte de lo que desean comunicar. El resto lo dan por sabido, suponiendo que los dialogantes hayan tenido antes otros intercambios y experiencias comunes. Es decir, detrás de los contenidos de una charla cotidiana hay un contexto, una historia, una experiencia vivida. Sin esos elementos resulta difícil entender lo que se emite. Esa es la razón por la que el lenguaje oral de los intercambios usuales se aparta un tanto de las reglas gramaticales, las cuales se reservan para la forma escrita. El problema actual es que, en los mensajes internéticos o a través del móvil, se sigue muchas veces la lógica del lenguaje oral. Eso los hace de difícil interpretación para un tercero e incluso para el receptor del texto. La clave es que en los mensajes escritos se halla ausente el gesto del emisor. Por esa razón en los intercambios escritos a través de la internet o de los móviles se generan no pocos malentendidos y conflictos.

¿Por qué gesticulamos y manoteamos tanto al hablar? No resulta convincente la razón de que así somos más expresivos para el interlocutor. La prueba de esa sospecha es que hacemos gestos parecidos al hablar por teléfono o ante un micrófono por la radio. Un actor de doblaje o que grabe un anuncio gesticula lo mismo que si tuviera delante al auditorio. Se trata asimismo de un rasgo cultural, pues esos

movimientos corporales varían mucho de un ambiente a otro. Es evidente, por ejemplo, que los españoles hacemos más gestos al hablar que los otros europeos ultrapirenaicos. Solo nos ganan los italianos. Algunos ademanes son necesarios porque son parte del lenguaje corporal. Seguramente es el que empleó la humanidad antes de conseguir la facultad de hablar. Su función actual se debe más bien a la dificultad para encontrar las palabras precisas que suponen lo que añade la gesticulación. Una palabra que el hablante no acaba de recordar la tiene *en la punta de la lengua*. A veces un gesto de desprecio o de cariño vale más que cien palabras. Algo tan simple como mirar a los ojos del interlocutor condiciona todo lo que se diga verbalmente. El equivalente para un ciego podría ser la sensación de tocar al otro. Me encanta esa disposición táctil de los que llaman invidentes. No obstante, perciben de otra forma, por ejemplo a través de los sutiles tonos del lenguaje oral. Ellos llaman “ver” a eso.

Un buen estilo consiste en introducir la palabra o la oración precisas en el argumento que el sujeto quiera desarrollar. Al buscar el sinónimo adecuado conviene advertir que no suele haber dos palabras con la misma significación. Insisto en que, más que sinónimos estrictos, lo que encontramos son voces emparentadas, cada una con un matiz distinto. Por eso es tan ardua la elección de la palabra justa. Justa, además, según para qué y en qué contexto. Un insulto puede llegar a ser un cumplido, y al revés. Cuando se produce un malentendido, el interlocutor se disculpa con un *no te lo tomes así*. Es interesante esa intuición de que las palabras no solo las oímos, sino que las podemos “tomar” de una u otra forma.

Cuando el grajo vuela bajo...

El idioma español culto y escrito tolera mal las repeticiones de palabras dentro de la misma frase e incluso dentro del mismo párrafo, por lo menos cuando son voces peculiares. Puede que sea un criterio demasiado escrupuloso. Por lo menos hay que entenderlo con cierta liberalidad cuando se trata de un texto formal. En inglés, por ejemplo, esa tolerancia es mayor. La razón del temor a repetir palabras en un párrafo quizá esté en que el español es una lengua monótona, con sonidos que se repiten mucho. Por eso la elegancia del estilo consiste en rastrear términos afines antes que volver a introducir la misma voz. Cada nueva palabra emparentada incorpora una nueva faceta de significación. Un buen escritor es el que tiene en su cabeza una especie de diccionario de términos afines y lo maneja de forma automática.

No solo puede llegar a cansar la repetición innecesaria de palabras sino las voces que rimen en consonante, lo que puede llevar a ridículos ripios. Son especialmente insoportables las rimas en “ón”. Claro que, en el lenguaje coloquial, se produce el placer infantil de las rimas. Es el caso de algunos dichos populares; por ejemplo, *cuando el grajo vuela bajo, hace un frío del carajo*. El que recibe ese refrán debe manifestar sorpresa y agrado ante tal descubrimiento que podría pasar por científico. Las rimas fáciles de los refranes o las canciones se buscan para facilitar el recuerdo.

Por todas partes se nos cuela un rasgo del lenguaje coloquial o corriente, su carácter **enfático**. Es el amigo de redundancias, pleonasmos, exageraciones. Algunos ejemplos:

Te lo juro, te lo digo yo, lo vi con mis propios ojos, eso es absolutamente imposible, te equivocas de medio a medio, por supuesto, ni muchísimo menos, ni te cuento.

La razón de esas fórmulas de énfasis —que el interlocutor no se toma muy en serio— es que en España la mentira es un vicio admitido. Admitimos muy bien el grado simpático de las *mentirijillas*. Dado que el prójimo suele ocultar la verdad cuando le conviene, el que emite un discurso tendrá que hacer un esfuerzo para convencer de la verdad de su enunciado. El engaño se perpetra mucho mejor a través del teléfono o del correo electrónico que en la conversación cara a cara.

El carácter enfático se logra de la forma más sencilla con el recurso al adverbio *absolutamente*. Debería ser un adverbio prohibido, pues casi todo de tejas abajo suele ser relativo, pero ese énfasis del *absolutamente* goza de mucho predicamento. A los que debaten en público no se les cae de la boca, por mucho que su reiteración pueda estragar a los oyentes mejor dispuestos. Ante un *eso es absolutamente imposible* resulta difícil replicar nada.

Un énfasis muy particular es el que se logra con los adjetivos *propio*, *mismo*, *justo* o *preciso*. Tiene cierta gracia la construcción “¿son ustedes de la misma Zamora o de

algún pueblo de la provincia?”. La regla de oro es no abusar de ese tipo de adjetivos, sobre todo en el caso de *propio*, que empieza a ser epidemia, cuando tan poco tiene que ver con la propiedad. La razón fundamental para ese desafuero es que así se gana tiempo al hablar. Es un valor enaltecido por la característica locuacidad de los españoles, no digamos si son tertulianos de la radio o la tele.

No creo que pueda considerarse ciencia una disciplina como la Gramática, pues las regularidades que establece están sujetas a muchas variaciones regionales y a no pocas excepciones. (Que conste que lo mismo podríamos decir de la Sociología). Pesa más el uso que la norma de una supuesta autoridad, sea la Real Academia Española, el diccionario o lo que enseñan los profesores. El uso determina algunos caprichos. Por ejemplo, resulta elegante decir “la madrileña plaza de Neptuno” frente a lo forzado de “la sevillana calle Sierpes”. El adjetivo antepuesto suele ser una querencia literaria. No tiene mucha explicación ese privilegio del gentilicio madrileño, que se puede aplicar a las personas y a los lugares. Es un misterio la extraña personalidad del pueblo de Madrid. Por asociación de ideas, resuena aquí una peculiaridad del idioma español, que es la doble significación de la palabra *pueblo*. Indica tanto la gente que lo habita como las casas y otros elementos físicos que lo componen.

Una forma muy común de énfasis es la ampliación de los elementos de una serie, a veces con intención festiva. Por ejemplo, *los de izquierdas, los de derechas y los mediopensionistas*. Ese vulgarismo de *mediopensionistas* se ha convertido en un sutil dispositivo para indicar que las clasificaciones polares no son completas. Por ejemplo, *varones, mujeres y mediopensionistas* puede querer decir que hay también homosexuales o diversas situaciones entre los dos sexos. Es una forma de no comprometerse con el posible sesgo despectivo que puede tener la alusión a los homosexuales. Por otra parte ser varón o ser mujer no implica cuál pueda ser su orientación de la sexualidad. Por eso tiene poco sentido la expresión “matrimonio homosexual”. Querrá decir más bien “matrimonio entre personas del mismo sexo”.

Hay una expresión enfática de mucha solera en el lenguaje culto: *nada más lejos de la realidad*. Se utiliza a troche y moche para cualquier mínima negación de la cláusula que ha emitido el interlocutor. No se suele pensar que casi siempre hay algo más lejos de la realidad aducida. Pero no es una expresión que se tome literalmente. Es algo que sucede con frecuencia cuando se dejan caer frases hechas.

Si se repasa el diccionario de insultos se verá que muchos de ellos se construyen sobre el supuesto de subrayar un defecto en el insultado. Una descalificación sorprendente es la de tildar a un individuo como *desgraciado*. No es tanto que carezca de gracia o atractivo sino que se percibe como una persona despreciable. El extremo de repulsa es considerar a alguien como un *pobre desgraciado*. Otro extraño dicterio es *sinvergüenza*. Es la persona que carece de criterios morales o los tiene

vituperables. Habrá que volver sobre ello. Lo malo del lenguaje es que no se puede decir todo al mismo tiempo.

El insulto se puede convertir en un bumerán si el injuriado lo sabe manejar con habilidad y una miaja de displicencia. Una descripción crítica que se hace de una persona en un debate puede llegar a ser un insulto si el aludido así lo hace explícito. De esa forma obtiene una ventaja frente al contrincante. Puede llegar a amenazar con que abandona la discusión si el otro no retira el insulto. Más bien parece una forma expedita de sustituir la falta de argumentos. Es un enigma psicológico averiguar por qué si una persona califica a otra con algo desagradable, esta puede darse por ofendida. Puede que haya alguna utilidad en el gesto de ofenderse. Por ejemplo, es una buena excusa para romper una relación que no interesa. Pero lo cierto es que el Derecho castiga el delito de injurias o de calumnias. Bien es verdad que un individuo no es un ladrón porque así lo califique otro.

Una fórmula enfática —particularmente cansina— es la de repetir la última frase, locución o palabra. La utilizan mucho los políticos en sus declaraciones. Un ejemplo hipotético podría ser esta frase mostrenca: *Esta decisión del partido es muy importante, es muy muy importante*. Lo más probable es que, ante la reiteración, la tal decisión sea cosa de poca monta. Pero no hago más que adelantar el expediente del dialecto politiqués, que habrá que ver en su momento (capítulo 5). Ese avance se produce porque una fuente del lenguaje privativo de los políticos es el habla popular, incluidas las equivocaciones.

Los manuales prescriptivos recomiendan que, si el sujeto colectivo va en singular, el verbo debe concordar de la misma manera. Por ejemplo, *la mayoría opina, los españoles votan*. Sin embargo, cabe la objeción de que, si ese sujeto especifica quiénes lo componen, el verbo suena mejor en plural. Por ejemplo, *la mayoría de los españoles opinan*. No es una recomendación de los gramáticos, pero el estilo es algo más que la sintaxis (= la correcta construcción de las frases). Al decir “la mayoría opina” se concede a la “mayoría” una entidad que no tiene, pues está compuesta de personas.

Hay más controversias. Los gramáticos dirán que el adjetivo y pronombre demostrativo *aquel* es tan legítimo como los otros (*este, ese*). Sin embargo, un buen consejo práctico de estilo es el de evitar todo lo posible la voz *aquel* y derivados por su congénita ambigüedad. Cabe en alguna locución hecha, como *de aquella manera* o *tener su aquel*, precisamente para resaltar una cualidad difusa. También se recomienda utilizar *aquel* como algo asociado a la melancolía, la nostalgia. Recordemos las famosas golondrinas del poema de Bécquer: “pero aquellas..., aquellas..., esas no volverán”. Pero, por lo general, las expresiones *aquellos que* y *todos aquellos que* se deben sustituir por *los que*. Es aconsejable seguir el principio de la economía léxica, que, al parecer, tan a menudo se saltan los textos legales o

administrativos.

Por supuestísimo

No solo cuenta el estilo en el discurso oral o escrito. Importa mucho el tono con que se habla o se escribe, el valor que se da a la intención de las palabras o los gestos. Idealmente podríamos graduar muchos vocablos a lo largo de una escala de afecto. Se nos iluminaría el sentido de lo que queremos decir.

Es corriente el deseo de *llamar a las cosas por su nombre*, lo que equivale a una mezcla de precisión y sinceridad. *Al pan, pan; y al vino, vino* dice el pueblo. Pero el lenguaje corriente está muy lejos de esas pretensiones. La razón es que un exceso de sinceridad o de precisión puede generar conflictos. Para empezar, a ver quién es el guapo que sabe “el nombre exacto de las cosas”. Juan Ramón Jiménez pedía a la naturaleza que se lo diera, pero me parece que se trata de un ruego que no va más allá de la estética. Lejos de indagar el nombre exacto de las cosas, lo que los hablantes ejecutan muchas veces es un ritual de ocultación. Eso lo hacen para ser más expresivos o más simpáticos, para tener razón. Eso es lo que de verdad les importa. Por eso el lenguaje coloquial se carga de elementos valorativos, positivos o negativos, según quiera uno agradar o disputar.

La mayor parte de las palabras son efectivamente neutras. Sin embargo, hay unas cuantas que poseen una especie de carga eléctrica, positiva o negativa, que se puede identificar con la dimensión del afecto. La primera distinción polar que a uno se le ocurre es la clásica de amor-odio. Pero resulta que el amor es selectivo. No se puede amar a muchas personas al tiempo, a no ser que sublimemos ese sentimiento como en el ejemplo de Teresa de Calcuta y otros santos. De tejas abajo, el amor es tan selectivo que pretende concentrarse en una sola persona. Incluso la estricta relación de amistad tampoco se puede prodigar mucho. Esa intensidad nos vale para entender bien la carga afectiva que va con ciertas palabras. En el sentimiento amoroso o amistoso hay un alvéolo de admiración, pero en ocasiones lamentables puede trocarse en su contrario, el odio. Esa transmutación suele producirse mediante el tortuoso camino de la envidia y el resentimiento. Son impulsos bastante comunes, pero casi nadie está presto a reconocerlos en uno mismo, aunque sí puede hacerlo con otras tachas. Uno puede confesar que es un perezoso o incluso presumir de ello, pero resulta inverosímil que alardee de sentir envidia por alguien cercano, sea pariente, amante o amigo.

Más interés tiene la polaridad admiración-desprecio, que abarca muchos más casos. La admiración se detecta porque da placer y alegría conversar con algunas personas, con las que uno se siente a gusto en su compañía. El polo opuesto de la admiración es el desprecio. Es algo que puede sobrevenir en el trato conflictivo con otra persona y que produce inquietud y malestar. La consideración de *despreciable* no es propiamente un insulto. Expresa más bien la sensación de fracaso por parte del que

emite ese juicio. Se desprecia lo que puede dañar, la conducta rechazable por maligna, el comportamiento miserable. Me refiero a las personas del común, no a los santos.

Nos hallamos ante una dimensión fundamental para comprender las relaciones humanas y el lenguaje que van con ellas. Es el **eje afectivo** que coloca algunas palabras en una hipotética línea continua o escalar. Los extremos son el polo A (= admirar), que resulta laudatorio, y el polo Z (= zaherir) como lo despreciativo o desdeñoso. Realmente se trata de un haz de líneas con sentimientos diversos, pero lo reduzco a un continuo lineal con esos dos extremos. Muchas veces no se hacen explícitos para no halagar o mortificar demasiado. Pero mentalmente se tienen en cuenta al emitir un juicio sobre el interlocutor o sobre el asunto del que se habla.

Son muchas las voces que, a lo largo del tiempo, han oscilado de uno a otro polo del eje afectivo. Por ejemplo, *cómplice*. Ya no es solo el compinche que ayuda en la comisión de un delito, sino la persona que se entiende afectivamente con otra. Es una palabra que emplean mucho los famosos que se dejan retratar delante de un telón lleno de marcas comerciales que llaman “fotocol”. *Monstruo* es más bien un ser horrible, cruel y despiadado. Pero se puede utilizar en el sentido opuesto de persona admirable, sobresaliente, extraordinaria. Es lo que se llama antífrasis. Hay más ejemplos. Tradicionalmente un *provocador* es el individuo que causa disturbios, daños, desórdenes. Ahora es también una persona adelantada a su tiempo, digna de admiración. En el ambiente de los escritores o comentaristas es corriente utilizar la voz *perpetrar* (= cometer un delito) en un sentido cariñoso, en el de trabajar en un libro. Los segundos significados de esos vocablos permiten introducir la ironía en el discurso.

La dimensión afectiva se muestra especialmente en la comunicación no verbal (gestos, distancia entre los interlocutores) y en las pausas o los silencios. Es evidente que la relación amorosa supone la mayor cercanía física entre dos personas que se comunican. Las películas nos han acostumbrado a la imagen de una forzada cercanía corporal entre los interlocutores, que en la realidad no es tanta. Y eso que en la cultura española se acepta más proximidad entre los que conversan en comparación con la norteamericana. Pero en todos los casos la cercanía forzada por las circunstancias inhibe la charla, sobre todo si aparecen extraños. Es la situación del ascensor, colmado de usuarios, en la que se apagan las conversaciones e incluso se desvían las miradas. En esa situación de contigüidad efímera y forzada es difícil seguir con una conversación muy personal en la que se manejan términos afectivos de uno u otro polo. Recuérdese que en las películas cómicas suele darse a veces esa situación hilarante en un ascensor con una conversación o unos gestos que no están previstos. La gracia está en la sorpresa de lo inesperado. Algo parecido sucede en una reunión en la que los interlocutores mantienen una estudiada distancia física entre

ellos y procuran alejarse de los polos A y Z. Para eso están las convenciones de lo que marca la cortesía. Las mesas de reuniones de las grandes empresas e instituciones suelen ser de tamaño desmesurado para mantener una cuidada separación entre los asistentes. El descubrimiento del *power point* en algunas presentaciones ante un auditorio permite establecer una distancia neutral entre el orador y los oyentes. El artefacto facilita que no se crucen las miradas. *Ojos que no ven, corazón que no siente*, suele decirse. No es una buena táctica pedagógica para un profesor o un conferenciante, precisamente porque se debilita la comunicación personal. En una clase o una conferencia es fundamental que los asistentes crucen sus miradas con las del profesor o conferenciante.

Una conversación entre personas que se llevan bien es tanto más agradable cuantas más palabras se sitúen en el polo A de la dimensión afectiva (el extremo meliorativo). Esa dimensión se realza en la conversación cara a cara. Por teléfono las palabras quedan más planas, a falta de los gestos, la mirada, la posición del cuerpo. De ahí que muchas conversaciones telefónicas de tipo amistoso se planteen como una táctica para “quedar” o “verse” en otro momento convenido. Algunos de esos intercambios telefónicos terminan con la extraña despedida de “nos vemos”. Es un anglicismo muy útil. A veces se recurre a “nos llamamos”, pero ese deseo no expresa tanta cercanía.

El continuo afectivo es algo más sutil que la gradación expresa que se establece con los adjetivos polares. Veamos esta serie: *carísimo, muy caro, bastante caro, barato, bastante barato, muy barato, baratísimo, tirado*. En ese caso se establece una comparación implícita con lo que el emisor piensa que debería costar el artículo en cuestión. Naturalmente, el receptor del mensaje puede objetar que él tiene una gradación distinta. Después de todo, esa confrontación de opiniones sobre el precio es la que se establece en las operaciones de subasta, regateo o chalaneo. En la compra simple de cualquier artículo funciona un divertido engaño: tanto el vendedor como el comprador consideran por su lado que han sacado alguna ventaja.

La sutileza del continuo afectivo es la misteriosa cualidad que tienen algunas palabras por las que unas producen un sentimiento positivo (polo A) y otras el contrario (polo Z). Como es lógico, esas reacciones —más que nada latentes— son oscilantes y subjetivas, pero siguen siendo reales. Los extremos acostumbran a ser muy nítidos, entre la loa y el insulto, pero entre medias hay matices interesantes que pueden perderse. Ahí está la gracia del lenguaje, que es también confrontación de opiniones. Para un liberal la palabra *subvención* se acerca al polo Z, pero un izquierdista la colocaría en el polo A. Muchas de las discusiones ideológicas o de intereses se aclararían si los contendientes se percataran de que sus palabras se orientan hacia uno u otro polo.

En los adjetivos estrictamente polares se facilitan las cosas si se establece una

medida, aunque sea relativa. Por ejemplo, es más preciso decir que *el enfermo tiene 38°* frente a la apreciación de que *el enfermo tiene febrícula*. Cuando no hay gradación cuantitativa, vale la escala de “muy, bastante, normal, poco o nada”. Es la que los sociólogos manejamos en las encuestas. Parecería que una escala así conviniera del mismo modo a todas las personas, pero las cosas son algo más complicadas. Por ejemplo, los jóvenes tienden a emplear más veces el “bastante” y pocas el “muy”, lo que puede alterar los resultados de una encuesta. La extraña idea del lenguaje juvenil es que “bastante” equivale “a lo más”. Al mismo tiempo ese modo de hablar extrema los superlativos con nuevos prefijos, como “*súper*”. Cabe la hipérbole de *superbuenísimo* o *superguay*. El súper del barrio ha quedado desplazado por el gigantesco híper o el macro. Los prefijos se transforman en sustantivos. En la conversación normal hay un abuso del enfático *por supuesto*. Cuando se oye esa tajante locución, sobre todo si se repite, cabe la duda de que lo dicho haya que suponerlo. No digamos si se insiste en el superlativo *por supuestísimo*.

Sin llegar a tanto, el efecto de exageración es el más frecuente. Por ejemplo, un bosque que se quema, puede aparecer en las noticias como *completamente calcinado*. No suele darse un resultado tan catastrófico. Para disimular su mendacidad, el emisor de un enunciado falso puede asegurar impávido que es *absolutamente cierto*. Que conste que esas exageraciones comunes no impresionan mucho a los receptores, pues ellos mismos las emplean cuando tienen que hablar. La desmesura suele producir una esperada simpatía en el lenguaje habitual. Repárese en el efecto de los chistes tradicionales que toman la forma del *colmo* (= punto extremo o dislocado) de algo. Son una variante de las *greguerías*, el género literario inventado por Ramón Gómez de la Serna para presentar comparaciones festivas y surrealistas. Cualquiera puede continuar el género con revelaciones igualmente locas. Por ejemplo, “el colmo de un elefante es tener dos colmillos”.

Una gradación muy simpática del lenguaje juvenil es la que se establece con el *como muy*. Tiene la gracia de que extrema la apreciación personal y mantiene un contraste difuso. Por ejemplo, “la ropa negra es como muy fashion”. Es una forma de no comprometerse mucho con un juicio taxativo. Viene a ser una especie de rechazo de la hipérbole. En ciertos ambientes juveniles lo suyo es no mostrar mucho entusiasmo por nada.

Hay una calificación, la de *tremendo* o *tremendamente*, que tiene la virtud de situarse en el polo A o en el polo Z según convenga. Todo dependen de qué adjetivo siga a esa forma de calificar. Una vez más, la gracia está en esa indefinición. Para rematarla, se puede unir a otro adjetivo de la misma traza: *importante*. Puede importar para lo bueno o para lo malo, para una u otra persona o grupo. Ya si se unen, el efecto retórico llega a la sublimación: *tremendamente importante*. Se puede aplicar a cualquier cosa. Tanto es así que no quiere decir nada. De ahí su utilidad para la

retórica de los hombres públicos. (La abordo en el capítulo 5, aunque ya he dicho que voy dando pistas).

Una curiosa polarización es la que establece el contraste entre los vocablos asociados a la hondura (polo A) frente a lo superficial (polo Z). La imagen quizá provenga de la oposición botánica entre el humus productivo y la capa superficial estéril. Aunque puede ser que en la realidad suceda lo contrario, que la tierra más profunda sea poco fértil. Mas no importa. La imagen establecida es que lo superficial equivale a lo intrascendente, una nadería, mientras que lo profundo distingue a los pensadores, la seriedad intelectual. En el terreno de las ideas, la acción de *profundizar* se considera como la seria. En la coyuntura económica adversa, cuando se dice *hemos tocado fondo* se intenta transmitir la esperanza de que a partir de ahora las cosas van a ir mejor.

Una persona de izquierdas suele tachar de adversarios a los liberales. El problema está en que *liberal* nos acerca al polo A por el sentido tradicional de tolerante o generoso. En cuyo caso ya está. Ese mismo izquierdista, para vilipendiar a sus oponentes liberales, los puede clasificar como *neoliberales*. No se sabe por qué, pero el prefijo añade paradójicamente un tinte retrógrado. Quizá pese la tradición de que, a finales del siglo XIX, los *neos* (= de neocatólicos) eran algo así como los católicos intransigentes en política. En el siglo XX se acuñó la calificación despectiva de *reaccionario* al individuo que se oponía al progreso, sin parar mientes en que también se puede avanzar hacia lo molesto. Me fascina la posición de los escolios de Nicolás Gómez Dávila en los que el hombre se siente satisfecho de ser un reaccionario. Eso es lo que se llama ponerse el mundo por montera.

La polarización se puede ver también en palabras sinónimas. Por ejemplo, la voz *infantil* se refiere a los niños en su sentido positivo (polo A). En cambio, *pueril* establece la misma referencia pero como algo desdeñable (polo Z). Para eliminar el deje despreciativo que puede tener la palabra *niños*, se suele emplear la perífrasis de *los más pequeños*. Habrá que entender que no se refiere a los recién nacidos. Un *niñato* es algo así como un jovencito petulante y engreído (polo Z).

La voz *jefe* puede ser también cariñosa y meliorativa, por ejemplo, cuando equivale a “marido”. Del mismo modo funciona la *jefa* como apelativo afectuoso para el ama de casa. En un tono parecido se utiliza *jefe* para dirigirse amablemente a una persona que atiende al público, aunque no mande mucho.

El valor afectivo de las palabras se deduce algunas veces de la onomatopeya, de cómo suenan. Es claro que el sonido “ba” se asocia despectivamente a una lengua extranjera: Así, *bárbaro* (= extranjero), *babel* o *babilonia* (= confusión), *babieca* (= tonto). Un *tonto de baba* no puede ser más despreciable. Algunas lenguas extrañas respecto a otra central se designan con el sonido “b”. Por ejemplo, *beréber*, *ibérico*, *bable*. Ya se sabe, los extranjeros *balbucean* nuestra lengua, un poco como el *balido*

de las ovejas. Vamos, que parece que están en Babia o en las Batuecas. La exclamación *¡bah!* refleja desprecio, por lo mismo que el *blablablá* es el remedo de la conversación insustancial.

Otras veces la ambigüedad se deriva de que hay palabras afines de las que no se colige bien el matiz de cada una. Tanto *augurar* como *vaticinar* o *presagiar* consisten en hacer predicciones o pronósticos —con variable apoyatura científica— de lo que nos puede deparar el futuro. Insisto en que los sinónimos no son tales, ya que sus significados pueden estar próximos, pero no tienen por qué ser equivalentes. Habría que estrujar el cerebro para convenir que los *augurios* destacan un futuro benévolo (polo A). En cambio, los *vaticinios* se quedan con un porvenir dudoso y los *presagios* anuncian un destino aciago (polo Z). Sobre este particular los diccionarios no nos ayudan mucho, pero la distinción que propongo puede ser útil a falta de otra más convincente.

Una acción muy despectiva que ahora se repite mucho es *laminar* (= aplastar), por la forma como el bloque de acero se reduce a una superficie plana. Una imagen parecida es la del *rodillo* (= cilindro que gira en distintos aparatos o máquinas). Se aplica al aplastamiento de la opinión que realizan algunos gobernantes más fanáticos o autoritarios. Son analogías mecánicas que nos llevan al polo Z.

La alusión a enfermedades o dolencias suele dar mucho juego para situar a un adversario en el polo despreciativo (Z). Sigue latiendo la idea ancestral de que el enfermo tiene la culpa de su situación. Especialmente despectivas son las expresiones de *estar mal de la cabeza: loco, tocado, ido, majara, trastornado, desequilibrado, chalado, demente, orate, cretino*. Una locución de moda es *hacérselo mirar*, el consejo irónico para una persona que no parece estar en sus cabales o no sabe a qué carta quedarse. Las enfermedades físicas gozan de mejor prensa. Es más, algunas de ellas suelen ser amables objetos de conversación amical. Pero hay otras que siguen siendo malditas; son las que conservan el maleficio de la culpa del enfermo o el estigma de lo vergonzoso. Es el caso, por ejemplo, del cáncer, el sida o la anorexia.

La *escapada* era tradicionalmente una huida más o menos vergonzosa, pero en nuestros días se ha pasado al polo positivo. En el ciclismo es la enérgica decisión de un corredor para adelantarse a los demás y despegarse del pelotón. Después ha venido la acepción de *escapada* como una especie de viaje de placer improvisado, unas cortas vacaciones en un largo fin de semana o un puente. La *escapada* es para *cargar pilas*, suele afirmarse para justificar la pereza. La prueba es que las personas que parecen trabajar poco son las gozan de más periodos de descanso.

En definitiva, las ilustraciones vistas nos dicen que el continuo afectivo está presente en muchas palabras y expresiones; a veces el sentido oscila de uno a otro polo. El lenguaje es así menos neutral de lo que se suele aparentar en una conversación educada o en un texto formal.

Hay palabras teóricamente neutras, como *catadura* (= aspecto, cualidad) que, al emitirlas, suelen tomar un deje despectivo. Así, *la catadura moral de un individuo* se convierte en una tacha de esa persona. Ya la misma voz *individuo* nos acerca al polo Z. Bien es verdad también que, si se trata de un *individuo de número* equivale a ser miembro de un cuerpo distinguido. Aunque un *número*, en las fuerzas del orden, es un agente sin ningún rango. El *sujeto* es una voz neutra, pero a veces se orienta hacia el polo Z, por ejemplo, cuando se refiere a un delincuente. Una vez más, el carácter ambiguo de las palabras es algo que posibilita el arte del estilo y la gracia de la conversación. También puede dar a malas interpretaciones que originan conflictos.

La dimensión afectiva tiene mucho que ver con una particularidad del habla española: el lenguaje que he llamado enfático. Son muchas las expresiones que se añaden a lo dicho para dar a entender que no admiten refutación. Es una forma de acercar todo lo posible los argumentos al polo A. La lista es abundosa. Aunque algunas ya las he comentado, vale la pena contemplar el conjunto:

No tiene vuelta de hoja, ni muchísimo menos, todos y cada uno, absolutamente, es una verdad como un templo, eso va a misa, única y exclusivamente, de una vez por todas, nada más y nada menos, eso sí, sí o sí, por su propia naturaleza, por supuestísimo, meridianamente claro, no tengo la más mínima duda, lo tengo que desmentir tajantemente, no me digas, ni hablar, a mi plin, para nada, en modo alguno, amos anda, cómo no, no jodas, de eso nada, nada de nada, por favor, quita quita, oh no, solo faltaba, ni te cuento.

Muchas de esas expresiones habría que escribirlas con signos de exclamación, que en el habla se traducen en un tono especial y en gestos. Ante la manifestación de asombro o de duda que suele acompañar a esas manifestaciones del ánimo, el interlocutor puede remachar: *lo que oyes, te lo juro, va en serio*. Son formas de insinuar que por ese lado la conversación está acabada o por lo menos hay que hablar de otra cosa. Al contrario, la conversación amistosa, y no digamos amorosa, se hace interminable. En España puede darse una situación que sería extravagante en otros países. Es la de quedar a “tomar café” y que la charla se alargue unas cuantas horas. Es un misterio el hecho, repetido mil veces, de que la conversación se hace particularmente amable si los interlocutores participan del rito de comer y beber. También suele ser muy cordial la chachara con el peluquero o el taxista.

Un diálogo o una discusión con mucha carga afectiva (de uno u otro polo) no pueden mantenerse mucho tiempo ni en todas las ocasiones. Para aliviar ese exceso de sentimientos se buscan temas de conversación que pasen por triviales, convencionales, en los que es fácil llegar a un mínimo de acuerdo. Por ejemplo, el tiempo atmosférico, referirse a otras personas que no están presentes o comentarios sobre deportes, aficiones o gustos. También da mucho juego contar la experiencia de los viajes turísticos o de vacaciones, más ahora que pueden mostrarse las fotos y vídeos que se archivan en los teléfonos. Lo fundamental es que las opiniones no comprometan mucho. Hasta hace poco tiempo ha seguido funcionando en España el recuerdo de la Guerra Civil, hasta el punto de que en algunas familias se proscribían

las conversaciones sobre política o religión. Aun así, los temas políticos o religiosos presentan un atractivo especial en los paliques de sobremesa. Solo compiten en interés los que se refieren a la sexualidad y al chismorreio. Son compatibles con alternar los debates sobre los políticos, los curas o los deportistas. Alivia mucho proyectar las culpas de uno sobre otras personas que no están presentes en la conversación.

Todo lo referido a los partidos políticos tiene mala prensa. Se supone que ir a favor de los intereses del partido de uno es algo poco presentable; no se sabe bien por qué. Es muy raro que una persona pública diga a qué partido pertenece o incluso a qué partido vota. Aun así, cuando se favorece una causa o idea cualquiera, el adjetivo es *partidario* (polo A). Es algo que normalmente está bien visto con tal de que el fin sea legítimo. Pero cuando lo que se defiende es algo referente al partido político de su adscripción, para los demás uno puede pasar por *partidista* (polo Z). Por lo general, se tiende a calificar de “partidistas” las ideas o conductas de los que suscriben una ideología que no es la del sujeto que habla.

Una forma de expresar el desagrado que produce la conducta de los políticos es comprenderlos en un todo llamado *clase política* o *casta política* (polo Z). El recurso está bien para transmitir el sentido afrentoso que se desea, pero no son términos muy precisos en una democracia. La razón es que los políticos no forman un conjunto homogéneo. Tampoco es tan cerrado como a veces se supone y mucho menos hereditario, como haría pensar el término *casta*. Lo que sí hemos de reconocer es que casi todos los políticos encumbrados se distinguen por el tipo de lenguaje que aquí se llama, irónicamente, *politiqués*. Pero luego cada uno es de su padre y de su madre. Cuesta reconocer que los políticos sean de la misma pasta que el grueso de los contribuyentes. Puede parecer extraño que se importen futbolistas u otros profesionales pero no políticos. En la sociedad española actual hay lugar para varios millones de extranjeros con residencia permanente. Sin embargo, prácticamente todos los políticos son autóctonos.

Hay muchos nombres despreciativos (polo Z) para el que manda de forma arbitraria: *capitoste*, *jefazo*, *jerarca*, *baranda*, *mandamás*, *cacique*, *capo*, *tirano*, *dictador*, *gerifalte*. Por cierto, esa última voz se escribe a veces erróneamente como *jerifalte*. La razón del desvío está en la analogía con el sonido “je” de *jenízaro*, *jerigonza*, *jeringar*, que se sitúan en el polo Z (afrentoso). Ya hemos visto que la voz *jefe* puede pasar también al polo A.

Los terroristas ocupan decididamente el polo Z del continuo afectivo para el resto de la población. Sin embargo, como se organizan bien y se dedican en cuerpo y alma a lo suyo, logran imponer su terminología al resto de la sociedad. Así, sus atentados pasan por *acciones*; ellos mismos se presentan como *insurgentes*, *guerrilleros*, *independentistas*, *activistas* de sus respectivas *organizaciones*. Las bandas asesinas

pasan por *comandos*. Los malvados que ordenan las extorsiones, secuestros y asesinatos se hacen llamar *ideólogos*, *autores intelectuales*, lo que les confiere un automático ascendiente. Al triunfo de sus tesis políticas lo pueden llamar *proceso de paz* o *resolución del conflicto*.

Hay alguna palabra, como *versátil*, que se puede situar indistintamente cerca de cualquiera de los dos polos. Significa “voluble, inconstante, caprichoso” (polo Z) o también “flexible, polifacético, ágil de mente” (polo A). El segundo sentido es de influencia inglesa, pero es hoy el que más se utiliza. De ese modo la confusión queda asegurada. Tampoco hay que alarmarse. Unas gotas de ambigüedad hacen más apetitoso el discurso.

Cojonudo y coñazo

El polo Z da mucho juego para zaherir o despreciar al prójimo, una conducta más frecuente de lo que se puede suponer. No siempre es por maldad. Se impone a veces para que el emisor pueda sentirse seguro. El precepto cristiano de “amar al prójimo” se decretó porque no es algo natural.

Puede que la polaridad A-Z sea a veces un exceso de simplificación. La prueba está en que se produce otro fenómeno concomitante que viene a complicar las cosas con gran realismo. Es el hecho de que algunas palabras pueden mostrar un **doblesentido**, incluso adoptar fórmulas que parecen similares, pero que realmente se oponen. El doble sentido es esencial en la ironía, el humor, la conversación inteligente. Otras veces pueden aparecer palabras emparentadas, pero cada una con un significado diferente. Acabamos de ver algunos ejemplos y se imponen algunos más. De nuevo nos enfrentamos al riesgo de la ambigüedad. No suele preocupar muchos a los que conversan.

Hay un hecho que puede producir confusión. Ciertas palabras pueden tener dos (o más) significados y cada uno de ellos se sitúa en uno de los dos polos. Lo hemos visto con *versátil*, pero hay más casos. La inteligencia o la experiencia del conversador se muestra en que es capaz de captar al instante hacia qué polo afectivo tiende cada palabra.

Durante mucho tiempo se distinguió en castellano *el bachiller* como un título de prestigio, que merecía, por ejemplo, el título de “don”. En cambio, *la bachillera* tenía un deje despectivo, algo así como una mujer pedantuela y marisabidilla. Por cierto, *marisabidilla* es también un término exclusivamente femenino. Esos sesgos sexistas tienen todavía cierta vigencia, aunque solo sea de manera irónica. Preciso es reconocer que en nuestro mundo las cuestiones sexistas admiten pocas bromas. Son el equivalente de las disquisiciones teológicas de épocas pretéritas. El vituperio de *machista* es hoy uno de los más afrentosos. En otros tiempos los así señalados habrían sido conducidos directamente a la hoguera.

Un ejemplo muy ilustrativo de distintos sentidos es el adjetivo *curioso*. Originariamente era algo así como el que trataba de averiguar lo que no le afectaba (polo Z). Ahora significa casi lo contrario: tratar de saber más de las cosas que a uno le competen (polo A). Antes y después *curioso* equivale a “limpio, ordenado, en estado de revista” (también de polo A). Ese es el sentido que se le da en el Quijote.

En los aviones comerciales el puesto de *sobrecargo* (= jefe de los auxiliares de vuelo) lo desempeña muchas veces una mujer, pero ninguna se atreve a llamarse *sobrecarga*. La ironía sigue amenazando. Hay más bailes según el sexo. Un varón puede ser *hormiguista* en su trabajo. Una mujer empresaria puede pasar por ser un *tiburón* de los negocios de Bolsa. Puede que algunos de sus empleados la vean como

un sargento. Mala fama tienen esos suboficiales, puede que como una actitud de desprecio por parte de los oficiales.

El lenguaje popular, siempre sabio, distingue muy bien entre *el calor* (más o menos soportable y hasta benéfico) y *la calor* (atosigante). Es otro caso sorprendente en el que, al feminizar la palabra, nos trasladamos del polo A al polo Z. En el temperamento de una persona siempre se aprecia más que sea *cálido*, no que pase por *frío*. En la imaginería popular lo frío se asocia con el color azul y lo caliente con el rojo. En el espacio, la temperatura de las estrellas sigue la pauta contraria: las más calientes son las azules; las más templadas, las rojas. Más difícil de entender es la traducción ideológica por la que la derecha es azul y la izquierda, roja.

Es un prodigio de imaginación la facultad que tiene el idioma castellano —entre muchos otros, claro— de poner género, masculino o femenino, a los seres inanimados que no tienen sexo. Es fácil demostrar que esa adscripción procede del origen etimológico de las palabras, pero al hablante medio no le preocupan esas lucubraciones. Lo que tiene claro es que unas cosas son masculinas y otras femeninas, como si eso fuera así en la naturaleza. Ese rasgo del idioma puede suponer una perturbación para el extranjero que lo aprende, pero el nativo lo considera algo indiscutible. Hay quien puede pensar, incluso, que eso del género de las cosas es algo gracioso.

Una intuición sexista muy expresiva es el término *marimacho*, masculino aplicable solo a una mujer lesbiana o por lo menos hombruna. En cambio, *marica* o *mariquita* se dice de un varón afeminado, pero es un término masculino. Caben aquí muchas innovaciones del vocabulario. Federico Jiménez Losantos, gran innovador de palabras, ha acuñado *maricomplejines* (decididamente en el polo Z) para calificar a los políticos de la derecha —sin distinción de sexo— que son irresolutos. Conviene advertir que el famoso periodista no es de izquierdas.

El sexismo es simplemente una curiosidad del lenguaje, pero no tiene por qué indicar un menosprecio de la mujer. Esa actitud puede tenerla un hablante —sobre todo varón—, pero no el idioma. Las palabras son solo un reflejo de la sociedad y ya vemos que todo depende de la intención de quien las use. Es muy corriente sostener que “no deben hacerse juicios de intenciones”. Es un desiderátum un tanto hipócrita, pues nos pasamos la vida juzgando las intenciones de los demás. No podríamos mantener largas conversaciones si no mantuviéramos un incesante escrutinio tácito de lo que puede pensar el interlocutor o lo que puede significar su conducta.

El sexismo en el lenguaje corriente es un resto de una Historia en la que las mujeres han estado preteridas en todos los aspectos de la vida ordinaria. Compárese *un hombre de partido* (= un varón vinculado a una ideología o facción políticas) frente a *una mujer del partido* (= una prostituta). Esa segunda posición fue elevada a la categoría literaria en el Quijote. El *partido* era entonces el barrio de las casas de

mancebía.

Caben más ilustraciones. Un *prójimo* es cualquier individuo del género humano, merecedor, por ejemplo, de una acción solidaria o caritativa. En cambio, *prójima* es la mujer de dudosa conducta o de mala estimación pública. Un *zorro* es una persona astuta, pero una *zorra* es una puta o que parece serlo. El *hombre público* suele ser una persona que interviene en asuntos de interés para la colectividad. Sin embargo, una *mujer pública* es la que se dedica a la prostitución. En resumen, el carácter meliorativo (polo A) de una voz masculina se puede trocar en infamante (polo Z) cuando es femenina. Me apresuro a decir que, en este texto, siempre que hable de *hombres públicos* incluyo, naturalmente, a varones y mujeres. Es un respeto moral pero, antes de eso, estadístico. Después de todo, *hombre* (derivado del latín) vale para los dos sexos. En la política y en ciertas profesiones hay cada vez más mujeres hasta constituir a veces la mayoría. Se trata de una situación inédita en la Historia. Por ejemplo, desde hace algunos lustros las nuevas promociones de jueces son mayoritariamente femeninas. Esa razón estadística nos ha llevado a admitir la voz *jueza*, aunque sigue siendo polémica. Puede pasar como con el término *poetisa*, que las escritoras actuales lo rechazan; prefieren *poeta* para los dos sexos.

No siempre una voz masculina es admirativa y la femenina infamante. Hay algún caso en que se produce la asociación contraria. Por ejemplo, *padrino* puede asociarse a la mafia, pero *madrina* es siempre una palabra enaltecedora.

La expresión popular del sexismo más detestable se refleja en el contraste entre dos voces soeces que aluden respectivamente a la sexualidad masculina o femenina: *cojonudo* y *coñazo*. La primera resulta encomiástica y la segunda denigratoria. También es cierto que, de tanto usarlas, ambas han perdido la referencia explícita a la sexualidad. Más bien pasan por ser manifestaciones de simpatía, que es un valor muy apreciado en la mentalidad española.

Hay expresiones que parecen sexistas, pero no lo son. Por ejemplo, *las tres marías* para referirse despectivamente a las asignaturas complementarias de los planes de estudio. Originariamente eran tres: Religión, Política y Gimnasia. El cómodo expediente tripartito es una alusión a las tres Marías del Evangelio: la madre de Jesús, su prima del mismo nombre y María Magdalena. La iconografía las coloca desoladas al pie de la Cruz de Cristo. Olvidado ese origen, los estudiantes siguen refiriéndose a las *marías* como las asignaturas fáciles de aprobar.

Es encomiable el ardor que ponen los líderes sindicales y otros políticos de la izquierda en referirse a *compañeros* y *compañeras*, *todos* y *todas*, etc. Pero nunca dirán *parados* y *paradas* y muy pocas veces *empresarios* y *empresarias*. La regla oculta es que esa reduplicación se hace solo con las palabras que se asientan en el polo A. Por ejemplo, los *banqueros*, los *especuladores* y otros especímenes vitandos para la izquierda no admiten el doblete femenino. Una ocupación francamente

vituperable es la de *esbirro*, el individuo que mata o daña gravemente por encargo de otro. La palabra se halla tan desprestigiada que ahora se prefiere una versión cultista y edulcorada, proveniente del habla hispanoamericana: *sicario*. A propósito, esa terminación en “ario” suena muy bien en algunos cultismos de moda: *argumentario*, *escenario*, *estatutario*, *humanitario*, *ideario*, *identitario*, *imaginario* (como sustantivo). Ese sufijo de “ario” añade un no sé qué de misterio y encanto.

La bandera española es un símbolo que acumula algunas incoherencias. Combina los colores rojo y gualdo, aunque se suele decir *gualda*, por la asociación con la tonadilla “Banderita, roja y gualda”. Muchos españoles no la consideran digna de figurar en las escuelas u otros edificios representativos. Algunos creen que fue un invento de Franco. Hay manifestantes que, en lugar del escudo vigente, colocan en la bandera la silueta de un toro, normalmente el de Osborne. No son pocos los que identifican la bandera con la selección nacional de fútbol (la *roja*, por no decir “nacional” o “española”). Hay quien se atreve a ondear una bandera republicana en la que se imprime el escudo del Rey, que es el del Estado. Por cierto, ese escudo no se describe en la Constitución, aunque en la parla común se diga que es el “constitucional”. Lo más curioso es que el texto auténtico de la Constitución de 1978 se presentó con el escudo que correspondía a Franco. Si los símbolos nacionales se prestan a tan caprichosas interpretaciones, qué no podríamos decir de otros emblemas más conflictivos o particulares.

Las ilustraciones que estamos viendo certifican la idea de que muchas palabras no son neutras; antes bien, se inclinan hacia uno u otro polo del continuo afectivo. La expresión *no tengo palabras* suele indicar que no se ven las suficientes para ensalzar algo. En el polo opuesto de denigrar algo no suelen faltar voces apropiadas; las que mejor van son las malsonantes, dichas con la intención de zaherir o por lo menos molestar.

El adjetivo *dramático* se va extendiendo más allá de las referencias al teatro por influencia, una vez más, del inglés. No se debe abusar de esa identificación cuando se describe un cambio llamativo o inesperado. En esos casos conviene mejor la calificación de *espectacular*. Bien es verdad que, en el lenguaje coloquial, un *drama* es también una situación lamentable. A muchos españoles les gusta *hacer un drama* o *una escena* de cualquier nimio suceso con tal de sacar algún partido o defender un interés personal.

Resulta intrigante la cantidad de palabras —miles de ellas— que se forman con el prefijo “des”, que muestra negación pero también exceso. Es la mejor demostración de la persistencia de la dimensión afectiva del lenguaje. Veamos una lista muy resumida de los primeros términos que aparecen en el diccionario por orden alfabético:

Desaborido (= soso, antipático), *desacato* (= falta de respeto a una autoridad), *desacuerdo* (= error), *desafecto*

(= que manifiesta indiferencia o desvío), *desaforado* (= fuera de lo común), *desagradar* (fastidiar, repeler), *desagradecido* (= no corresponde al favor que recibe), *desairar* (= humillar a alguien), *desalmado* (= cruel, sin conciencia), *desamortizar* (= vender los bienes que no se heredan), *desarrollismo* (= que procura el crecimiento económico sin atender a otros elementos), *desorejado* (= vil, infame).

En casi todos los casos citados es claro el efecto de situar a las palabras en el polo Z de la escala afectiva. También hay que reconocer que el prefijo “des” no siempre da un sentido despectivo. Está bien saber *desactivar* una mina del enemigo. Los artificieros son las tropas más meritorias de las guerras actuales, que suelen ser de guerrillas. Se puede presumir de que una dificultad que se supera es un *desafío*. Nada más tranquilizador que *desahogarse*. Queda elegante pedir un *descafeinado*. El *destape* puede ser un espectáculo entretenido. Resulta curiosa la voz *desayunar* (= literalmente dejar de ayunar). En inglés tiene la misma lógica: *breakfast* (= romper el ayuno), en ambos casos como algo positivo o reparador. Algo encomiástico son los *desayunos de trabajo*, por incompatible que parezcan ambos términos. Realmente en esa ceremonia ni se desayuna ni se trabaja. Sobre todo las personas que presiden el acto deben mostrarse inapetentes. Pasa algo parecido en los cócteles y otras cuchipandas parecidas: los personajes más distinguidos de la reunión deben dar la sensación de que están desgastados. Era la disposición de don Quijote respecto a su escudero hambrón.

La maldición de la zeta y otros misterios

Hablamos del polo Z por una convención alfabética para designar el extremo negativo del continuo afectivo. Pero, como es sabido, los ejemplos se vengan. La realidad es que el sonido “z” o equivalentes se presta a muchas formas de insulto o descalificación. Veamos una somera lista de vocablos de insulto o dicterio que contienen ese sonido inicial:

Cenizo, ceporro, cerdo, zafio, zampabollos, zángano, zangolotino, zarrapastroso, zascandil, zombi, zopenco, zoquete, zorra, zote, zumbado, zurraspa.

Hay otras palabras que llevan ese sonido en una posición intermedia o al final de la palabra:

Berzotas, bocazas, voceras, borrachuzo, cabezota, calzonazos, carroza, cazurro, chapuzas, chorizo, coñazo, furcia, cáncer, gznápiro, holgazán, huevazos, incapaz, infeliz, lenguaraz, majagranzas, mastuerzo, mazacote, merluzo, mezquino, necio, paliza, pelmazo, plumazo, rezongón, sinvergüenza, torticero, trapacero, tuercebotas.

Los cambios radicales en el significado de algunos términos pueden parecer caprichosos, pero suelen tener alguna explicación. Por ejemplo, la voz *deleznable* quiere decir primariamente “que se disgrega o deshace fácilmente”. Es el caso de una aspirina, lo que supone una buena cualidad. Pero en la práctica el vocablo se utiliza para calificar una acción de “vituperable, despreciable, perversa”. Quizá intervenga aquí otra vez la analogía con los sonidos en “ez”: *desfachatez, doblez, estupidez, soez, jaez, hez* y otros similares con intención despreciativa (polo Z). También puede ser que lo firme y consistente merezca un gran aprecio cuando se trate de materiales de construcción. Se traduce en una analogía con las conductas o convicciones morales. En consecuencia, lo que se disgrega con facilidad aparece como inseguro o rechazable. Una persona *de una pieza* es tanto como decir “cabal, honrada”. En ese caso el sonido “z” nos lleva excepcionalmente al polo A. Un divertido ejemplo de ambigüedad es el de la expresión coloquial *pedazo de* (seguido de cualquier sustantivo). Sirve para encomiar o denostar lo que se designa dependiendo del nombre que reciba. Por ejemplo, *pedazo de imbécil* debe entenderse como el grado sumo de imbecilidad. Pero *pedazo de mujer* puede ser un piropo admirativo.

Hay que felicitar a la empresa textil española más exitosa del mundo, al comercializar su marca más emblemática, *Zara*. Son pocas las palabras castellanas que empiezan con ese sonido, pero la lista nos da idea de asociaciones innobles:

Zarabanda (= alboroto, confusión), *zaragata* (= pendencia), *zaragatero* (= enredador), *zarajo* (= trenzado de tripas de cordero), *zarandaja* (= cosa menuda y sin importancia), *zaratán* (= cáncer de mama), *zarazas* (= masa formada con venenos y pinchos para cazar alimañas).

No son palabras corrientes, por lo menos en el ambiente urbano, pero transmiten

un sentimiento de repulsa.

El sonido despreciativo “z” destaca en las voces populares terminadas en “azo”. Generalmente, designan acciones violentas y desagradables. Veamos:

Cañonazo, porrazo, cambiazo, tijeretazo, pinchazo, encontronazo, zapatazo, batacazo, escobazo, trancazo, botellazo, estacazo, manotazo, mazazo, cuartelazo, zarpazo, zambombazo.

Como puede verse, en algunas de esas palabras del polo Z se repite el sonido “z”. También es verdad que hay vocablos ternísimos con esa misma terminación, como *abrazo* o *regazo*, pero son excepcionales. Ya sabemos que las generalizaciones lingüísticas no son mecánicas. Sería triste que lo fueran.

El efecto despreciativo que acompaña a muchas palabras con “z” se explica fonéticamente porque ese sonido se pronuncia con la lengua entre los dientes. Es el mismo gesto que expresa algún gusto repulsivo. Puede que el seseo (= transformar el sonido “z” en “s”) sea una forma de suavizar el gesto de desagrado. Que conste que el seseo es la norma estadística de prosodia en la comunidad hispanohablante.

El lector ya ha observado que muchas de las palabras con el sonido “z” pueden pasar por soeces o insultantes. Es lo que llamamos **tacos**, no sé por qué; quizá para no tener que reconocer que suenan mal, propias de personas sin instrucción. El *taco* es voz onomatopéyica, algo así como un trallazo de voz. Sirve para insultar, pero también para desfogarse, presumir, alardear y otras funciones ya vistas del lenguaje.

La forma más delicada de referirse a los tacos o palabrotas es con la etiqueta de *palabras malsonantes*. Es una calificación bastante injusta, pues, si algo bueno tienen, es su sonoridad. Podrían ser palabras ofensivas contra el pudor o el buen gusto, pero habría que ver cuántas personas se van a sentir dolidas al oírlas. Lo fundamental es que son voces que se enfrentan a algún tabú léxico. En un contexto educado, ciertas personas no deben pronunciar ciertas palabras, tenidas por inconvenientes u ofensivas. Es algo parecido a la vestimenta. Un adulto puede quitarse bastante ropa en una playa, piscina o similar, pero no estaría bien visto que lo hiciera en cualquier sitio a la vista del público. Es una pura convención, como lo es cuándo y cómo se pueden emitir palabras malsonantes. La tendencia irrefrenable actual es que esa permisividad no hace más que ampliarse. Es una lástima, si se me permite un juicio personal. No lo digo por razones morales sino más bien culturales. Es necesario que haya palabras que funcionen como tabúes. Cabe incluso la teoría de que, con abundantes dicterios en el lenguaje coloquial, se amortigua la violencia física. También está la hipótesis contraria: que las palabras malsonantes son un preludio de los ataques físicos. Los investigadores no se ponen de acuerdo sobre la bondad de una u otra suposición. Es lo que suele ocurrir con las disputas científicas.

No debe resultar extraño que las palabras con un sonido común acarreen sentidos cargados, simpáticos o antipáticos. Queda claro que el sonido “z” sirve para hacer hostiles, incluso aborrecibles, algunos vocablos. El efecto contrario se consigue con

el sonido “chi”. Véase algunas voces populares que lo recogen para dar la sensación de algo agradable, especialmente cuando se trata de beber o comer en común:

Chico, chiquillo (= voces cariñosas para niño), *chicha* (= carne apetecible), *chicoleo* (= piropo), *chigre* (= taberna), *chimichurri* (= salsa para sazonar la carne asada), *chin chin* (= brindis simpático), *chipén* (= estupendo), *chiquitear* (= tomar bebidas y tapas, por lo general en cuadrilla), *chirigota* (= burla festiva), *chispa* (= viveza de ingenio), *chiste* (= cuento breve divertido).

Sé lo que está pensando el lector inteligente, que hay otras muchas palabras populares con ese sonido “chi” que nos acercarían más bien al otro polo, el Z. Ciertamente. Ahí van algunas:

Chiquilicuatro (= jovencito presumido y sin personalidad), *chirimiri* (= lluvia fina y pertinaz), *chisgarabís* (= entrometido), *chiquitajo* (= pequeño), *chicarrón* (= muchachote robusto), *chirona* (= cárcel), *chichi* (vulva), *chispo* (= borracho).

Hay más, pero baste la muestra. Si bien se mira, esas voces no nos llevarían del todo al polo Z, pues pueden transmitir también un deje de ternura. Seguimos con la ambigüedad.

En resumidas cuentas, lo que compete ahora es advertir que muchas palabras no son tan neutras o inocentes como parecen. Están cargadas de sentimientos que teóricamente pueden ordenarse según una dimensión afectiva que va desde el agrado al desagrado. Las utilizamos con sus cambiantes sentidos para impresionar o divertir al interlocutor. De nuevo hay que advertir que estamos ante una gran dificultad para el extranjero que trata de aprender nuestro idioma común.

LA FACUNDIA HISPANA

La tesis central de estas páginas pecadoras es que no hablamos ni escribimos solo para comunicarnos. No es ningún descubrimiento. El principio de “no es lo que parece” se puede aplicar a muchas manifestaciones de la vida y de la cultura, desde la ciencia a las novelas de misterio. Los artistas se mueven por muchos motivos, además de por amor al arte. Los empresarios no se estimulan únicamente por el móvil del beneficio. No comemos solo para alimentarnos. El habla y la escritura son también ejercicios de vanidad, del culto a la apariencia, entre otros fines más o menos encubiertos.

Contrariamente a lo que se pudiera pensar, los españoles no solemos ser reservados sino locuaces. El teléfono móvil ha sido la gran bendición de la técnica para la vida española. Maravilla ver cómo los españoles pegan la hebra a través del móvil para los asuntos más triviales. No digamos si se añade el invento comercial de la “tarifa plana”. Significa “pague usted de antemano y hable cuanto quiera”. Nos ha venido Dios a ver. Añádase la constante cultural de que, para contar cualquier suceso en amable tertulia, los españoles gustan de referirlo con el máximo de detalles, muchas veces irrelevantes. Es un placer que uno se sienta escuchado y no digamos leído. La vanidad del escritor es suprema.

Puedo dar testimonio de los muchos centenares de conferencias que he tenido que dar a los más dispares auditorios. En muchos casos los organizadores me advierten cautelosos antes del acto: “Aquí no es costumbre preguntar mucho”. Pero la realidad es que el turno de preguntas suele resultar inacabable. A lo cual hay que añadir la institución de la “contraconferencia”, que se produce en ocasiones. Suele ser una persona que asiste al acto con gran interés. Llegado su turno de palabra, no hace ninguna pregunta, sino que se dispone a dar una conferencia alternativa, basada en sus lecturas y sobre todo en sus experiencias personales. Los detalles de esa confesión en voz alta pueden ser de gran intimidad. El público asiste con el ánimo encogido al inesperado espectáculo de la verbosidad española. Es una ocasión extraordinaria reunir lo que se llama una “audiencia cautiva”, un público dispuesto a escuchar lo que le echen. Es el privilegio del profesor, del presentador de radio o televisión, del hombre público, del político.

Estamos acostumbrados a una sociedad en la que el cambio es la norma, lo deseable. Sin embargo, esa noción no lo es sin reticencias. Considérese la locución corriente de *sufrir cambios*. Se dice con ese verbo, incluso aunque los cambios puedan parecer deseables. Precisamente, un campo en el que el pueblo es más resistente a las alteraciones es la lengua. Muchas personas consideran que es una

afrenta para la esencia de la nación el hecho de que tengamos que aceptar extranjerismos. No se piensa que las lenguas no nacen aquí o allá por generación espontánea. Es notorio que el castellano se nutrió del latín o del griego, pero también del árabe o del vascuence; más tarde del francés o del inglés. Aunque esas influencias reciban etiquetas económicas (préstamos, importaciones), lo cierto es que no se paga nada por ellas.

El lenguaje actual se tiñe muchas veces de palabras científicas o técnicas, que se van incorporando al acervo común. Es admirable la facilidad que ha adquirido la gente común para manejar difíciles términos de la Medicina o la Farmacopea. A pesar de lo cual, preciso es reconocer que muchas veces la lengua evoluciona más lentamente que el desarrollo de los cachivaches técnicos. Ese desfase puede verse en algunas expresiones comunes. Por ejemplo, seguimos diciendo *colgar el teléfono*, cuando el auricular ya no se cuelga. O también queda la inercia de *tirar de la cadena del wáter* cuando ya no hay tal cadena. Por cierto, se conserva ese delicioso eufemismo del *wáter* (= agua) para designar el sucesor del orinal de antaño. Más delicado es aún lo de *inodoro* para el mismo objeto. Es tan elegante como llamar *punto limpio* al lugar donde se almacena la basura del municipio. Los vehículos que recogen la basura suelen pintarse de verde para dar una imagen idílica de naturaleza.

Son más los desfases entre la lengua y la técnica. Seguimos diciendo *ascensor* para un medio de transporte que también facilita el descenso. Quizá quede el recuerdo de aquel misterioso cartel de hace muchos años: “Se prohíbe bajar en el ascensor”. Por lo menos era coherente con la palabra. Aún se dice *retransmisión* para una transmisión por las ondas de radio o de televisión. Maravilla la noción de *tiempo real* como algo que sucede de modo instantáneo; en todo caso tras un pequeño bucle que no se advierte. ¿Habrà un tiempo irreal?

La fascinación por el *tiempo real* de la técnica es consonante con un valor vigente, que es el *presentismo*, el vivir al día, despreocuparse del pasado y del futuro. Es una idea que nos lleva a transformar los derechos subjetivos en exigencias. Obsérvese que en muchas manifestaciones y protestas callejeras lo que se exige es con el adverbio *ya*; no hay que esperar más tiempo. Más castizo es remachar: *ya mismo*.

El lenguaje escrito se destaca de las convenciones de la lengua porque interfieren muchas influencias, como la del inglés ubicuo o la mala digestión del latín. Interviene también la presencia de algunas jergas profesionales, singularmente la de los políticos y los opinadores o comentaristas de los medios. Además, se imponen ciertos vulgarismos e incluso idiotismos, esto es, peculiaridades culturales del habla. Trataré de ilustrar algunos de esos influjos.

Los “espanis” hablan inglés sin saberlo

En el castellano clásico era evidente la ascendencia del latín y en menor medida del árabe. Hoy lo que destaca es el influjo del inglés, que se cuele a raudales por los medios de comunicación y de entretenimiento. No olvidemos que “siempre la lengua fue compañera del imperio”, como dictaminó Elio Antonio de Lebrija o Nebrija. (Por cierto, que esa famosa frase no se refería al castellano sino al latín). La cuestión no es la de aceptar resignadamente los anglicismos como llovidos del cielo o la de resistirse a ellos con ímpetu nacionalista. Lo más juicioso es percatarse de en qué consiste esa pacífica invasión de los **anglicismos** y cómo los podemos adaptar a nuestra peculiaridades. Por lo mismo que no se pueden poner puertas al campo, es inútil vadear la corriente impetuosa del lenguaje sin mojarse. La metáfora no me ha salido muy brillante, pero espero que se me entienda.

Hay hablantes —e incluso gramáticos— que reniegan de los nuevos vocablos que consideran barbarismos sin mayores averiguaciones. Mala prensa siguen teniendo los bárbaros. Sin embargo, algunas de esas novedades no son tales. Valga como ilustración la voz *inteligencia* (= servicio secreto, espionaje), que muchos suponen un reciente anglicismo. Nada de eso. En el primer diccionario de la Real Academia Española (1726) se recoge ya *inteligencia* como trato secreto en terreno enemigo. Si fuera un préstamo del inglés, estaría ya amortizado. Ha sido un acierto legitimador aplicar esa etiqueta de *inteligencia* a unas operaciones que, sin el patrocinio del Estado, podrían pasar como delitos. En cambio, sí hay una importación descarada, y hasta fraudulenta, en el nuevo uso del adjetivo *inteligente*. Tradicionalmente se adscribía solo a las personas, especialmente a las que destacaban por saber razonar. La analogía puede valer para algunos animales —singularmente el toro de lidia— e incluso algunas máquinas o mecanismos, siempre que se entienda ese uso metafórico. Pero esa ampliación no debería aplicarse alegremente a las ciudades, los edificios, los cachivaches informáticos, los juguetes y mil artefactos fabricados inteligentemente por el hombre. Bien, no debería ser tan generosa esa ampliación, pero se hace continuamente. Responde a la fascinación por el manejo de las *nuevas tecnologías*, algunas ya veteranas. No se aplican a todas las necesidades. Por ejemplo, el diseño del limpiaparabrisas de los coches no ha variado en siglos (solo se le ha añadido un motorcito) o el de las tijeras o los cuchillos en milenios.

La adopción y aclimatación de neologismos no suele ser algo caprichoso. Si se toma una palabra extranjera —normalmente del inglés— y se castellaniza es porque viene bien para describir una nueva realidad. También puede suceder que la incorporación de nuevas palabras se haga por ostentación. El barbarismo suele entrar por imitación. Es claro, por ejemplo, que la mayor parte de los deportes actuales se originaron en Inglaterra. La consecuencia es que el mundo deportivo abunda en

anglicismos. No siempre se admite la defensa de los puristas con el argumento de que la voz trasplantada tiene una equivalencia castiza. Un ejemplo. Una palabra culta muy de moda es *abducir*, tomada del inglés *abduct*. El equivalente castellano más próximo sería *secuestrar*. Pero *abducir* se refiere propiamente a un secuestro por parte de los extraterrestres o de otros extraños seres de ficción. Lo que resulta atractivo es que el nuevo verbo amplía su significado al proceso de una persona que experimenta el encantamiento por una secta o una doctrina de tipo totalitario. Ese significado no está en los diccionarios, pero lo estará. El principio práctico sobre el particular es que “a nuevas realidades, nuevas palabras”.

La influencia del inglés resulta dominante, pero a veces se muestra un tanto paradójica. Por ejemplo, al llegar las Navidades, los españoles actuales nos deseamos unos a otros *feliz Navidad*. Lo tradicional era decir *felices Pascuas* (de Navidad, Año Nuevo y Reyes). Ese plural lo he llamado “festivo”. Lo empleamos para los carnavales, los sanfermines, las fallas, las vacaciones, entre otras circunstancias de festejos populares. Los españoles hemos pasado ahora a la expresión más contenida de *feliz Navidad*. Es la traducción de *merry Christmas*, que, aunque parezca un plural, es singular, pues *Christmas* viene a ser “el día de la misa de Cristo”.

Otro remedo del inglés es llamar *evidencia* a lo que simplemente es una prueba de carácter judicial. Para la lengua española la evidencia es lo que no admite duda, lo que se manifiesta de forma indiscutible. Con esa exigencia pocas evidencias puede haber. Por ejemplo, la prueba judicial suele ser objeto de consideraciones distintas para cada una de las partes personadas en el proceso judicial. Por tanto, las pruebas judiciales son siempre relativas y a menudo dudosas. La escena de una vista judicial es una de las más repetidas en las películas de habla inglesa por su carácter dramático y efectista. Lo que no ha logrado introducirse en nuestra cultura es que un acusado pueda ser declarado “culpable” o “no culpable”. Nosotros seguimos con la antinomia de “culpable” o “inocente”, cuando en buena lógica la inocencia no puede probarse con facilidad.

Aunque puedan parecer voces cercanas, la *evidencia* tiene poco que ver con la *clarividencia*. No significa una “clara evidencia” (un pleonismo, pues todas las evidencias son claras). Quiere decir lucidez mental, suficiente incluso para percibir fenómenos extraordinarios o paranormales. Es algo más corriente de lo que parece si nos quedamos en el plano de la intuición o el presentimiento. Mi acumulada experiencia me dice que las mujeres suelen descollar por esa rara cualidad.

Una moda anglicana que inunda todos los textos es el uso de la locución adverbial *de hecho*. La invasión ha desplazado las fórmulas castizas de *en realidad* o *en la práctica*, entre otras. Su auge no se explica solo por la decisión de lo que se considera más culto. Hay aquí una sutil adoración de los “hechos”, que se asocia con la tradición filosófica del pragmatismo anglosajón. Seguramente se cuele por las

películas y las series de televisión norteamericanas, sobre todo las que incorporan la escena de algún juicio. Misión de los jueces es atenerse a los hechos probados. A propósito, destaca aquí un pleonismo que se emplea mucho: *hecho cierto*. Es una forma de reconocer la sospecha de que algunos “hechos” no son tales; son figuraciones. Durante el franquismo se utilizó la etiqueta de *poderes fácticos* para designar a los bancos, los obispos y los militares que actuaban a la sombra del poder político. En ese caso, lo “fáctico” o referido a los hechos significaba que tenían más realidad que los cargos políticos. La tesis era un tanto exagerada, pero suponía un reconocimiento de lo que verdaderamente contaba en la vida pública. Todavía hoy se suelen contrastar estos dos planos: la *verdad jurídica* (= la que se deriva de las sentencias de los tribunales) y la *verdad de la calle* (= la que cuenta para la gente). Puede que la oposición sea un poco forzada, pero sigue confirmando que los pretendidos “hechos” no son tan objetivos como parece. En la técnica periodística se suele distinguir la información de la opinión, pero ambos planos suelen solaparse. Los hechos de los que se informa son siempre selectivos.

En inglés el tuteo no se puede indicar con la desinencia del verbo. Se precisa llamar al interlocutor por su nombre propio en lugar del apellido o del cargo. Por influencia de las películas y otros medios, esa costumbre se ha introducido también en la vida española. Se repite mucho el nombre propio del interlocutor cuando no se necesita para establecer la relación de tuteo. Es asimismo un dispositivo de los guiones de cine o televisión para que los espectadores puedan recordar con facilidad quiénes son los personajes de la trama. Todo eso está muy bien, pero resulta rara en los hábitos españoles la reiterada mención del nombre del interlocutor. Es algo que se va incorporando sin remedio a nuestras costumbres.

No se sabe si es por el influjo del inglés o por tontería, pero se acusa una creciente elusión del artículo determinado en algunas expresiones. En muchos casos ese acto reflejo quizá se deba a un vago respeto institucional o acaso provenga del lenguaje de los comentaristas deportivos. Se basa en que la costumbre ha legitimado decir *en palacio* o *en Zarzuela*, para referirse a la residencia del Rey. Pero esa extrema cortesía se empieza a ampliar a todo tipo de instancias: *en Banco de Santander*, *en Naciones Unidas*, *el mundo de ETA*, *usuarios de Internet*. No hace falta llegar a instituciones tan mayúsculas. Ya se oye lo de *bajar a planta*, *subir a quirófano*, *reunirse en fábrica* o *en cafetería*. Por lo mismo, una expresión tan clara como *en el futuro* se transmuta bonitamente en *a futuro*.

Lo anterior es compatible con su contrario, como tantas veces sucede. Consiste en introducir el artículo cuando no corresponde. Por ejemplo, la locución *a medio plazo* pasa a ser *en el medio plazo*. Y así con todos los demás plazos. No hay manera de averiguar cuánto dura un plazo en ese tipo de expresiones.

El aporte del inglés se desliza por todas partes. No hace falta llegar a la

introducción de barbarismos. Más sutil es esa contaminación cuando simplemente se traduce una expresión del inglés de modo literal. Por ejemplo, es ya una plaga en el español coloquial la muletilla de *¿sabes?* Hay quien la hace más insistente: *¿Sabes lo que te quiero decir?* Es evidente el parentesco con el inglés: *You know what I mean?* O quizá sea que los dos idiomas han confluido en la misma fórmula por casualidad. Pretende ser una llamada retórica al interlocutor para que siga atento. Claro que, cuando se repite con insistencia, acaba no significando nada. Tampoco hay que alarmarse. En el lenguaje coloquial se pronuncian muchas palabras que no quieren decir mucho por sí mismas. Son los excipientes de la conversación.

La expresión que corresponde a la pregunta retórica de *¿sabes?* es contestar *lo sé, lo sé*, otro influjo de los angloparlantes. Todavía no ha entrado con fuerza en el lenguaje coloquial, pero está llamando a la puerta. Son demasiadas las veces en que se repite ese latiguillo en las películas y series televisivas dobladas al español.

El uso de los nombres propios extranjeros está lleno de dudas. El principio es que su pronunciación en español se adapte lo más posible al sonido en la lengua de origen. Por ejemplo, el *premio Nobel* debe escribirse sin tilde y pronunciarse como voz aguda, que es como se dice en sueco. Sin embargo, el uso establecido en España tiende a decir *Nóbel*, quizá por influencia de la pronunciación inglesa. Puede ser también por la posible confusión que pueda tener con la palabra *novel* (= aficionado, nuevo en una actividad).

El idioma español será algo monótono por la reiteración de sonidos iguales, pero la expresividad del hablante compensa ampliamente esa deficiencia. Tanto es así que, al hablar, se puede distinguir muy bien la frase que se cita literalmente de otro dándole una especial entonación. Para producir ese mismo efecto en el inglés culto hay que proceder a una pausa y decir *quote* (= cita); al final se cierra con *end of quote* (= fin de la cita). Al abrir la cita, el hablante puede hacer el gesto de alzar y doblar repetidamente los dedos índices y anulares, que quiere decir “comillas”. Algunos españoles más relamidos, al hablar en su idioma y tener que citar algo, hacen también ese gesto, pero no se necesita. Tampoco se precisa en español que la cita vaya precedida de la palabra “cita” o la de “fin de la cita”. Basta con un quiebro de la entonación para que se vea que son las palabras de otro. Lo que sí ocurre es que el gesto dicho se acompaña a veces de la expresión *entre comillas* para indicar que lo que se dice es irónico o con doble sentido. Suele ser una exageración o bien revela una notoria incapacidad para transmitir la ironía con una especial entonación de las palabras. Quizá pretenda dar una pista para parecer que el hablante es una persona instruida o de mucho mundo.

Es una convención que el paso por la Universidad concede el privilegio de poder citar las opiniones o los pensamientos de personas famosas. Hay sesudos libros de ensayo o tratados más o menos científicos que consisten fundamentalmente en

recoger las opiniones de los demás. Aunque pueda parecer extraño, ese trabajo se pondera de mucho mérito. Sin embargo, en la época de Google ese método debería ser de poco interés.

Los anglicismos proceden muchas veces de palabras que, a su vez, se originan en el latín. Es el caso de *mix* (= combinación abigarrada y fecunda de diversos elementos; se maneja como masculino). Se deriva también el más discutible verbo *mixar*. No queda claro por qué, pero el resultado del *mix* da mucho realce. Es claro el ascendiente comercial que tiene la letra “x” en las marcas y marbetes. Recuértese en el plano internacional Exxon, Xerox, Tampax, Clinex, Max Factor o en el nacional Inditex, Freixenet, Caixa, todas marcas de mucha solera. Asombra que, ante esa facilidad, no se hayan decidido más compañías por acogerse a la letra “x”, que siempre parece tan exótica. Lo será el *mix*, pero su origen está en el latín a través de *miscere* (= mezclar). De ahí provienen palabras tan castizas como *mixto*, *mestizo* o *promiscuo*. Una curiosidad. En su origen, el verbo *promiscuar* indicaba la facultad de mezclar carne y pescado en las comidas como liberación de la norma de la abstinencia, por ejemplo, por una bula. Es una obligación periclitada, por lo que la palabra ha perdido ese significado. Ha ganado otro; una persona promiscua es la que mantiene relaciones sexuales con otras varias por las mismas fechas. En algunos ambientes es una conducta que da notoriedad.

La importación de palabras del inglés no es solo un fenómeno de imitación. A veces simplemente coincide en inglés y en español una misma metáfora. Por ejemplo, *pasta* —se supone que comestible— en español coloquial equivale a “dinero”. Pero en inglés se llega a la misma imagen, pues *dough* (= pasta) es también la forma corriente de referirse al dinero. En español se dice *ganar el pan*, *los garbanzos* o *las habichuelas* para traducir coloquialmente el acto de obtener dinero mediante el trabajo. El proceso es paralelo en inglés, pues se gana el *bread* (= pan), el *cheese* (= queso) o el *bacon* (= panceta). En el español de antes se podía decir que un mal negocio era *más falso que un duro de madera*. En inglés se aconseja *don't take wooden nickels* (= no aceptes monedas de madera). En español se dice de un producto muy rentable para la empresa que *se vende como rosquillas* o *como churros*. Es otra vez la imagen de la masa comestible. En inglés se utiliza una analogía parecida para indicar que un artículo tiene buena venta: *it sells like hot cakes* (= se vende como pasteles recién hechos). Hay más convergencias. En español repetimos el cliché de la *inflación galopante*. En inglés utilizan la misma imagen equina con lo de *runaway inflation* (= inflación desbocada).

Ante la polémica de importar barbarismos o de buscar equivalencias castizas, lo mejor es adaptar las voces extranjeras necesarias a las reglas españolas. Es lo que se hizo con *fútbol*, que al principio fue *foot ball* y luego (con escasos éxito) *balompié*. En cambio, cuajó la adaptación de *balonmano*. Se podría decir *slogans* (= lemas,

consignas), o mejor, *eslógenes*, que es como queda. Pero chirría la prosodia de *eslogans*, que a veces emplean los hombres públicos. Es sabida la dificultad del aparato fonador de los españoles para emitir el sonido de la “s” líquida. Fuera de España nos identifican en seguida al decir que somos “espanis” o que venimos de “Espein”.

Los angloparlantes suelen sostener un ameno diálogo dubitativo con el interlocutor, quizá porque de esa forma se logra una especie de amable comedia. Es corriente decir *are you serious?* (= no lo dirás en serio), *I can't believe it* (= no me lo puedo creer) o *you are kidding* (= no me tomes el pelo). Muchos españoles se han pasado a ese terreno de la conversación dubitativa con esas expresiones traducidas del inglés. En español la cosa queda un poquitín postiza. Igualmente fingida puede ser la expresión *this is not my problem* (= ese no es mi problema). En español castizo diríamos más bien *eso me importa un bledo*, aunque esa última palabra pueda ser un ñoñismo. En seguida volveré sobre el asunto de los ñoñismos. De momento baste decir que la palabra *problem* —referida a los asuntos personales— es mucho más ligera en inglés que su equivalente en español. A los españoles los “problemas” no nos estimulan; nos agobian. Se pudo decir con solemnidad “España como problema”, pero el equivalente en inglés para el Reino Unido sonaría raro.

Parece excesiva la lisonja implícita que se hace al inglés al preferir en castellano las voces terminadas en “al” frente a su desinencia tradicional en “ivo”. Por ejemplo:

Opcional (= optativo), *educacional* (= educativo), *organizacional* (= organizativo), *delincuencial* (= delictivo), *comunicacional* (= comunicativo), *recreacional* (= recreativo), *conductual* (= conductivo), *operacional* (= operativo).

No se trata de vulgarismos. Representa más bien una moda del lenguaje semiculto y hasta del cultísimo. Quien deja caer esos términos pretende demostrar que ha estudiado en los Estados Unidos o en Inglaterra. Es claro que la incorporación de anglicismos concede un signo de distinción, de empaque científico o por lo menos exótico. Se puede llegar a pensar que es como sustituir la cerveza con gaseosa o el tinto de la casa por el martini o el bourbon. La venganza castiza ha sido el invento del *botellón* o del *calimocho*.

Hay una situación algo tensa y delicada, que es la de decir algo a una persona que sobrevive a la pérdida de un familiar. La tradición exigía una acción muy formal: *dar el pésame*. Por mimetismo con el inglés ahora se recurre a una expresión aún más elaborada: *expresar las condolencias* (de uno). Esa voz es de ascendencia latina, pero el plural resulta raro. En los velatorios y funerales se impone la cortesía de *le acompaño en el sentimiento*, pero empieza a quedar trasnochada. En su lugar ya no se sabe qué decir. Sobre todo porque en los tanatorios el ritual se muestra secularizado.

El ascendiente del inglés se percibe a través de un cambio tan sutil como es la irrupción en tromba de la preposición “en”. Era ya abundante en castellano, pero

ahora es una plaga. Ya no se dice *por la tarde* (o *a la tarde* en el País Vasco) sino *en la tarde*. La forma anglicana *en el inicio* ha vencido a la inveterada de *al comienzo*.

Los españoles han sabido siempre muy bien si los otros hablaban en broma o en serio. Últimamente quizá se haya roto esa capacidad para discernir los dos registros. La prueba es que hoy se repite mucho lo de *es broma* —otro anglicismo—, sobre todo en los correos electrónicos o los mensajes telefónicos. La confusión se debe seguramente a que en esas conversaciones por escrito no se ven los gestos del interlocutor. Puede ser también que eso que se llama “sentido del humor” sea algo cambiante y se interpreta de modo distinto según el ambiente de que se trate. Es muy difícil mantener ese talante en los mensajes internéticos sin suscitar resquemores.

Hay veces en que la traducción mejora el original. Por ejemplo, *welfare State* se tradujo por *Estado de bienestar*, que suena admirablemente. La equivalencia más propia tendría que haber sido *Estado de subvenciones*, si hemos de seguir con la supresión del artículo. A su vez, la subvención no es otra cosa que la caridad con dinero extraído de los impuestos para mayor gloria de los que mandan. Claro que, si el resultado es el *bienestar* (= sensación de vivir con holgura y comodidad) de algunos, miel sobre hojuelas. La clave está en que, como pontificó una célebre ministra, “el dinero público no es de nadie”. Por tanto estamos cerca de conseguir por vía administrativa el milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Para ser precisos, tendríamos que decir “de los pescados”, pues ya están en la pescadería o en la mesa.

Para la izquierda, el *bienestar social* es un término que se aloja en el polo A. En cambio, la expresión *beneficios de las empresas* iría a parar cerca del polo Z. No deja de ser notable esa transmutación de significados, pues las dos palabras se hallan emparentadas a través del deseo de “hacer el bien”. Los empresarios se han contagiado del ambiente y hablan poco de *beneficios*. En su lugar acuden al circunloquio de *cuenta de resultados*. Cuando ganan dinero vendiendo activos el nombre educado es *desinversiones*. Queda apuntado el lustre que dan las palabras con el prefijo “des-”.

Una plaga silenciosa que proviene del inglés es la ampliación del verbo *hacer*. Ya no se dice tanto que una cosa *se refiere a otra* sino que *hace referencia*. Hablando en castellano antes nos echábamos una siesta o nos tomábamos vacaciones. Ahora *hacemos siesta* o *hacemos vacaciones*. Son conductas que todavía suenan extrañas, pues en castellano *hacer* suele asociarse con una actividad intensa, una elaboración. Es muy posible que la ampliación del verbo *hacer* se haya reforzado a través del catalán.

En algunos textos profesionales o científicos se puede encontrar esta construcción redundante: *existe de hecho*. Se forma así para dar un mayor empaque a lo que sigue, pero el *de hecho* sigue siendo un pegote. Al espíritu pragmático de los angloparlantes

le va muy bien la continua referencia a los hechos. Si un español asegura que *eso está hecho* lo más probable es que se refiera a un proyecto, a una promesa. Los hechos terminan siendo los datos observables, pero también se relativizan al haber hechos casuales o aislados.

Un anglicismo tan común como insoportable es *tener en mente* (= cavilar, pensar, recordar, suponer, proyectar). Se acuña con la supresión del artículo para hacer la expresión todavía más esotérica. La locución original inglesa es *to bear in mind* (= recordar).

Un terminacho muy de moda es *proactivo*, de la jerga de los negocios. Por lo visto no basta con ser *activo*, esto es, una persona que trabaja y se esfuerza intensamente, que toma iniciativas, que obtiene beneficios. Todo eso se dice también con *proactivo*, que es con un énfasis redoblado, cercano a un compromiso religioso. Acaso venga bien en una época en la que el espíritu de trabajo no está muy bien visto, al menos no como en las generaciones precedentes.

Un anglicismo muy útil es *ignorar*, en el sentido de desatender, pasar por alto, comportarse como si algo o alguien no existiera. Es muy distinto del significado tradicional en español de desconocer algo. En este caso el anglicismo ha sido una bendición para describir algunas conductas de una raza fingidora como es la hispánica. Añádase la actitud despreciativa máxima del *ignorar olímpicamente*.

La imitación sistemática del inglés nos lleva al juego de los “falsos amigos”, es decir, palabras castellanas que se parecen a otras inglesas pero con significados muy distintos. Ya me he referido a algunas ilustraciones. Más que “falsos amigos”, habría que decir “parientes ficticios”, pero no voy a enmendar la plana a los lingüistas y traductores. Sí procede acumular algunos ejemplos más por lo instructivos que resultan. Después de todo, la mayor parte de los españoles nos pasamos media vida aprendiendo inglés. No me acuerdo de quién es el que añadió “sin esfuerzo”.

La voz inglesa *competition* no significa “competición” sino “competencia”. La “competición” equivale al inglés *contest*. La palabra inglesa *dairy* no quiere decir “diario” sino “lo referido a los productos lácteos”, quizá porque se suponía que debían ser frescos, del día. El “diario” en inglés es *daily*. En inglés *fabric* no es “fábrica” sino “tejido, tela”. La “fábrica” se dice en inglés *factory*. Ahora ese término inglés se ha asimilado en España como tienda de productos rebajados, lo que antes eran *saldos*. En inglés *predicament* no es “predicamento” sino “apuro, lío”. El “predicamento” español corre paralelo al *prestige* inglés. *Salvage* en inglés no significa “salvaje” sino “salvamento”. “Salvaje” en inglés es *wild*. En inglés coloquial *wild* equivale a “fantástico, fenomenal”. *Syndicate* en inglés no es “sindicato” sino “consorcio de actividades empresariales”. La palabra inglesa para “sindicato” es *union*. La incorpora el veterano sindicato socialista Unión General de Trabajadores. Como puede verse, nos encontramos con muchos “parientes ficticios”, y eso que lo

dicho es solo una minúscula muestra. Lo llamativo es que las confusiones suelen darse en muchas palabras inglesas de origen latino (seguramente a través del francés) y que han seguido una evolución distinta a la nuestra.

Una terminología relativamente reciente es lo de 2.0 (*dos punto cero*). Su origen está en los paquetes informáticos que evolucionan con presteza. La segunda versión o “generación” de un programa aparece como 2.0 a la espera de la siguiente, la 3.0, y así sucesivamente. Se trata de valorar la innovación y, más que eso, complacer el ansia de novedad de la clientela. La jerga ha pasado a las empresas que se hacen pasar por innovadoras. Da mucho tono emplear la notación inglesa *dos punto cero* en lugar de la española *dos coma cero*. Una bebida que da mucha distinción es la cerveza 0,0 o *cerveza sin* (alcohol). Pero la terminología encomiástica del cero en seguida se queda anticuada. Le sucede la *cultura de los 360°*, que es la de satisfacer todas las expectativas de una empresa: clientes, accionistas, trabajadores, incluso el vecindario. Hay que suponer que también entrará el Fisco en la lista de favorecidos. No está claro si la analogía de los 360° es en un plano o para una geometría esférica. Otra manifestación más literaria es el valor de lo *sostenible* con el mismo fin de lavar la cara de las empresas que, por definición, siempre destruyen algo. Pero si se dice *sostenible* es que algo se gasta para proteger la naturaleza, aunque solo sea simbólicamente pintando de verde el marbete de la empresa. En la práctica, lo *sostenible* o *ecológico* quiere decir que se eleva el precio. El adjetivo resulta impostado. En todo caso, una empresa no necesita tanto sostenerse como sujetarse en una actividad segura y rentable. En el plano del vestuario femenino hace ya tiempo que se sustituyó el *sostén* por el *sujetador*. Fue un buen acuerdo.

Una de las ventajas del idioma español (derivada acaso del latín) es que el verbo de una oración puede situarse en distintas posiciones para dar el énfasis requerido. Ahora, con la presencia del inglés, se fuerza la construcción de la frase con el verbo al final. Se pierde un poco de gracia. Por ejemplo, esa vacuidad de que cualquier cosa *es posible* y que tanto se corea en algunas manifestaciones. El voluntarismo de los políticos ha acogido muy bien eso de que cualquier patochada *es posible*. Lo que no se suele especificar es cuánto va a costar esa posibilidad y cómo se va a pagar el coste. Dan ganas de recordar el famoso dicho de Talleyrand en su vertiente castiza del torero Rafael Guerra (Guerrita): “Lo que no puede ser no puede ser y además es imposible”.

Lo menos interesante de los extranjerismos es que sean aceptados o no por la Real Academia Española. Lo serán en cuanto circulen con normalidad y se haya demostrado que son algo más que una moda efímera. Lo intrigante es averiguar por qué se produce ese éxito de circulación. A mediados del siglo xx algunos privilegiados decían *week-end*, que eran los que disfrutaban de esa novedosa institución del fin de semana para descansar. Recordemos que en esos tiempos la

bolsa no abría los lunes y tampoco había periódicos regulares. Se suponía que los inversores de la Bolsa o los periodistas debían holgar los domingos y, por lo visto, también el lunes. Actualmente, generalizado ese privilegio del fin de semana (a poder ser del jueves por la noche al lunes por la mañana), se nos ha transformado coloquialmente en *finde*. Una simpática despedida de los viernes es desear un *buen finde*.

Hay neologismos afortunados que parecen latinos, pero provienen del inglés; por ejemplo, *campus*. Es ya una palabra entrañable y familiar. Naturalmente, las viejas universidades españolas, situadas en los centros urbanos, no daban lugar a una decoración campestre. Pero los nuevos edificios universitarios sí intentan rodearse de amenos prados o bosquecillos más o menos trasplantados. Imitan con ello al modelo inglés y luego norteamericano. Bien es verdad que en la Universidad de Columbia, donde yo estudié, pocos arriates había. Lo específico del campus universitario español no es tanto la zona ajardinada como la idea de que sus edificios sean exentos y se localicen en un espacio urbano reservado al efecto. De esa forma una Universidad puede dispersarse en distintos campus, bien que cada uno de ellos procura seguir ese criterio de edificios exentos para los fines del *alma máter*. Lo que no vale es que se diga *cámpuses*, como a veces se lee o se oye. La fascinación que ejerce el inglés no debe llegar hasta ese punto de parodia.

El *modus vivendi* de *córpore insepulto*

Por muy decisiva que sea la reciente influencia del inglés, es notorio que el idioma castellano sigue siendo una construcción derivada en lo esencial del **latín**. Precisamente por esa familiaridad con la lengua madre lo que ocurre es que en el lenguaje semiculto se deslizan a veces ciertos falsos latinajos que no se suelen cuestionar mucho. Veamos algunos ejemplos:

Falsos latinajos muy populares	Equivalencias correctas
– <i>Senso strictu; sensu estricto</i>	– <i>Sensu stricto</i> (= en sentido estricto)
– <i>Veni, vidi, vinci; vini, vidi, vinci</i>	– <i>Veni, vidi, vici</i> (= llegué, vi y vencí)
–(Los) <i>ratios</i>	–(Las) <i>ratios</i> (= razones, cocientes, índices)
– <i>Modus vivendi</i> (= manera de ir tirando)	– <i>Modus vivendi</i> (= acuerdo transitorio)
– <i>Lapsus</i> (= transcurso del tiempo)	– <i>Lapsus</i> (= error)
– <i>A grosso modo</i>	– <i>Grosso modo</i> (= en líneas generales)
– <i>Urbi et orbe</i>	– <i>Urbi et orbi</i> (= a Roma y al mundo)
– <i>In media res</i>	– <i>In medias res</i> (= en pleno asunto)
– <i>Ínterim</i>	– <i>Ínterin</i> (= entre tanto)
– <i>De motu propio</i>	– <i>Motu proprio</i> (= espontáneamente)
– <i>A prima facie</i>	– <i>Prima facie</i> (= a primera vista)
– <i>Acuárium</i>	– <i>Aquárium</i> , acuario (= museo de animales y vegetales acuáticos)
– <i>De córpore insepulto</i>	– <i>Córpore insepulto</i> (= el cadáver sin sepultar como parte del rito funerario)
– <i>Cum laudem</i>	– <i>Cum laude</i> (= premio extraordinario)
– <i>In fraganti delito; en fragante delito</i>	– <i>In flagranti delicto</i> (= un delito cometido en el mismo momento)
– <i>Horror vacuo</i>	– <i>Horror vacui</i> (= miedo al vacío)

Una palabra latina de mucha aceptación cultiparlante es *versus* en el sentido de “contra, enfrentado a”. Se utiliza mucho en el campo judicial y en el deportivo. Pero en latín no significa tal cosa sino “hacia”. Es igual. La moda procede del inglés, donde se produjo esa mala interpretación y así ha quedado. Es sabido que en la

tradición judicial británica se echa mano de toda suerte de latinajos, vengan o no cuento. Es algo así como las pelucas, una forma de sobresalir y de distanciarse del pueblo llano, de lo que aquí llamamos justiciables.

Lo curioso de todas esas aberraciones a partir del latín nutricio es que se van incorporando al lenguaje común y adquieren carta de naturaleza y aun de elegancia. Sigue siendo cierta la máxima *quidquid latine dictum sit, altum sonatur* (= cuando algo se dice en latín, parece que suena más elevado). Por lo visto, ni siquiera importa que sea un latín auténtico. El prestigio lo da algo que suene a latín.

Un latinajo muy común es decir *contra naturam*. Se aplica a las conductas que pueden ser vistas como contrarias al orden natural de las cosas; por ejemplo, el canibalismo. Pero resulta que no es una locución latina. En el castellano clásico se decía *contra natura*, esto es, contrario a la naturaleza. Podemos seguir diciéndolo así.

“Yo pienso de que” y otros idiotismos

El problema con los **cultismos**, contruidos con raíces clásicas del griego o del latín, es que el lenguaje coloquial puede llegar a confundirlos. Se pueden dar situaciones divertidas. El *otorrinolaringólogo* se hace impronunciable y algunos pacientes se dirigen a ese especialista como *doctor Torino*. El vocabulario médico se presta a todo tipo de errores. Es corriente confundir *hemiplejía* (= parálisis de medio cuerpo) con *apoplejía* (= alteración de las funciones cerebrales; ahora decimos *ictus*) y *paraplejía* (= parálisis de las piernas). La razón de muchos cultismos médicos es ocultar al paciente la verdadera realidad de las dolencias y, sobre todo, enaltecer la función del médico, rodeándola de misterio. Los galenos aciertan a diagnosticar algunos males como *idiopáticos*, es decir, no saben a qué atenerse. En lugar de pronunciar el temido *cáncer*, las conversaciones médicas con los pacientes se refieren a *tumor*, *adenocarcinoma* u otros términos aún más enigmáticos. Que conste que *cáncer* o *carcinoma* son ya analogías. En latín y en griego se relacionan con “cangrejo”. A su vez, esas voces clásicas indicaban una especie de tenazas como instrumento de tortura, un remedo de las pinzas de los cangrejos. En el castellano actual, el *cáncer* es palabra común que todo el mundo entiende; por eso mismo se evita en el lenguaje médico. Sigue la analogía, pues es corriente que se emplee esa palabra en su sentido figurado de cualquier causa que signifique corrosión, deterioro, degeneración. Lo curioso es que, en realidad, el cáncer significa que determinadas células se reproducen con desusada celeridad. Cuando alguien muere de cáncer, los obituarios suelen decir que “falleció después de una larga (o penosa) enfermedad”. La palabra *cáncer* sigue conservando ese estigma que tenían antes algunas enfermedades (la lepra o la sífilis) en las que se suponía que el paciente había hecho alguna conducta reprobable. Esa asociación se realiza ahora también con el sida. El acrónimo ha venido bien para no mentar lo que ni siquiera posee un nombre aceptable.

Algunos errores de dicción no son tales cuando se considera que afectan a grupos enteros de profesionales. Por ejemplo, muchos médicos prefieren decir *estadío* de una enfermedad que el correcto *estadio* (= fase o periodo evolutivo). Casi nadie recuerda que el *stadion* griego era una medida de longitud, equivalente a 125 pasos. Más o menos es la longitud de un campo de fútbol, por eso mismo llamado “estadio”.

Un lenguaje profesional que resulta apasionante es el de los comentaristas de Bolsa. La materia es bastante árida y especializada, pero a la vez repercute en la economía del común. Los comentaristas han logrado introducir expresiones originales que se han generalizado con éxito. Por ejemplo, *dejarse* o *ceder* (= bajar, perder), *descontar* (= dar por supuesto), *anotarse* (= subir). Esos neologismos se incorporan para no alarmar demasiado a los inversores y para subsanar el carácter

monótono o repetitivo de las informaciones. A los comentaristas bursátiles les gusta mucho la metonimia de *parqué* (el recinto privilegiado donde actuaban los corredores de Bolsa) para referirse al mercado de valores. La idea es la misma que las otras jergas profesionales: despistar al profano.

El mundo de la Economía es muy proclive a los eufemismos, un poco como en el caso de los médicos, para no alarmar al personal. Por ejemplo, ha sido un acierto de los legisladores el haber proscrito la palabra *quiebra* de una empresa. La han sustituido airoosamente por *concurso de acreedores* o, todavía mejor, *situación concursal*. Está también la finura de *preconcurso de acreedores*, que podría pasar por un baile de debutantes. Más imaginación se requiere todavía para llamar *preferentes* a unos títulos bancarios que se acercan a veces a una estafa colectiva. Los eufemismos económicos parten de la presunción de que las malas noticias pueden agravar la situación. Es lo que se llama “la profecía que se cumple a sí misma”. A veces se cumple lo contrario. Mi maestro Robert K. Merton escribió luminosas páginas sobre el particular.

Hay felices hallazgos léxicos, no solo por el espíritu innovador de los escritores sino por la natural evolución del lenguaje común o coloquial. Ejemplo de lo primero podría ser la *mismidad*, que introdujo Ortega y Gasset hace casi un siglo. La segunda vía se ilustra con el sustantivo *respectable* (= el público de un espectáculo), que es más o menos de la misma época. Podríamos aprender de esa tradición innovadora del léxico.

El dequeísmo avanza en el español europeo, quizá como una manifestación más de la lógica prevalencia del español americano, aunque solo sea por razones estadísticas. Esa influencia se convierte a veces en ultracorrección; por ejemplo, en la expresión *advertir de que*. Toda la vida de Dios se ha dicho en España *advertir que*. No hay razón para cambiar, pero se cambiará. Los *de que* ejercen una especie de fascinación sobre los hombres públicos.

No vale la pena tomarse en serio la polémica del masculino genérico, por mucho que los influyentes colectivos feministas lo consideren una afrenta. Por cierto, *colectivo* funciona como un masculino genérico. Podrían decir *agrupación*, que es voz femenina. Preciso es reconocer que hay muchas palabras que, dichas en masculino, abarcan a los dos sexos, varones y mujeres. Pero están también algunas excepciones curiosas. Por ejemplo, la voz *persona* es un femenino genérico. En lenguaje coloquial —especialmente madrileño— se dice *los guardeses* para comprender al matrimonio (el guarda y la guardesa) que cuida de una casa o finca. Es más, algunos madrileños pueden decir *el guardés*, en lugar del correcto *el guarda*, y se quedan tan frescos.

En un mundo obsesionado por la igualdad es una tendencia irrefrenable la de hacer que muchos vocablos, que eran masculinos genéricos, se desdoblen con el

femenino correspondiente. Por ejemplo, *abogado-abogada*, *juez-jueza*, etc. Se considera una conquista de la igualdad. Pero surge aquí una divertida paradoja. Esa tendencia se reafirma como un éxito de los grupos o ideologías feministas. Sin embargo, lo que está detrás de esa forma de expresión es la sospecha de que las mujeres son distintas de los varones, más allá del físico. Así, los vendedores (y vendedoras, claro) intuyen que un cliente masculino porfía menos que una clienta. Un profesor se percata de que los alumnos varones pencan menos que las alumnas. Esos contrastes no deben de gustar muchos a las feministas. Aunque no les disgusta que las mujeres puedan enseñar en público más parte de piel que los varones con toda legitimidad. Hace 500 años las medias eran una prenda decididamente masculina. El equivalente de los pantis hodiernos es exclusivamente femenino. Si resucitaran nuestros tatarabuelos observarían con asombro y deleite que hoy muchas mujeres jóvenes salen a la calle en medias.

Un principio general del lenguaje es que la costumbre puede llegar a prevalecer sobre la norma. Una ilustración. Hasta finales del siglo xx la regla era referirse al año con el guarismo correspondiente. Por ejemplo, “la Guerra de Cuba concluye en 1898”. Bien es verdad que también se dice “la generación del 98”. Pero al llegar al siglo xxi, muchos empezaron a nombrar los años así: “el 2000”, “el 2001”, etc. Parecía una moda efímera, producida por la magia y el misterio “del 2000” (la fecha en la que se iban a volver locos los ordenadores). Pero así ha seguido. Para mucha gente estamos en “el 2013”. No hay forma de volver a la norma arraigada. Repele un poco ese capricho, pero en esto del lenguaje las costumbres hacen leyes; y las manías, costumbres.

En el castellano clásico existía el superlativo *bonísimo*, pero raras veces se oye esa forma en el lenguaje coloquial. Dígase, pues, *buenísimo*, como suele hacer el pueblo para hablar con su vecino. Es más, se pone el énfasis en “ue” para indicar que se está ante lo óptimo, lo mejor de lo mejor. Me recuerda el decidido empeño de los portorriqueños para reivindicar como su verdadero gentilicio el de *puertorriqueños*. La razón es que a los *anglos* les resulta difícil introducir el “ue”. Pero no han tenido más remedio que tragar. Aunque les sale decir *Portorican*, no tienen más remedio que aceptar *Puertorican*.

Hay veces en las que los vulgarismos son muy acertados al expresar nuevas realidades. Por ejemplo, el popularísimo verbo *descambiar* (= devolver la cosa comprada con recuperación de su importe o de otro artículo equivalente). Bien mirado, valdría la acción de *cambiar*, pero el comerciante y el consumidor saben que no es lo mismo. De ser una excepción en el tráfico comercial, la operación de descambiar una mercancía se ha convertido en un derecho y hasta en una rutina. Fue un acierto el de los grandes almacenes cuando se atrevieron a superar el viejo principio de *caveat emptor*. El cual sostiene que el comprador debe mirar bien lo que

compra porque, una vez pagado, no se puede deshacer el intercambio. Antes bien, lo que propusieron fue el criterio opuesto del derecho a la devolución del importe de la compra si el cliente no quedaba satisfecho. El pueblo en seguida discurrió que eso era *descambiar*. Una vez más, a nuevas realidades, nuevas voces.

El poder de la frase hecha es tal que logra trastocar el sentido de algunas palabras. Por ejemplo, *inasequible* (= lo que no se puede conseguir, alcanzar, comprar, entender). Casi nunca se emplea como una voz aislada y con los significados dichos. Se introduce en la frase hecha *inasequible al desaliento* (= no se rinde al desánimo).

Los verbos *descornar* o *escornar* (= romperse los cuernos) se aplican lógicamente a los mamíferos que poseen ese apéndice óseo. Pero de forma metafórica se pueden emplear despectivamente para ridiculizar a las personas que pueden ser objeto de infidelidad sexual. Es una situación que favorece los lances humorísticos. O simplemente se pueden aplicar a todas las personas cuando realizan una acción esforzada o extrema. Podría ser un vulgarismo, pero resulta muy expresivo.

El prefijo “des” esconde una maravilla de matices. El menos interesante es la negación del verbo implícito. Un *deslenguado* no es precisamente un mudo, sino una persona extremadamente locuaz, incluso con palabras groseras, con el fin de dominar la conversación. En España pasa por ser un tipo popular y osado, alguien que *no tiene pelos en la lengua*. Es una consecuencia del prestigio que se otorga en España a la facundia, a la capacidad de sacar punta a todo. Es una variante del gran valor que la cultura española atribuye a la simpatía. El líder de una cuadrilla de amigos o de compañeros de trabajo o de estudio es el que sabe contar chistes o está al tanto del último chisme.

Otra ilustración puede ser el verbo *desinformar*, que no es simplemente “no informar” o “dejar de informar”. Se añade el matiz de dejar caer —como quien no quiere la cosa— una noticia sesgada, parcial o tendenciosa. Es una operación que solo se puede hacer por quien tiene poder o influencia. El público está *desinformado* no solo cuando ignora algo relevante, sino cuando se le hace creer algo que no es veraz. El suceso es tan común que casi no merece una palabra específica para designarlo.

Es fácil entender el sentido corriente del adverbio *arriba* (= en la parte alta, en un puesto superior), que implica una escala vertical. Pero la jerga futbolera nos ha acostumbrado a que *arriba* se mueva en un plano horizontal para significar el campo contrario o la avanzada del equipo propio.

No es fácil convenir teóricamente qué es *arriba* o *abajo*. En el espacio sideral no se pueden aplicar esos conceptos. Pero, como no salimos de la Tierra, acatamos dos convenciones. La primera es que el movimiento de arriba-abajo es el que siguen los cuerpos movidos por la fuerza de la gravedad en dirección al centro de la Tierra. Por tanto, las montañas están arriba y los valles abajo. La segunda convención es todavía

más caprichosa, pero funciona igualmente. Los mapas los situamos mirando hacia el Polo Norte. Por tanto, cualquier movimiento sobre un mapa o plano subirá (= hacia arriba) si se dirige en la dirección Norte. Resulta divertida la confusión cuando chocan los dos criterios. Por ejemplo, si una persona se traslada de Barcelona a Madrid, ¿sube o baja? Es evidente que sube según la primera convención, pero baja según la segunda. Las razones son que Madrid está más alto que Barcelona sobre el nivel del mar, pero se sitúa más al Sur que Barcelona. El nivel del mar es otra convención curiosa, pues varía según la marea o el lugar geográfico. En España se considera el nivel medio del mar en Alicante. Lo determinaron los ingleses para la construcción de los ferrocarriles en el siglo XIX. Era fundamental saber la altura a la que se situaban las estaciones de tren. El criterio de ese nivel cero de partida se encuentra señalado en la escalinata del Ayuntamiento de Alicante.

En la práctica, el razonamiento de que en el espacio sideral no hay “arriba” o “abajo” resulta insustancial. En el espacio terráqueo esa dimensión vertical es omnipresente, como lo están las otras orientaciones derecha-izquierda o delante-detrás. En nuestra cultura no hay duda de que las almas “suben” al Cielo y “bajan” al Infierno, por caprichosas que sean esas localizaciones. Recordemos el milagro supremo de la Ascensión de Cristo. Son muchas las sensaciones mundanas que se establecen con ese criterio vertical. El ánimo se *levanta*, o bien se *cae* o se *hunde* en una depresión. Con suerte y esfuerzo se puede *ascender* por la escala social. Incluso el éxito puede *subírsele a la cabeza* del triunfador. Por lo mismo, un reconocido equipo de fútbol puede *descender* a segunda división, para más tarde experimentar una *remontada* porque sus jugadores *se vinieron arriba*. Un político puede llegar a la *cúspide* del poder, al *más alto nivel*, pero también puede suceder que su popularidad esté *por los suelos*. A los políticos les encanta reunirse con sus colegas de otros países en lo que llaman *cumbres*. Como asegura la sabiduría campesina, *reunión de rabadanes, oveja muerta*. Quiere decir que esas cumbres de los “rabadanes” (= pastores) políticos salen muy caras. Puede ser, incluso, una cumbre para discursar sobre el hambre en el mundo.

Más difícil es establecer la orientación izquierda-derecha. Es tan relativa que, al final, se fija por la orientación que significa el lado del corazón o el del hígado en un individuo. Lo *siniestro* (= a la izquierda) siempre ha tenido mala prensa en nuestra cultura. Sin embargo, los sociólogos perciben que en la España actual la mayor parte de los adultos se sitúan en esa posición de la izquierda. Lo cual no obsta para que haya ahora un Gobierno de derechas, central y en la mayor parte de las regiones.

Cuidado que es fácil decir el *comienzo* o el *principio* de algo. Últimamente empiezan a ser palabras raras, a saber por qué. En su lugar se prefiere el cultismo *inicio*, que parece más técnico o más preciso. En el lenguaje de los ordenadores se impone *reiniciar* el proceso cuando falla algo. Otro tecnicismo es *el minuto uno* o *el*

minuto cero; se impone seguramente por la notoriedad que da su ascendencia deportiva. El *cero* como adjetivo adquiere actualmente una inusitada reputación. Ya me he referido a ello. Así, *coste cero*, *delincuencia cero*, *tolerancia cero*. En el caso de *crecimiento cero*, aplicado a la economía, se trata de un eufemismo para disimular que la producción se ha estancado. Está también la pirueta de *crecimiento negativo*. Los expertos pueden pasarse muchas veladas discutiendo si el crecimiento anual del producto económico va a ser -1,5% o bien -1,3%. Es una versión “cuantofrénica” de lo de “galgos o podencos” de la fábula.

Junto a los cultismos están los **vulgarismos**. Siempre pareció una vulgaridad pronunciar *abogao* o *Estao*. Pero algunos altísimos cargos se quedan tan frescos cuando dicen *abogao del Estao* o degradaciones parecidas. Podrían pasar en el lenguaje coloquial pero no en el formal o institucional. Pero pasan.

El lenguaje coloquial no quiere decir que se atenga más a la realidad al dejarse de abstracciones. Por ejemplo, las preguntas rituales entre jóvenes “¿tú de qué vas, tío?” o “¿pasa contigo, tío?” son tan genéricas que no es fácil acertar desde fuera a qué puedan referirse. Los jóvenes norteamericanos son más escuetos; dirían “*Tsup?*” más o menos para el mismo tipo de saludo difuso. Nos acercamos al gruñido de reconocimiento de los animales de la manada.

Muchos de los vulgarismos son típicos del lenguaje coloquial, pero ¿por qué los políticos y otros hombres públicos son tan aficionados a algunos términos chabacanos? La primera razón es la ignorancia. Téngase en cuenta que para muchos puestos políticos o de alguna otra notoriedad no suele exigirse ningún examen de entrada. Otra razón es que en la sociedad española actual se impone un espíritu “demotizador” por el que ensalza todo lo popular, que a veces es simplemente populista o populachero. Lo peor es que muchos de esos vulgarismos del lenguaje público no llaman la atención; por eso se siguen repitiendo. Son una consecuencia visible de la degradación del sistema de enseñanza y de la decadencia de las formas en muchos aspectos de la vida. Ya he adelantado alguna cosa, pero a los profesores se les perdonan las reiteraciones. Habrá que volver con detalle sobre las peculiaridades del *politiqués* (capítulo 5).

No olvidemos el punto de partida de este examen sociológico del lenguaje. No se trata de hacer un juicio prescriptivo de cómo deben corregirse los errores sino de explicar por qué se cometen. Más sutil es todavía la consideración de por qué se prefieren unas palabras a otras, por qué se ponen de moda o se quedan anticuadas. (Por cierto, ya no se dice *anticuado*; lo fino es *obsoleto*). Una primera explicación es el imperioso deseo de cambio, de novedad, de estar a la que salta. Lo último es que, con ocasión de haber imputado a una infanta en ciertos delitos económicos, muchos periódicos publicaron su foto con este titular: “Imputada”. Hasta entonces no se había caído en el juego de palabras. Así que van a cambiar el verbo *imputar* por el de

encausar. Parece un capricho, pero es una ilustración de cómo las palabras tienen vida propia.

La orgía de los eufemismos y los ñoñismos

Los **eufemismos** son sustituciones de palabras duras por otras más presentables; ahora se dice “correctas”. En esas sustituciones no hay que ver siempre una aviesa intención, ni siquiera ignorancia. La dulcificación de los vocablos suele tener su razón de ser. Por ejemplo, alguien puede criticar que las guerras de antaño aparezcan hoy como *misiones de paz*, pero esa transmutación tiene algún sentido. A diferencia de las campañas bélicas de antes, las *misiones de paz* o *humanitarias* no son expediciones de un Estado para conquistar un territorio o para someter a una población. Son ejércitos conjuntos que se proponen eliminar focos de terrorismo y ayudar a la población autóctona a organizarse democráticamente. Otra cosa es que lo consigan.

Maravilla comprobar cómo se las ingenian los dirigentes del Estado para disimular que la crisis económica empobrece a la población. Por ejemplo, un alto cargo puede declarar impávido: “Estamos experimentando una desaceleración del crecimiento del desempleo”. Seguramente no leyó a George Orwell o lo leyó y aprendió.

Desde el punto de vista prescriptivo es fácil concluir que ciertos eufemismos carecen de justificación. Pero, como digo, el criterio sociológico es que, si se prodigan tales eufemismos, es porque añaden algún matiz interesante. Veamos algunas ilustraciones más. Al hablar de las prácticas criminales de la ETA se acude a la expresión *impuesto revolucionario* que emplean los terroristas. No es un eufemismo gratuito. Se trata de algo distinto de la simple extorsión; por ejemplo, el rescate que pide un delincuente que secuestra a una persona con un fin crematístico. El *impuesto revolucionario* puede ser una excelente expresión irónica para aludir a que la banda se hace pasar por un embrión de Estado. Una lógica parecida es la que lleva a decir que una banda terrorista *ejecuta* a los rehenes secuestrados. No es un eufemismo de *asesina*. De nuevo se presenta la sarcástica ironía de que ese asesinato se hace en nombre de un ente que busca legitimidad. Los terroristas serán criminales, pero se trata de un *crimen organizado* y seguramente distinto; puede que más desalmado.

Un nuevo caso de aparente eufemismo es el de *sensibilidades* para indicar las tendencias ideológicas que caracterizan a las facciones de un partido o cualquier otro grupo político. Puede cristalizar una tendencia ideológica, pero en su seno aparecen finas sensibilidades, que incluso desde fuera no son fácilmente perceptibles. Es una nueva versión del *fulanismo*, que decía Unamuno. Solo que ahora las etiquetas son más finas. Las *sensibilidades* ocultan que tras esas facciones hay personas concretas con ganas de mandar.

Bien fácil es hablar de los *empresarios* y los *trabajadores* como grupos de interés

más o menos disonantes o enfrentados. Pero se impone suavizar los posibles conflictos, al menos a través del lenguaje. La solución es que ambos grupos antitéticos sean *agentes sociales*. Es un resto retórico de la herencia “verticalista” del franquismo. No es la única.

Los eufemismos sirven para disfrazar la realidad desagradable y para disimular el temor al conflicto. Se habla así de *desencuentros*, *custodia compartida*, *mesa de diálogo*, etc., por ver si se consiguen destacar los valores del entendimiento, el consenso, la solidaridad. Es difícil decir que uno está en contra de esos nobles ideales.

El colmo de los eufemismos es el de sustituir la voz *España* por expresiones perifrásticas como *este país* o equivalencias dudosas como *el Estado*. Así, un congreso que reuniera a los abogados españoles podría pasar por “abogados del Estado” con la consiguiente ambigüedad. La fórmula de *este país* sirve para distanciarse de la nación a la que se refiere. Por ejemplo, si se comenta “la corrupción de este país”, puede dar la impresión de que el emisor no se incluye en ese mal de los españoles.

Una forma sutil de eufemismo es el acrónimo (las siglas leídas como un sustantivo). Es un fenómeno que invade el lenguaje técnico y también el popular. La gente sigue diciendo *la renfe* para indicar la estación de tren. Así es como se ve en algunos letreros, hay que suponer que para general despiste de muchos turistas extranjeros. Hay alguna reducción tan chusca como la de *pyme* (= pequeña y mediana empresa). Un empresario puede referirse tranquilamente a que dirige una *pyme* sin percatarse del absurdo. Los militares han interiorizado un florido conjunto de acrónimos. Así, tenemos el JEMAD (= Jefe del Estado Mayor de la Defensa) o la JUJEM (= Junta Unificada de Jefes de Estado Mayor). Esos acrónimos y otros muchos han sido sustantivados. Todavía hay personas que preguntan la diferencia entre la OTAN y la NATO (= Organización del Tratado del Atlántico Norte). Se trata de un eufemismo para no tener que mencionar que en su día fue una alianza militar contra la URSS. La prueba es que un miembro destacado de la OTAN es Turquía, un país bastante lejos del Atlántico y con dudosa acreditación democrática.

Muchos eufemismos generosos que dejan caer en el lenguaje los hombres públicos no se emiten por razones estéticas sino ostentatorias. No se trata de sustituir una palabra vulgar por otra más elegante o amable para regalar los oídos del oyente o lector. Los eufemismos reiterados sirven para que el emisor se luzca y pase por ser una persona más instruida de lo que se podría esperar. Las suavizaciones de los vocablos conflictivos tampoco sirven para ocultar del todo la crudeza del lenguaje más natural, pues los lectores u oyentes se dan perfecta cuenta de la sustitución.

Uno de los episodios evolutivos más notables del habla de los españoles ha sido la generalización de las palabras gruesas, las palabrotas o *tacos*. En su día cumplieron

la función de las palabras tabú para distinguir el privilegio de quienes podían utilizarlas: los varones y las clases modestas. Parecían una necesidad en el Ejército y la Policía. Los tres grandes tabúes de antaño eran la sexualidad, la escatología (excrementos) y la religión (blasfemias). Hoy se han generalizado tanto las palabrotas que tiran de ellas los dos sexos y todas las clases sociales. La consecuencia es que se ha erosionado mucho la condición prohibitiva que antes tenían. Aun así, el uso de los tacos se reserva más bien para ocasiones de una conversación amical. De esa forma se mantiene al menos su función primigenia de permitir que los hablantes se desprendieran momentáneamente de la posible dignidad que pudieran ostentar. Es decir, el taco facilita el inevitable proceso de “demotización” al que tantas veces me refiero. Sirve para insultar, desahogarse, conseguir familiaridad en los intercambios personales.

En una conversación o reunión entre personas de distinta posición social, la más eminente (por edad, dignidad o gobierno) puede dejar caer algún taco en su discurso. Es la señal de que en el grupo impera una cierta igualdad y que los demás pueden proceder a un lenguaje más relajado. En esa circunstancia el taco sirve para que la conversación sea más franca.

Debe reconocerse una misteriosa gracia para proferir tacos sin que nadie se ofenda. La tienen de modo espontáneo algunas personas, sin que se pueda saber a qué se debe esa facilidad. Es algo parecido a la habilidad para contar chistes o historias divertidas. En unas personas emerge con naturalidad y simpatía, pero en otras aparece como algo impostado. Un extranjero no hispanohablante puede aprender muy bien el idioma español, pero le resultará más difícil colocar los tacos en su sitio y en su momento. Es algo que no se puede aprender bien. Es tan difícil como beber vino de la bota o escanciar la sidra en el vaso desde una altura considerable.

Los tacos son un arma dialéctica para insultar, aunque sus funciones sean mucho más amplias. El insulto consiste en asignar al otro un calificativo que indique ridículo o desprecio; por ejemplo, *enano* o *subnormal*. El problema está en que con ello se puede herir la sensibilidad de las personas que pertenecen a algunos de esos grupos con los que se comparan de forma despreciativa. Son típicas las alusiones desdeñosas a los negros, moros, indios, discapacitados, judíos, etc. Para evitar ese conflicto, una salida puede ser la de referirse a grupos lejanos, inexistentes o de difícil localización: *vándalos*, *cafres*, *lacayos*, *mongólicos*, *cosacos*, *zombis*. Nuestros bisabuelos llamaban *apaches* a los delincuentes callejeros. Hoy esos delincuentes han adquirido la dignidad ideológica de ser los *antisistema*. Puede parecer injusto considerarlos de izquierdas, pero solo las personas de esa adscripción los comprenden.

Más socorrida es la identificación del insultado con un animal que tenga algo despreciable: *cerdo*, *mulo*, *burro*, *cabestro*, *besugo*, *cabrito*, *víbora*. Algunos dicterios son tan populares y absurdos como *hijo de puta* o *cabrón*. En esos dos casos la

conducta que se reprueba no es la del sujeto sino, respectivamente, la de su madre o su mujer. Por eso resultan sibilamente ofensivos.

Aunque se generalice la permisividad del taco, queda un resto de los **ñoñismos** que antes se empleaban por las mujeres o los niños para no pronunciar las palabrotas. Pueden agarrarse a ellos todas las personas en situaciones comprometidas. Son palabras neutras que sustituyen malamente a los tacos y que pretenden cumplir su misma función expresiva. Hay cientos de ellas. Bastará con una pequeña muestra:

Palabra tabú	Equivalencias, eufemismos o ñoñismos (a veces igualmente malsonantes; todo depende de la intención)
—Joder	—Jobar, jolín, jolines, jopelines, jopé, jo, jorobarse, jeringar, joer, hacer la puñeta, chingar, follar.
—Cojones, testículos	—Cataplines, con un par, atributos, bemoles, arco del triunfo, narices, entrepierna, el forro de mis caprichos, acongojar o acojonar, agallas, compañeros.
—Culo	—Dar por el saco, por retambufa, pompis, trasero, posaderas.
—Carajo	—Caramba, caray, cáspita, caracoles, cuajo, carajal, cogérsela con papel de fumar.
—Hostias	—Ostras, anda la osa, la órdiga, pifostio, hosti.
—Leche	—Mala uva, mal café.
—Pene	—Pito, pitilín, colita, capullo, pijo, miembro viril.
—Putra, prostituta	—Putiferio, puñetas, hijo de Satanás, hijo de perra, pilingui, zorra, perra, pelandusca, fulana.
—Mierda	—Caca, marrón.
—(Blasfemias)	—Mecachis en la mar, me cagüen diez.

Los ñoñismos representan un juicio que hace el observador, más que nada para explicar el origen de esa palabra. Pero los hablantes suelen ser menos retorcidos. En la mayor parte de los casos sueltan los ñoñismos como puras interjecciones, por imitación o por comodidad. En algunas situaciones se pegan a ellos porque son menos abruptos que la correspondiente versión malsonante. Otras veces ciertos ñoñismos resultan simpáticos por recurrir a metáforas ingeniosas o coloristas. Muchas personas ingenuas se quedarían maravilladas si alguien les descubriera que *caray* es un ñoñismo para evitar la voz *carajo*; la cual es a su vez la versión barriobajera para designar al pene o el miembro viril. Esa última denominación, tan pulcra, es ya otro eufemismo. En muchas conversaciones formales los asistentes pueden decir con toda tranquilidad *comerse el marrón*, una expresión grosera que queda disimulada. También resulta muy corriente referirse a la voz *puñeta*, realmente

una puntilla de la bocamanga, pero en la intención algo obsceno.

Nos podríamos preguntar por qué, si la nariz es un órgano singular, hay tantas expresiones coloquiales en las que se emplea en plural. Veamos: *tiene narices*, *un par de narices*, *estar hasta las narices*, *hinchársele a uno las narices*, *manda narices*, *tocar las narices*. En todas esas expresiones, generalmente exclamativas, *narices* es el ñoñismo de *testículos*. El capricho es que se ha elegido un órgano singular cuando se podrían haber hecho, de modo más lógico, con las orejas, que también son dos. A veces basta decir *con un par* y ya se sabe que se refiere a los cojones. La expresión suele ser admirativa.

Resulta chocante la antífrasis del verbo *joder* (= realizar la cópula, el acto sexual por antonomasia). Revela un intenso placer, pero se utiliza también para fastidiar o molestar a alguien. Los ñoñismos de *jorobar* o *jeringar* tienen también ese sentido. El mismo contraste se muestra en la oposición entre *prostituta* o *puta* (= mujer especializada en dar placer sexual) y la acción de *putear* (= molestar, explotar a otro). No cabe mucha lógica en esas analogías, pero en cuestión de tacos o insultos la lógica está de sobra.

Llama la atención otra antífrasis extrema pero muy común. Es la que supone el hecho de que lo óptimo o inmejorable de una cosa se traduzca en el lenguaje coloquial como *de puta madre* o incluso *de putísima madre*. Es evidente que se trata de llamar la atención o de presumir de locuacidad o simpatía. Un jovencito la puede dejar caer delante de su madre con toda naturalidad.

Muchos de los ñoñismos suenan anacrónicos, cursis, algo que se decía antes. Hoy pierden mucho sentido, puesto que los tacos a los que sustituyen se pueden emitir con cierta tranquilidad, al menos en un ambiente sin formalismos. Están a la orden del día en las películas, las obras de teatro, las novelas, las series de televisión. Los adolescentes los usan para reafirmarse, por lo mismo que fuman o toman bebidas alcohólicas.

Es una pena que languidezcan los ñoñismos.

LOS RINGORRANGOS DEL LENGUAJE

Se hace difícil imaginar cómo empezó a hablar el *homo sapiens*, qué tipo de voces o gruñidos se emitieron en los primeros momentos. Puede que los sonidos articulados primordiales fueran exclamaciones, nombres onomatopéyicos, imperativos, notas musicales. Para mí que la primera emisión inteligente del habla fue algo parecido a cantar, por ejemplo, una nana tarareada con sonidos familiares. El adjetivo debió de venir mucho después. Calificar los objetos o las acciones requiere un cierto grado de abstracción. Todavía hoy tenemos muy pocos nombres para la infinidad de colores que percibimos. Muchos son simplemente descriptivos, por semejanza con cosas identificables: rosa, lila, salmón, malva, naranja, violeta, morado, castaño. El color *amarillo* puede parecer un abstracto, pero se deriva de la asociación de esa tonalidad con ciertas flores o plantas que son “amargas” (*amarus* en latín) y, por ende, venenosas. De ahí proviene la injusta asociación del amarillo con la mala suerte, lo aciago, nefasto o fatídico. Recordemos: *tarjeta amarilla*, *alarma amarilla*, *prensa amarilla*, *sindicato amarillo*, *fiebre amarilla*. Todas esas asociaciones irían al polo Z antes descrito.

La capacidad para colocar adjetivos precisos, originales, es la virtud de los poetas. El resto de la población agradece mucho que los adjetivos estén ya puestos y disponibles. Así no hay que pensar mucho. Por eso mismo, la expresividad y la gracia de los adjetivos es lo más difícil de introducir en un texto. En el análisis de cualquier discurso hay que parar mientes en la adjetivación. Se podría decir: por sus adjetivos los conoceréis. La etiqueta está mal puesta, ya que lo “adjetivo” quiere decir también lo insustancial o secundario. Pero, a pesar de esa mala prensa, el adjetivo es lo que da prestancia al lenguaje. Digamos que el adjetivo es el apellido de las cosas, unas veces común y otras aristocrático.

Hay pocas dudas de que el barroquismo en las artes (sobre todo en Arquitectura, Escultura, Pintura y Literatura) sea el estilo genuinamente español. Incluso el sobrio estilo renacentista en España se trueca muchas veces en abigarrado plateresco. Podemos ampliar ese rasgo de recargar los trazos al modo de hablar o escribir, no solo de las personas cultivadas sino de las del resto. El barroquismo no es tanto amaneramiento como desmesura, en nuestro caso el gusto por el exceso de palabras o la abundancia de florituras. Es lo que en la elegante jerga taurina se llama *adornarse*. La facundia innata de la raza española parece contradecir algunos dichos populares como *por la boca muere el pez* o *en boca cerrada no entran moscas*. Pero también se dice *dime de qué presumes y te diré cómo eres*. Se puede alardear con la forma de vestirse o acicalarse pero también por la de hablar.

Esa irrefrenable tendencia a la locuacidad gusta asimismo de los neologismos por el efecto de lucimiento, de los requilorios mil para impresionar al lector o al oyente. Es una manifestación de ese aire dramático que los españoles dan muchas veces a la narración sobre las minucias de sus relaciones cotidianas. Recordemos la premisa de que el lenguaje no está solo para comunicarse, ni siquiera para convencer, sino para colmar otras varias funciones anímicas. Repito, se habla o se escribe para desahogarse, caer simpático, quedar bien, incluso para mentir con cierta dignidad. La ventaja del barroquismo es que, suplido un mínimo de inteligencia, puede producir textos o discursos brillantes o por lo menos expresivos. El inconveniente es que el interlocutor tocado de barroquismo escucha mal, lo que da lugar a un déficit de verdadera conversación. Casi podríamos decir que se queda en “versación”, si se pudiera acuñar ese término. El resultado es, por ejemplo, la algarabía que se forma en algunas tertulias de la radio o de la tele. La razón es que en esos casos algunos participantes pueden hablar como los ángeles, pero no escuchan. Da la impresión de que les pagan de acuerdo con el tiempo en el que cada uno esté en el uso de la palabra. En el abuso, habría que decir. Esa misma fórmula de hablar muchos al mismo tiempo y a gritos rige para las celebraciones familiares o de restaurante; produce un extraño placer. El guirigay es la verdadera fiesta nacional. La cháchara es la diversión más general y barata.

Se suele contraponer el habla corriente a la escritura profesional o literaria. Claro es que hay una diferencia de estilo, de calidad, de propósitos estéticos según la cultura de los hablantes. Pero unos y otros utilizan palabras y frases, por lo que también en el discurso corriente se puede rastrear un principio de empeño literario. El lenguaje cotidiano (hablado, escrito o a través de la red) es ya una forma literaria, aunque sea en embrión. Quien habla o escribe pretende que sus palabras surtan algún efecto en los destinatarios, oyentes o lectores. No basta solo con que reciban la comunicación correspondiente, sino que esa recepción modifique su ánimo. Al menos eso es lo que se intenta. Lo que ocurre es que el almacén del idioma que figura en los diccionarios se basa en la acumulación de los testimonios de los escritores. Se supone que los que escriben por oficio recogen el hablar del pueblo. Pero los lexicógrafos, de ser más sagaces, habrían recogido también el discurso corriente de forma directa. No lo han hecho del todo porque eso es un trabajo de chinos o de bordadoras de Lorca. El resultado es que esa fuente popular auténtica es poco conocida. Sin embargo, ahí está la clave para entender la evolución de nuestra lengua.

Toda la vida de Dios el idioma español ha contado con diversos prefijos, que son una hermosura. En los tiempos que vuelan esa herramienta está en alza. Recordemos unos cuantos: *anti-*, *auto-*, *des-*, *ex-*, *extra-*, *hiper-*, *inter-*, *macro-*, *micro-*, *multi-*, *neo-*, *post-*, *pre-*, *re-*, *semi-*, *super-*, *ultra-*. Como siempre pasa, el mal está en el abuso de esa figura, pero los prefijos utilizados con medida facilitan la potencia del lenguaje.

Esa función es esencial cuando el que habla o escribe necesita ser particularmente expresivo. Por eso se recurre mucho a la prefijación en la publicidad o en el lenguaje de los jóvenes. Con los prefijos se pretende ser novedoso, pero se trata de un recurso que proviene del latín o del griego.

Se cuenta que el extraño apodo de *requetés* que tenían los soldados carlistas se debe a que le preguntaron al general Zumalacárregui por el juicio que le merecía el famoso Tercer Batallón de Navarra. El general contestó con laconismo castrense: “requetebién”. De ahí pasó como *requeté* al estribillo de una canción de esa unidad. Hoy no se habría dicho *requetebién* sino *superbueno* o alguna otra versión más viril que no necesita prefijo.

Normalmente, el oyente o el lector se sienten encantados, o por lo menos tranquilos, con los ringorrangos retóricos del que habla o escribe. Son signos de distinción. El pueblo se siente maravillado con la recargada ornamentación de los pasos de la Semana Santa, de los ropajes de los Reyes Magos o de las fallas de Valencia. De poco vale la actual preeminencia del estilo minimalista en la Arquitectura interior o exterior. Lo que el pueblo español aprecia es la decoración abigarrada. Un criterio como el mío, que se impone el límite de 30 palabras para las frases de los escritos, lo consideran muchos colegas como un capricho. En realidad lo es, pero resulta muy divertido. Corro el riesgo de pasar por insustancial o amanerado al tratar de ser comedido. Mas no importa. Los lectores saldrán ganando.

Los internautas cambian el chip

Es evidente que nos encontramos en plena era científica, lo que se traduce también en el lenguaje coloquial. Por ejemplo, *tener buena química* equivale a llevarse bien con otra persona, compenetrarse con ella. La *anatomía* es también el cuerpo humano como objeto estético, especialmente el femenino cuando excede las medidas estadísticamente normales. La *meteorología* o la *climatología* equivalen al tiempo atmosférico que hace. La *gramática parda* significa la astucia en el trato con la gente. La *óptica* es la forma personal de considerar las cosas. *Tomarse algo con filosofía* indica un ánimo de parsimonia y componenda. La *ingeniería financiera* no es más que el hurto o la estafa a través de las cuentas de una organización. En los telediaros nos informan con naturalidad de que llueve en toda la *geografía* española. *Tener mucha psicología* equivale a derrochar perspicacia o pesquis para desenvolverse en la vida. Bien es verdad que los españoles pronuncian *sicología*. Eso es así por la dificultad para emitir el sonio “ps” en el aparato fonador de los españoles. No obstante, este es un caso en el que parece razonable mantener por escrito la voz *Psicología*, sus derivados y parientes. La razón es que se trata de una etiqueta con solera y que así se conserva en los ambientes y países cultos. La tendencia “demotizadora” —acercar las cosas al pueblo— tiene sus límites. Este es uno de ellos.

El aire científico da prestigio y penetra los discursos o los textos de los legos. Por ejemplo, si se quiere decir que algo crece mucho, ese adverbio queda poco elocuente. En su lugar se prefiere decir que *crece de forma exponencial*. Seguramente el lector o el oyente no entenderán que el crecimiento exponencial supone que el último resultado de una serie se eleva a un exponente, como mínimo al cuadrado. Ni falta que hace tanta precisión. Algunas palabras gozan de un misterioso ascendiente cuando no se sabe a ciencia cierta lo que significan. Digo *a ciencia cierta* por recurrir a una expresión convencional, aun sabiendo que la certeza científica siempre es muy relativa. Como lo es, por ejemplo, la definición exacta del metro o la localización precisa del Polo Norte en la Tierra. No importa; todos confiamos en la existencia de *ciencias exactas*. El popular ¡*matemático!* como exclamación indica que algo es cierto y necesario. Otra expresión muy socorrida de apariencia científica es *en función de* para cualquier cosa relacionada con otra. Para indicar que se observa una consecuencia imprevista de algo, queda muy elegante decir que estamos ante una *segunda derivada*.

Durante mucho tiempo, la marca *aspirina* tuvo tanta aceptación que llegó a convertirse en el genérico de una civilización, la nuestra. Otro tanto pasó con la universal *coca-cola*. El éxito de esos productos ha contribuido decisivamente a moldear la cultura del siglo xx. En el actual hay otras marcas que pueden ser los

símbolos de nuestro tiempo informal e informático: *internet* y *google*. No está lejos el día en que digamos tranquilamente *guglear* o *internetear* en castellano. Será algo así como satisfacer la curiosidad de averiguar algo o de comunicarse instantáneamente con mucha gente. El origen de Google está en el descubrimiento de un matemático, Edward Kasner, para denominar la unidad seguida de cien ceros, casi el infinito. Ese término fue el *googol*. En el inglés clásico designaba la “nuez” (= el cartílago del tiroides en el varón adulto). En el inglés coloquial se llama *Adam’s apple* (= la manzana de Adán). Lo cual nos lleva a la garganta o a la laringe, a hacer gárgaras, gorgoritos o gangosidades, en definitiva al mismísimo *punto G* (por su descubridor, Ernst Gräfenberg) y a los vagidos germinales del lenguaje. Se comprende que el delicado poeta Juan Ramón Jiménez tuviera tantas precauciones respecto a la letra “g”.

La generalización de lo que pomposamente se llama *nuevas tecnologías* nos ha permitido revitalizar viejas palabras castizas para las operaciones hodiernas. Por ejemplo, *zapear* (= cambiar repetidamente de canal en el televisor) o *chatear* (= conversar a través de la internet). Esos dos verbos ya existían en el castellano coloquial. *Zapear* es la acción de señalarle al gato que nos deje en paz. *Chatear* equivale a ir de bares, normalmente en cuadrilla. Ha sido un hallazgo la locución *cambiar el chip* (= cambiar de punto de vista, de talante o de modo de pensar). No ha tenido mucha aceptación lo de *internauta* (= el que “navega” por la internet), a pesar del prestigio de las metáforas marinas. No se comprende muy bien que los caprichosos vaivenes a través de las redes sociales sean navegaciones o singladuras. El navegante sabe siempre a qué puerto dirige el rumbo del barco. Es una lástima que no dispongamos de un verbo para indicar el ágil desplazamiento de la araña por la sutilísima red que ha tejido. Ese verbo nos vendría muy bien para describir los espasmódicos movimientos a través de las redes informáticas. Parece otra desmesura llamarlas *redes sociales*. ¿Es que puede haber redes no sociales o antisociales?

Una petulancia típica de los sociólogos y otros especímenes parecidos es referirse al *método Delphi*. No se percatan de que desde siempre se ha dicho *Delfos* en castellano para el oráculo famoso. La explicación está, una vez más, en la influencia de la lengua inglesa, donde caprichosamente se dice *Delphi*. El dichoso método consiste en preguntar a los expertos sobre la probabilidad de algunos sucesos futuros para así averiguar una posible línea de tendencia. Naturalmente, el oráculo de Delfos se podía equivocar, como yerran también los expertos. No importa, escudriñar el futuro sigue siendo una tarea apasionante. El secreto de los pronosticadores actuales es el mismo que el del famoso oráculo griego: todo consiste en adelantarse a lo que el cliente quiere oír.

Muchos barbarismos se utilizan como un elemento más para adornar el lenguaje, para presumir de cultura, pero por lo general no suelen ser erráticos. Si se aceptan por

los hablantes es porque añaden algún matiz interesante. Tómese la voz *chequeo*, del inglés *check* (= verificación, examen, comprobación, revisión). Aparte de la ventaja de su sonoridad, el *chequeo*, sobre todo médico, implica un detalle, un protocolo que no admiten las equivalencias castizas. Por encima de todo, *chequeo* suena a revisión científica, lo que da mucho postín. Está también el verbo *chequear*, que algunos hispanoamericanos dicen *checar*.

Muchas expresiones populares pretenden ser científicas o precisas, pero no lo consiguen. Pesa más la expresividad. Por ejemplo, en rigor los *costados* son solo dos, a izquierda y derecha de un centro o eje. Pero en la práctica ese término se emplea en la expresión *por los cuatro costados*. Puede ser una hipérbole intencionada para resaltar la magnitud o extensión de algo. Una derivación parecida se realiza con la palabra *eje* (= línea que divide en dos una figura o sobre la que gira algo en movimiento). Los extremos del eje son los dos *polos*. Pues bien, en el lenguaje semiculto se recurre con naturalidad a los *múltiples ejes* y a los *varios polos* de cualquier cosa, aunque no sea material. Es otra forma de exagerar y de darse buen tono de analista. No es fácil imaginar una estructura, física o no, con múltiples ejes y cada uno con varios polos. Sería algo parecido a uno de esos dibujos imposibles de Escher.

Contundencias y obscenidades

Los adverbios terminados en “-mente” son una forma de redoblar un adjetivo o de dar fuerza a una acción. Su utilidad decae cuando se espolvorean en la frase un poco a voleo o para ganar tiempo. En ese caso se apela a unos cuantos adverbios manoseados que dan un tono científico o riguroso al discurso. Esa lista incluye los siguientes: *absolutamente, obviamente, infinitamente, básicamente, concretamente, evidentemente, indiscutiblemente*. Cuando nos enfrentamos a textos del lenguaje público, la regla interpretativa es bien simple. La imaginación del lector o del oyente hará bien en sustituir esos adverbios por sus contrarios y así entenderá bien lo que el emisor quiso decir en su fuero interno. Por ejemplo, si se emite “absolutamente”, la cosa es bastante relativa; “obviamente” indica que la afirmación es poco clara; “infinitamente” califica algo bastante limitado, etc. En esos casos el lenguaje pomposo se disfraza para mentir mejor, por lo menos para impresionar. Son conductas que no están sancionadas por la sociedad. Se presume que muchas mentiras no lo son porque el que las pronuncia no tiene intención de engañar. Debe quedar claro que los adverbios en “-mente” son utilísimos. Es la reiteración cansina de algunos de ellos lo que los esteriliza.

Un adjetivo muy querido de los opinadores profesionales es *obsceno*. Se dice para resaltar no lo lascivo o impúdico sino para tachar de repulsivo, escandaloso o de mal gusto el comportamiento de un hombre público. Es otro calco del inglés y, como tal, uno de esos “falsos amigos” que se cuelan en el lenguaje habitual. Viene muy bien cuando el comunicador en cuestión no sabe cómo etiquetar una conducta reprochable, pero el oyente puede confundirse un poco. Por lo menos cumple la función de hacer más florido el discurso.

El barroquismo puede consistir también en algo tan simple como aderezar algunos sustantivos con adjetivos inseparables que podríamos llamar ***epítetos perezosos***. Lo son porque el sujeto no los piensa, los coloca por inercia, por imitación, para pensar poco. Algunos se asemejan a pleonasmos, esto es, el adjetivo no hace sino remachar el sentido del sustantivo. Otras veces pueden tener un rastro literario, incluso poético. Lo que no se puede dudar es de su abundancia. A continuación va una lista sin ningún orden:

Rabiosa actualidad, craso error, ignorancia supina, mundanal ruido, auténtico profesional, rotundo fracaso (o éxito), empate técnico, hambre canina, inflación galopante, frío glacial, flaco favor, calor sofocante, densos (o negros) nubarrones, enérgica condena, abrumadora mayoría, asignatura pendiente, tensa calma, tupido velo, caída libre, principios básicos, derechos fundamentales, fumador empedernido, hilo conductor, absoluta convicción, apretada agenda, arma arrojadiza, buen camino, lujo asiático, drásticas rebajas, claridad meridiana, compartimentos estancos, tónica dominante, tierna infancia, agujero negro, denodado esfuerzo, silencio sepulcral.

Lo fundamental de esas construcciones es que, al estar ya acuñadas, libran de

sorpresas al oyente o al lector. El lenguaje está también para facilitar la vida. A través de los epítetos perezosos, las parejas así formadas se convierten en clichés muy cómodos que ahorran tiempo para pensar y confieren cierta prestancia al discurso. No es fácil elegir el adjetivo que cuadre perfectamente con lo que se quiere decir. Suele ser una de las tareas más fatigosas del escritor novel o del becario en un medio periodístico.

La pereza suma es la de reservar un adjetivo que sirva de comodín para distintas situaciones. Por ejemplo, *importante* y, mejor aún, *muy importante*. Es algo que sirve para un roto y para un descosido. Se convierte en una de las calificaciones favoritas de los políticos, de los que viven de hacer declaraciones. Lo suyo es ser enfáticos —ellos prefieren decir *contundentes*— pero sin comprometerse mucho. Habrá que tener un gran respeto a las personas encumbradas que dicen a menudo que las cosas que tratan son *muy importantes*. Por ejemplo, pueden importar mucho a los contribuyentes, al pueblo. A propósito, ya no se emplea mucho lo de *pueblo*. En su lugar se recurre a la perífrasis *el conjunto de los ciudadanos*.

Hay también epítetos caprichosos, como *leyenda urbana*, quizá como contraste con las narraciones míticas de tiempos pasados. Se trata de una fantasía actual, que puede ser divertida. Por ejemplo, leyendas urbanas podrían ser el calentamiento de la Tierra o la presunción de que con el cambio de hora cada seis meses se ahorra mucha energía. Tienen de bueno que sirven para entablar discusiones interminables.

No solo se pega un adjetivo con un sustantivo. Hay parejas de verbo y sustantivo que no es fácil desplazarlas por otras construcciones. Por ejemplo, *rasgarse las vestiduras*. Es un gesto para escandalizarse, pero no es literal. Nadie se hace trizas la ropa para mostrar que algo le irrita. A la ropa que nos podemos no la llamamos nunca las “vestiduras”. Más adelante me referiré a las metáforas.

Lo que llamo epítetos perezosos vienen a ser también lugares comunes desde el momento en que la adjetivación se repite sin echarle demasiado pensamiento. Da la impresión de que el epíteto va íntimamente unido al sustantivo. En esos lugares comunes el adjetivo no añade mucha información; vale solo para facilitar el esfuerzo de adjetivar. El receptor del mensaje se siente aliviado porque esa forma le resulta familiar, incluso simpática y a veces con un punto de finura literaria que se agradece. El epíteto propiamente dicho se percibe mejor en las parejas en las que va delante, un poco como si fuera una construcción poética. Naturalmente, la pretensión no suele ser la de hacer literatura; basta con la expresividad o, mejor, llamar la atención o quedar bien.

Otros autores llaman “expresiones parasitarias” a los epítetos perezosos. No creo que merezcan esa etiqueta tan despreciativa. Si se repiten tanto en el lenguaje semiculto, y aun en el culto, es porque cumplen alguna función. Tanto al emisor como al receptor del mensaje les ahorran tiempo para pensar. De esa forma el

discurso se hace más automático, aunque no sea muy elegante. Pero la elegancia no es una cualidad tan apreciada como otras. No olvidemos que el lenguaje no se propone siempre comunicar de modo preciso y económico. Al hablar, hasta el menos instruido quiere lucirse un poco. Cuando alguien deja caer unos cuantos epítetos perezosos en el discurso, se hace la ilusión de que así pasa por una persona leída o por lo menos viajada.

Hay adjetivos que se añaden al sustantivo para lograr un efecto más categórico, pero realmente están de sobra. Veamos algunos ejemplos con el comentario entre paréntesis:

Azar imprevisto. (No cabe un azar que se pueda prever).

Aterido de frío. (No se puede uno aterir de calor).

Bifurcarse en dos direcciones. (Si es “bi” no puede ser más que dos).

Erario público. (El erario siempre es público).

Falso pretexto. (Un pretexto no puede ser verdadero).

Hemorragia de sangre. (La raíz “hemo” quiere decir sangre).

Proyecto de futuro. (No va a ser para el pasado).

Peluca postiza. (La peluca no puede ser natural).

Aun así, ni siquiera en esos casos tan redundantes se puede decir que los adjetivos sean parasitarios. Se utilizan porque de esa forma el enunciado suena más rotundo. El observador puede encontrar en esas expresiones un motivo de deleite. Otra cosa, se demuestra que, cuando hablamos o escribimos, no pensamos mucho en lo que decimos. El lenguaje viene a ser en gran medida un acto reflejo. Resulta una desmesura esa pretensión de los jueces de las películas de cultura inglesa cuando exigen al testigo “decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad”. Es una pretensión vana; no se puede cumplir. Solo podría ser verosímil en el supuesto del juicio final en el valle de Josafat.

Las ideas expresadas en el lenguaje llaman la atención del receptor en grados muy distintos, según lo que se espera y la experiencia acumulada. Hay una fórmula gastadísima y que sin embargo sigue teniendo éxito: decir que algo *llama poderosamente la atención*. En ese caso no es un adjetivo sino un adverbio el que resulta trillado. Por lo mismo, se suele decir que una cosa es *diametralmente opuesta a otra*, como si pudiera caber la duda de una oposición parcial. Hace unos días oí decir a un político en una entrevista que “la cosa está diametralmente clara”, sin que el interlocutor pestañeara. Una combinación muy popular es *políticamente correcto* para indicar que un término responde a lo que debe decirse por la presión social. Si se extrema esa observancia, se puede llegar al ridículo.

A través de los epítetos o adverbios perezosos, las parejas así formadas se convierten en lugares comunes que facilitan la prosa cotidiana. Vienen a ser lo contrario de la poesía creadora, la que hace sonoros los versos con adjetivos inesperados. Recuérdesse la famosa adjetivación de Rubén Darío: “íncultas razas

ubérrimas”. En ese caso la sonoridad se adjetiva con dos adjetivos esdrújulos e impensados. Por si alguien pudiera tachar de racista a Rubén Darío (él mismo un mestizo), hay que fijarse en que se habla de “razas” en plural.

Muchas veces el barroquismo en el lenguaje se manifiesta por la elección de ciertas **palabras de moda**. No importa que no sean las más apropiadas para los fines del discurso. Por ejemplo, una palabra muy simpática es *protagonista* (= persona o situación que representa el papel principal). Pero el impulso “demotizador” de nuestro tiempo lleva a frases tan desbocadas como esta: *todos somos protagonistas*. Será un contrasentido, pero el que la pronuncia queda muy bien. Más exagerado es dar la noticia de que *la lluvia ha sido la gran protagonista*, pero se oye con frecuencia. Quizá sea una frase con más sentido si se aplica a una zona desértica, de extrema sequedad.

Las modas pasan porque lo suyo es la continua renovación. Así, la palabra *tema* (= asunto, idea, preocupación y muchas más cosas), hasta hace poco tan repetida, va perdiendo vigencia. Empieza a ser un vulgarismo. En su lugar, hay otra que se ha alzado con la primacía en el lenguaje semiculto: *ámbito* (= espacio, campo, ambiente, lugar, dominio y también muchas más cosas). Su gran ventaja es que es esdrújula y, por tanto de sonoridad asegurada. Hace unos lustros estaban de moda expresiones como *a nivel de* o *en base a*. Daban una apariencia de lenguaje técnico. Ahora han decaído mucho. En realidad lo que ha ocurrido es que antes eran propias de una clase encumbrada y ahora han ganado adeptos en el pueblo llano. Es lo que pasa con las modas en el atuendo, que se vulgarizan.

Otra de las voces favoritas del momento en el lenguaje semiculto es *contundencia* y sus derivados. Parece incompatible con el valor del rechazo de la violencia, pues lo contundente es lo que golpea, aunque solo sea de forma simbólica. Es igual, actuar con contundencia se ha convertido en una faceta halagadora de todo el que manda. Mejor dicho, basta con asegurar que se va a actuar con contundencia, sin especificar mucho en qué va a consistir esa acción. Es una de esas palabras en las que el hablante se detiene un poco para pronunciar todas las sílabas.

Las palabras que establecen relaciones o conexiones siempre son bienvenidas en el lenguaje semiculto. Todo lo que sea complicar las cosas da mucho prestigio. Y eso que en el mundo en que estamos lo complicado empieza a ser un eufemismo de lo dificultoso. Pero el que dirige o domina debe estar presto a relacionarlo todo. Una voz nueva de esa serie es *conexidad*, últimamente muy apreciada por algunos jueces. En seguida bajará del estrado a la sala y a la calle. De momento suena pedante. En su día, cumplió una función parecida lo de la *correlación de fuerzas*, aunque solo para las personas de la izquierda. No se sabe muy bien lo que significa, pero suena muy bien.

Estamos en un mundo de novedades y extravagancias en el que ya nadie se

asombra fácilmente de nada. Si tantas cosas se han convertido en espectáculo, la calificación de *espectacular* impresiona poco. Hay que pasar a *dramático*, entre lamentable y emotivo. El lado laudatorio de un suceso que conmueve pasa a ser *fenomenal* o, con expresión grosera, *de puta madre*. El barroquismo es eso: exageración y disfraz. No se engaña a nadie, pues todos somos actores —o por lo menos figurantes— del gran teatro del mundo.

Puesto que en la sociedad actual circula tanta información, es difícil que una persona se considere intolerante o racista. No sería *políticamente correcto* y por tanto no se estila. Pero pueden oírse frases como las siguientes, dichas con aplomo y convicción:

Yo no soy racista, pero los inmigrantes extranjeros en España son unos vagos.

Yo no tengo ningún prejuicio contra los maricones, pero los pondría a trabajar en las minas.

Son innúmeros los ejemplos de eufemismos y circunloquios para dulcificar el lenguaje y hacerlo más barroco. Uno más. En lugar de “las noticias del día”, los periodistas que presentan los telediarios gustan de referirse a “los argumentos informativos de la jornada”. La *jornada* es un día cargado de noticias, sean huelgas, manifestaciones, elecciones y otros sobresaltos.

Es muy clara la significación de *ambos* (= los dos, uno y otro). Pero ahora se ha puesto de moda la revitalización de un antiguo pleonismo popular: *ambos dos*. Es un arabesco más en el gusto por el alargamiento del lenguaje. Habrá que volver sobre esa manifestación del barroquismo. *Ambos* no debe confundirse con *sendos* (= de cada uno).

El ejemplo perfecto de laconismo sería contestar “sí” o “no” a una pregunta. Pues hasta en eso se produce una simpática perífrasis. Son estas expresiones que quieren ser ambiguas e irónicas: *Va a ser que no, solo faltaba, de eso nada*. Por influencia de las películas y de otros medios se ha puesto de moda sustituir el “sí” por *afirmativo* o *correcto*.

Hay una forma de suavizar los calificativos mediante un extraño circunloquio. Es el *como muy*, que se puede aplicar a cualquier adjetivo. Es característico de los jóvenes como parte de un hablar afectado o sin entusiasmo. Funciona como una forma cautelosa de no comprometerse mucho, todo lo contrario del lenguaje rotundo, que era el tradicional. Una cantante puede ser muy atractiva, pero, para que no se lo crea demasiado, bastará decir que es *como muy molona*. No se trata solo de ceder a la tentación del alargamiento retórico, al que en seguida me voy a referir. Es algo más, algo así como una perezosa afectación irónica. Aparece en otras varias expresiones de la jerga juvenil, ahora por todos imitada. Por ejemplo, *como que no*, o también *va a ser que no* para suavizar una negación. Con esa actitud tan indecisa, no es de extrañar la desesperación de los sociólogos ante el abultado porcentaje de los “no sabe / no contesta” en los sondeos de opinión. Siempre se unen esas dos opciones, aunque

representan respuestas muy distintas. Es raro que un español reconozca que no sabe algo.

En torno a los niños menudean los circunloquios que quieren ser atentos. Para referirse a la niñez de un personaje se suele decir *desde su más tierna infancia*, sin que quede claro cuándo comienza esa fase. En los medios de comunicación se introducen muchas noticias sobre el mundo infantil; vienen a compensar las luctuosas sobre los adultos. En esos caso los niños no suelen ser tales sino *los más pequeños*, que no quiere decir los recién nacidos. Sí es recién nacido el “españolito que vienes al mundo” de Antonio Machado, pero ahora se utiliza mucho lo de *españolitos* para referirse a los adultos. Se dice, incluso, *españolitos de a pie*, aunque es ya muy general la posesión de algún vehículo.

Las modas en el lenguaje son un poco como las del atuendo. Algunas voces o expresiones se prefieren a otras, pero no quiere decir necesariamente que las antiguas se olviden. Estamos en una época sinsombrerista, pero eso no quita para que cada uno se cubra la cabeza como quiera. Hace un siglo estaba socialmente reglamentado con qué se tocaba cada uno, según su sexo, edad y condición social. No era lo mismo una chistera que un bombín, una gorra, una boina o un pañuelo. Por lo mismo, la despedida tradicional de *adiós* parece que se ha olvidado un poco. Suena un tanto relamida y hasta religiosa (apócope de *queda con Dios*). En su lugar se prefiere el difuso *hasta luego*, aunque no haya muchas probabilidades de verse pronto otra vez. Más afectivos quedan los deseos de *nos hablamos* o *nos vemos*. Son expresiones traducidas del inglés, lo mismo que *estamos en contacto*. Parecen fórmulas simpáticas, al dejar ver que los interlocutores no quieren separarse. No está resuelto el modo de despedirse en una conversación telefónica. Viene bien el aviso de *venga* para indicar que va a ser la última frase. Las mujeres —más emotivas ellas— han introducido una fórmula de despedida particularmente amable: *besitos*. Es fácil observar que las mujeres recurren a los amagos de besos de despedida en las dos mejillas, sea con otras mujeres o con varones. Los varones siguen el rito si se despiden de mujeres (aunque ellos sean homosexuales), pero les cuesta arrancar con los amigos del mismo sexo. Es un extraño tabú que empieza a romperse ahora. Demuestra, además, que el comportamiento de varones y mujeres sigue siendo algo distinto en nuestra sociedad igualitaria.

Mi reino por una metáfora

Las palabras y las frases son comparaciones, aunque a veces solo de manera implícita. En el caso más notorio las llamamos *metáforas*, que en griego equivale a transportarse a otro sitio. Se trata de una figura literaria por la que designamos una cosa por semejanza con otra. Aquí voy a tratar ese término en el sentido más amplio posible, que incluye todo tipo de analogías, alegorías y comparaciones. Podría llamarse también *lenguaje figurado*. Esa necesidad de comparar o de establecer semejanzas implica, como queda dicho, que muchas palabras acarreen varios significados. El problema surge cuando esa polisemia puede llevar a confusiones, aunque también produce chistes o chascarrillos. Véase el caso de *escatológico*. Nada menos que significa estas dos cosas: (a) Lo relacionado con las postrimerías del hombre, lo que le ocurra después de fallecido. (b) Lo referido a los excrementos humanos. La confusión proviene de la dificultad de los españoles para pronunciar la “s” líquida. Véase, por ejemplo, lo arduo que resulta decir *stop*, una palabra tan repetida. En griego hay dos palabras parecidas: *skatos* (= excremento) y *esjatós* (= lo último, el más allá). En español se han juntado bonitamente. Una vez más, la posible ambigüedad es más que nada divertida.

La confusión puede provenir otras veces de un neologismo que signifique algo distinto de una palabra inveterada en la lengua autóctona. Es lo que se llama *falsos amigos* y yo he propuesto que se diga “parientes ficticios”. A lo largo de estas páginas se contienen numerosas ilustraciones sobre el particular. Una más y no será la última. La voz *aparente* significa “lo que parece y no es”. Pero ahora se ha importado la moda de su sentido en inglés: “lo que es evidente”. Son significados opuestos. Así que, cuando se oye o se lee el palabro, uno no sabe a qué carta atenerse. De momento, confundir “aparente” con “evidente” parece más bien una pedantería.

La metáfora es una forma de hablar o de escribir más usual de lo que se cree. No hace falta ascender a la excelsitud de los poetas. Nadie entiende el lenguaje corriente al pie de la letra, debido a la multiplicidad de sentidos que pueden tener las palabras. Así pues, el lector o el oyente interpreta el discurso imaginando que el autor ha querido decir algo más de lo que sugiere a primera vista. A veces se corre el riesgo de un juicio de intenciones, pero es algo que se realiza con normalidad. No digamos si se trata de un texto con valor literario o ideológico. Ejemplos arquetípicos pueden ser la Biblia y el Quijote, llenos de misteriosos significados ocultos. Ahí se ve muy bien qué poco sacaríamos de esos textos clásicos si los leyéramos al pie de la letra. Casi estaría mejor decir “al pie de la palabra”. Nada menos la Biblia nos dice que “en el principio fue la palabra” (*logos*), versículo que ha suscitado todo tipo de interpretaciones. Por lo menos justifica que los lingüistas constituyan la profesión más antigua del mundo.

El hábito de recurrir a las metáforas puede ser un acierto estilístico o un tostón. Todo depende de la circunstancia y el propósito. Si se quiere ser efectivo, y aun efectista, húyase de las metáforas reutilizadas. Es más, atrévase a armar otras nuevas incluso con materiales viejos. Pero recuerde que solo los poetas poseen el privilegio de tejer —o mejor, bordar— comparaciones o analogías inéditas. Escribió León Felipe: “Cervantes inventó la intrépida metáfora demiúrgica /mística / poética, dinámica / y mecánica también”. El zamorano observa la fuerza de “las palabras esdrújulas del castellano orquestal”.

Es proverbial la resistencia a comparar de los españoles. Hay distintas formas de hacerla explícita mediante frases hechas o pensamientos que se pueden llegar a considerar como filosóficos:

No se deben mezclar churras con merinas, las comparaciones son odiosas, eso no se puede ni comparar, no se puede comparar el culo con las témporas (o bien) la velocidad con el tocino, mejorando lo presente, eso no tiene nada que ver (con lo otro), qué tendrá que ver la gimnasia con la magnesia.

Recordemos que lo óptimo es lo que resulta *incomparable*. También se dice *no hay punto de comparación* para señalar que algo es muy bueno. El comerciante que hace ver grandes rebajas en sus artículos anuncia: ¡*Precios sin comparación!* A pesar de todo lo cual el camino seguro para entender cualquier cosa es compararla con otra.

La resistencia de los españoles a establecer comparaciones puede llegar al extremo del ridículo. Desciendo a un caso particular por haberlo vivido; de otra forma no sería creíble. Discutíamos en una tertulia de Intereconomía sobre la personalidad de Hugo Chávez, el tirano de Venezuela con ocasión de su muerte. Se me ocurrió argumentar que Chávez era comparable con Franco y otros dictadores, pero que los ganaba por el lado grotesco. Un contertulio, socialista él, arguyó que esa comparación mía era una muestra de franquismo y de desprecio a un dirigente democrático como había sido Chávez. Su argumento se reducía a que la operación de comparar era poco menos que fascista y que Chávez se etiquetaba a sí mismo como socialista y revolucionario. Mi réplica fue que otros varios dictadores han acudido también a esas identificaciones vacuas. Es más, al igual que el de Venezuela, a los dictadores les gusta mucho propagar la idea de que “hacen mucho por el pueblo”.

No deja de ser curioso que para muchas personas de la izquierda el vocablo *socialista* sea eminentemente meliorativo (polo A), cuando *nazi* o *fascista* son dicterios. La curiosidad está en que *nazi* es la apócope de *nacionalsocialista*. Por otro lado, el fascismo originario de Mussolini se derivó del socialismo. Pero esas son las comparaciones que irritan a los socialistas, y con razón.

Nos podríamos preguntar por qué para exponer una idea nos valemos de otro campo para establecer la oportuna semejanza o comparación. ¿No sería más práctico evitar ese meandro de la metáfora? Puede que sí, pero entonces habría que suponer que el discurso es solo para comunicar algo. Ya sabemos que el habla o la escritura

—aunque sea en su versión vulgar— cumplen otros muchos fines. Ahí es donde se introduce la tentación literaria que todos tenemos. Uno de sus principales vehículos es la metáfora, las analogías. Todos hacemos uso de esa floritura en el lenguaje cotidiano. Con mayor razón, los hombres públicos emplean metáforas a discreción; cuanto más brillantes y originales, mejor. Ahí le duele, porque lo fácil es echar mano del repertorio de comparaciones ya establecidas, algunas muy gastadas por el uso reiterado. En cuyo caso se traiciona el objetivo de lucirse o quedar bien, pues los hombres públicos raras veces son escritores. Además, también hay profesionales de la pluma que pasarían mejor por plumíferos o plumillas. Reconozco que lo de la pluma es una alusión un poco gastada, pero todavía da juego.

Normalmente, la analogía o la metáfora comparan una realidad con otra más asequible. Pero a veces el contraste puede resultar difuso. Por ejemplo, cuando se exige *estar a la altura de las circunstancias*. No hay forma de saber quién estima esa altura, con qué mediciones se hace y a qué circunstancias se refiere. Pero es maravilloso; todo el mundo parece entender el significado de una frase tan misteriosa y que tanto se repite. Es más, a veces basta con decir *estar a la altura*, lo que podría inducir a la perplejidad de un observador desapasionado.

Hay analogías hechas que se repiten por inercia, aunque no sean muy realistas. Por ejemplo, el *lobo solitario* se aplica a una persona insociable, que vive aislada. Pero el lobo es un animal muy inteligente que raras veces actúa solo. Su fuerza reside precisamente en el apoyo de la manada. Claro que esa explicación racional no sirve de gran cosa. Seguimos creyendo que hay lobos solitarios.

La palabra *metáfora* indica el traslado de la imaginación a otro círculo de ideas emparentadas con las que se expresan. Puede hacerse con distintos fines. Cabe el recurso poético, la suavización del discurso, el adorno erudito o, simplemente, la comodidad de copiar algo que ya está inventado. Así como los buenos escritores se distinguen por descubrir comparaciones nuevas, el lenguaje común acude a surtir del embalse de las metáforas trilladas. Hay algunos yacimientos de metáforas que son más socorridos y vistosos.

Tenemos el depósito de las voces relacionadas con la **Arquitectura**. He aquí algunas más sonoras:

Diseño, estructura, pilares, columnas, cimientos, fachada, alero, cúpula, construcción, base (básico, básicamente), cotas, andamiaje, apuntalar, piedra angular, plataforma.

Entiéndase bien que esos términos son metafóricos cuando no se aplican al campo propiamente arquitectónico sino a otros. En ese momento dejan de ser técnicos para integrarse en el lenguaje corriente. La metáfora arquitectónica tiene un gran éxito en el lenguaje público por la idea de solidez que dan siempre los edificios nobles. Nótese que en los telediciarios, dado que hay que ilustrar las noticias con imágenes, al mencionar las instituciones, se da el recurso del edificio correspondiente. El

televidente español ha contemplado miles de veces en la tele la fachada del Banco de España, del Tribunal Constitucional o del Congreso de los Diputados. Es un procedimiento más identificador que proporcionar la imagen de las personas — siempre interinas— que dirigen esas instituciones. El problema es que casi nunca vemos en la tele cómo trabajan los hombres públicos. Los contemplamos casi siempre delante de una cámara de televisión o de un micrófono. Ni siquiera se nos deja observar cómo son sus despachos. Esa Arquitectura interior sería mucho más interesante que la fachada de los edificios. Es curioso que *fachada*, en el lenguaje metafórico, es tanto como decir apariencia que disimula la realidad, por el ejemplo, la del carácter o posición de una persona. Es muy rico el lenguaje popular para hacer ver lo que no es. Ahí entraría también *plataforma* en el sentido político, que se dice de cualquier grupo minúsculo e inestable que intenta pasar por algo sólido.

Todavía dan más prestigio las analogías **matemáticas o científicas**, a pesar de lo rebuscadas que puedan parecer. He mencionado ya algunas. Veamos el bloque más completo:

El ADN (= el origen, la herencia, la causa última), *segunda derivada* (= digresión, consecuencia indirecta o no deseada), *salto cuántico* (= cambio no pequeño, aunque lo cuántico sea infinitamente pequeño), *agujero negro* (= algo misterioso, zona oculta), *mutación* (= cambio radical o espectacular), *parámetros* (= circunstancias, variables, mediciones), *analítica* (= análisis clínico), *óptica* (= punto de vista), *años luz* (= una gran distancia o diferencia), *ecuación* (= razonamiento), *caldo de cultivo* (= situación o ambiente propicios para un cambio), *segmento* (= de población), *sector* (= ramo productivo), *círculo* (= de intereses), *coordenadas* (= circunstancias), *triángulo* (= amoroso), *observatorio* (= no astronómico), *taller* (= no industrial).

En los casos anteriores la equivalencia que va entre paréntesis no es la definición científica sino la pista para entender su aplicación analógica. A los sociólogos nos ha dado por llamar *barómetros* (= aparatos para medir la presión atmosférica; en nuestro caso las opiniones) a las encuestas periódicas. También los denominamos *sondeos*, otro término de las Ciencias Físicas. Esas alusiones sirven para convencer al público de que nuestras mediciones son realmente científicas.

El prestigio de los términos científicos es tal que la decisión de hacer trampas con los dineros se denomina *ingeniería financiera*. Por lo mismo, las triquiñuelas para burlar una ley o una sentencia judicial se etiquetan como *ingeniería jurídica*. Propongo que la táctica de los terroristas para llegar a ostentar cargos públicos — previa jura de la Constitución— se denomine *ingeniería patriótica*.

Algunos de los terminachos científicos se introducen en el lenguaje común con escaso rigor. Puede incluso que se altere su sentido hasta hacerlos ininteligibles. Por ejemplo, *aforo*. Técnicamente es la capacidad teórica de las plazas que puede admitir un local por razones de seguridad. Pero en la práctica se puede utilizar ese término para indicar el número real de personas que han entrado en el local.

La mezcla del carácter enfático del lenguaje de los españoles con la tendencia al barroquismo nos lleva a que las metáforas **fisiológicas** tengan un gran predicamento.

Ahí van unas cuantas a cuál más expresiva:

A flor de piel, respirar por la herida, con el corazón en un puño, con el corazón en la boca, tener un nudo en la garganta, hacer de tripas corazón, encogérsele a uno el corazón, comer el coco, arderle a uno la cabeza, descabellado, descerebrado, ponérselos de corbata (los testículos), caérsele a uno el alma a los pies, caérsele a uno la cara de vergüenza, tener un morro que se lo pisa, estar mano sobre mano, sacar pecho, no dar su brazo a torcer, hacérsele a uno la boca agua, echar chiribitas por los ojos, ponérsele a uno los pelos como escarpías, alucinar, cortar por lo sano, abrírsele a uno las carnes, espina dorsal, columna vertebral, no tener pelos en la lengua, colmillo retorcido, hacer oídos sordos, de infarto, pinchar en hueso.

Si serán pesimistas los españoles que, cuando algo les sale bien o mejor de lo esperado, dicen que *se dan con un canto en los dientes*. No es fácil comprender tan absurdo y doloroso gesto. No es gran consuelo pensar que el primitivo rito de alegría era *darse con un canto en los pechos*. Incomprensible.

Los textos de **Medicina** abundan en expresiones populares para señalar lo que se observa en el cuerpo humano. Por ejemplo, *orina color coca-cola* como síntoma de una hemorragia urinaria, o también *de color fanta de limón* para indicar un cólico renal. Son innúmeras las metáforas ingeniosas de los médicos para comunicar en términos vulgares lo que ven a través del microscopio o de otros aparatos. Otros ejemplos:

Huesos de cristal (= muy frágiles), *masa de carne cocida* (= algunos cánceres), *cuero de bota* (= cirrosis), *arco romano o gótico* (= deformaciones de los ventrículos), *piel de naranja o saco de patatas* (= cáncer de mama), *racimo de uvas* (= mola hidatídica), *síndrome de Alicia en el país de las maravillas* (= alucinaciones), *ojos de conejo* (= tifus).

Así hay mil ejemplos más. Ese esfuerzo de popularizar los diagnósticos contrasta con el efecto contrario. Es el de redactar los informes médicos con tantos tecnicismos que el paciente no logra enterarse de en qué consisten sus dolencias. Algo parecido ocurre con los prospectos de los medicamentos. Puede que esa desinformación se busque precisamente para no alarmar, una táctica muy discutible. Una vez más se nos muestra aquí esa constante cultural de disimular, de hacer ver lo que no es.

Algunos términos médicos logran cierta popularidad, quizá porque *la salud es lo primero*, como suele decirse, aunque son muchas las conductas que van en contra de ese principio. Consideremos un término científico como *ablación del clítoris*. Es un rito crudelísimo que distingue a algunas tribus musulmanas del África oriental. Los españoles ajenos a la Medicina pueden referirse algunas veces a la *ablación* sin más, sin especificar qué órgano se extirpa. Se introduce aquí el tabú que impide mencionar una de las partes pudendas más íntimas del cuerpo femenino.

Hay más campos prestigiosos que proveen de metáforas elegantes. Por ejemplo, el mundo **náutico**, siempre tan vistoso:

Un torpedo en la línea de flotación, mar de fondo, hacer agua, mascarón de proa, llegar a buen puerto, carga de profundidad, contra viento y marea, la punta del iceberg, velocidad de crucero, hoja de ruta, deriva, calado, golpe de timón, viento en popa, aviso a navegantes, navegar por las redes sociales, tirar por la borda, singladura, coña marinera, estar en el mismo barco, buque insignia, marea (blanca, verde, etc.),

garete, derrotero, a todo trapo, abordar, embarcarse, cada palo que aguante su vela, zafarrancho de combate, donde hay patrón no manda marinero, ponerse al paio, traer al paio.

La lista anterior es heterogénea a propósito. No la he confeccionado con textos náuticos, sino que se ha ido formando al acumular lo que entra por los llamados medios de comunicación. Hay tres términos favoritos de la jerga semiculta: *hoja de ruta*, *deriva* y *calado*. Los tres dan un tono de seriedad a lo que se dice en las declaraciones de los políticos o los comentaristas. Un asunto de *gran calado* es algo para tomárselo en serio. No se sabe quién hace la medición de ese calado y qué escala emplea; pero no importa el detalle. La *hoja de ruta* es la que establece el capitán del barco en el diario de a bordo; nada más responsable. Uno de los capitanes legendarios fue el *capitán Araña*, que enrolaba a la tripulación y se quedaba en tierra. Por lo visto, hubo realmente un tal capitán Araña que reclutaba marineros en Sevilla para la conquista americana. La *deriva* es originariamente el desvío del rumbo del barco por efecto de las corrientes, los vientos y los errores de navegación. Es una palabra que se presta mucho a describir todo tipo de consecuencias no deseadas. El *aviso* es un barco pequeño de guerra que sirve como auxiliar, pero la expresión *aviso a navegantes* quizá proceda de los servicios de radio para emergencias. Antes de que hubiera radio comercial, ese invento se dedicó solo a la navegación. Una última adquisición es lo de *marea (blanca, verde, etc.)* para designar las manifestaciones monográficas: principalmente las del personal sanitario o de enseñanza. Los primeros van de blanco y los segundos de verde. Hay dos expresiones de sentido opuesto: *estar en el mismo barco* (= solidaridad) y *que cada palo aguante su vela* (= individualismo). Esa última analogía es bastante inexacta, pues las velas se aguantan por la estructura completa de los mástiles, jarcias y otros aparejos. El tecnicismo de *paio* (= con las velas desplegadas pero sin avanzar) sirve muy bien para el arte favorito de los españoles, que es saber fingir. El Quijote nos provee de numerosos ejemplos sobre tales tretas de simulación. Por eso es nuestra biblia nacional.

La metáfora **militar** da mucho juego para el propósito de énfasis; acompaña muy bien al lenguaje que quiere ser empresarial, directivo. Después de todo, la estructura militar —con la eclesiástica— fue el modelo primordial para la instauración de organizaciones efectivas. Veamos algunos términos:

Ofensiva, vanguardia, estar en el punto de mira, estrategia, táctica, logística, cuartel general, estado mayor, cuarteles de invierno, búnker, cabeza de puente, movilización, banderín de enganche, bala en la recámara, munición, lucha armada, comando, campaña, cese de hostilidades, tregua, francotirador, ataque, objetivo, ir con el paso cambiado, quemar el último cartucho.

Una expresión militar celeberrima es la frase que soltó el conde de Romanones hace un siglo. El sagaz político comprobó que, pese a las promesas en contrario, no había salido elegido para la Real Academia Española. Su comentario fue así de lacónico y expresivo: “¡Joder, qué tropa!”. En ese caso los académicos habían

desplegado todas sus artes de fingimiento.

Es conocida la tradición **jurídica** española. No cuenta solo la reputación de los jurisconsultos sino la familiaridad con los asuntos de leyes y juzgados que tienen los españoles del común. Así pues, no sorprenderá que ese campo sea otra mina para muchas metáforas, algunas muy culteranas, pero que todo el mundo entiende. Anotemos una pequeña muestra:

En tiempo y forma, a mayor abundamiento, habida cuenta, de obligado cumplimiento, sin que sirva de precedente, considerando, en última instancia, a las pruebas me remito, las generales de la ley, a sabiendas, momento procesal, terceros, sin perjuicio de, en otro orden de cosas, ilícito (sustantivo), a beneficio de inventario (= con despreocupación), agravio comparativo, contencioso (= conflicto), mandatario, en capilla, depurar responsabilidades.

Las metáforas en torno al **dinero** y la actividad **empresarial** se adscriben muy bien por la polaridad A-Z antes examinada. El retraso con el que la industria moderna se expande en España se traduce también en el lenguaje. Para empezar, en el castellano clásico la voz *industria* se acerca al polo Z. El diccionario de Covarrubias (1611) define así esa palabra: “Es la maña, diligencia y solercia (= astucia) con que alguno hace cualquier cosa con menos trabajo que otro”. Entramos en el círculo de la picaresca. A riesgo de ser pesado, insistiré en que ahí está una de las claves del supuesto carácter nacional: el arte del artificio.

Uno de los obstáculos culturales para el desarrollo de las organizaciones industriales en España ha sido de tipo ideológico. Me refiero a la tradicional resistencia a tratar el dinero como un necesario instrumento de desarrollo económico. Todavía en la vida actual persiste una cierta inhibición a hablar de dinero en las relaciones cordiales, al asociarlo con la codicia o la falta de escrúpulos morales. Ramiro de Maeztu (de la generación del 98) se refiere a dos maneras de considerar el dinero: (1) El *sentido sensual* o tradicional, por el que el dinero está para gastarlo, fundirlo y hacer ostentación de la posición social del sujeto. (2) El *sentido reverencial*, que considera el dinero como un instrumento para producir, administrándolo con austeridad y diligencia. Para Maeztu ese sentido reverencial es el que ha caracterizado a los vascos. (Habría que añadir el espíritu catalán junto al vascongado y tendríamos el cuadro completo, por lo menos hasta finales del siglo xx). El sentido sensual —sigue Maeztu— es el que ha predominado en España y ha sido la causa de nuestro rezago económico. Puede que sea una simplificación, pero es una idea luminosa.

La consideración “sensual” del dinero lleva a situarlo, paradójicamente, en el polo Z, según la terminología aquí empleada. Se habla así de *vil metal*, de la utilización egoísta de los intercambios como *moneda de cambio*. Vengarse de alguna jugarreta es *pagarle en la misma moneda*. A un individuo que se ha enriquecido, el pueblo lo considera como *podrido de dinero*. El todavía predominante sentido “sensual” del dinero hace despectivas muchas palabras relacionadas con los intercambios

comerciales: *tráfico, traficante, cambalache, especulador, intermediario, prestamista, mercader, mercachifle, negociante, trapicheo, fenicio*. Ahora habría que añadir *chino*. Es la última expresión de la mentalidad del hidalgo venido a menos, el que desprecia a los que se enriquecen. En las novelas sobre indianos ese tipo humano retrata el pariente pobre que se quedó en la aldea. El hombre se reconcome de resentimiento al ver el ascenso social del que se atrevió a salir de la tierruca y supo hacer las Américas.

Pocas personas habrán visto un telar y no sabrían distinguir la *trama* (= hilos paralelos a lo ancho) de la *urdimbre* (= hilos paralelos a lo largo). Sin embargo, la *trama* es una de esas voces favoritas para designar todo tipo de intrigas, confabulaciones, complots y operaciones secretas, a veces simplemente imaginadas. Ese término forma parte de la mentalidad conspirativa, tan del gusto popular. Sin llegar a tanto, produce cierta satisfacción referirse al abigarrado conjunto de empresas de un territorio como *tejido industrial*.

La **Economía** es la Alquimia de nuestro tiempo por la combinación de saber esotérico y la confabulación con el poder político. Los políticos todos deben poseer conocimientos económicos o al menos dominar la jerga. La cual sirve como edulcorante para suavizar las amarguras de los infortunios materiales. Veamos algunos términos de esa maravillosa jerigonza:

Ajustes: Decisiones de política económica para rebajar los ingresos de los trabajadores (*moderación salarial*), cierre de empresas (*reconversión industrial*), recortes en el gasto público. No suelen incluir un ahorro sustancial en los ingresos y los privilegios de los políticos. Desemboca en un aumento sistemático de los impuestos, tasas, multas, recargos, licencias, regularizaciones fiscales y todas las demás formas de exprimir el patrimonio del contribuyente.

Blanquear dinero: Se dice de distintas artimañas para hacer legal el dinero obtenido de forma fraudulenta. El origen de esa expresión está en los gánsters de Chicago de los años 20 del siglo pasado. Regentaban el negocio de lavanderías, lo que les proporcionaba una buena coartada para justificar ingresos en metálico que sumaban a los ilegales. Hoy el dinero se blanquea a través de finos procedimientos contables y mediante los paraísos fiscales.

Desarrollo sostenible: Ya me he referido a esa cándida expresión tan en boga. Es el crecimiento económico de un territorio en el que se procura respetar la naturaleza. En la práctica significa un desarrollo más oneroso para la población, pero muy benéfico para las organizaciones que lo promueven. Si se quiere decir que se trata de un desarrollo que se “sostiene” en el tiempo, la expresión es casi un pleonismo.

Políticas activas de empleo: Consisten en dar dinero público a los sindicatos, patronales y otras organizaciones para que monten cursos de formación para los parados. Su eficacia es más que dudosa, cuando no son más que arteras formas de corrupción. No se colige cuáles puedan ser las “políticas pasivas de empleo”.

Paraíso fiscal: Pequeños países o lugares que acogen el dinero que se evade de las obligaciones fiscales. Es una extraña noción de paraíso (en inglés *tax heaven*).

Subvenciones: Transferencias de dinero público a la economía privada (hogares, empresas, individuos, grupos de interés, partidos políticos, sindicatos, fundaciones, etc.) con la idea de fomentar la igualdad. El efecto suele ser el contrario: una general injusticia, aunque en algunos casos extremos (cercanos a la beneficencia) sean de agradecer.

Pingües beneficios: Son los réditos de un negocio. Es otro ejemplo de “epíteto perezoso”, ahora con un sentido abiertamente despectivo.

Las metáforas no se forman aleatoriamente, según los gustos personales. Se alimentan de diversas fuentes, cada una con sus nutrientes característicos. Por ejemplo, son especialmente luminosas las imágenes de la **tauromaquia**, al apelar a un sentido estético y arriesgado de la vida. Repasemos algunas:

Vergüenza torera: Es el pundonor extremo de un torero, que se aplica como modelo a otras muchas situaciones.

Tancredismo: La suerte antigua de don Tancredo era la de que el torero permanecía inmóvil sobre un escabel para burlar al toro. Se aplica en la política para el dirigente que se queda quieto viéndolas venir.

Venirse arriba: Momento en el que el toro, después de la primera impresión en contra, manifiesta su bravura. Se ha trasladado después a los deportes y a otras situaciones donde se valore el esfuerzo.

Hasta la bandera: Se dice de una plaza de toros en la que están ocupadas todas las localidades. Equivale al éxito completo de público en un espectáculo.

Brindis al sol: Gesto puramente teatral sin consecuencias prácticas.

Larga cambiada: Lance de capote en el que torero hace cambiar de dirección al toro. Fuera de la plaza es una conducta con engaño o evasivas.

Acoso y derribo: Acción de correr a caballo las reses bravas en la dehesa hasta derribarlas. Así se prueba su casta. De forma analógica es la persecución sañuda sobre una persona.

Adornarse: Exageración de los movimientos del torero con un criterio estético de lucimiento. Es clara la alusión en la vida corriente.

Faena de aliño: Pases de rutina o sin intención de lucimiento que preparan al toro para la suerte de matar. Se traslada a la táctica de resolver un asunto de la manera más expedita y pragmática.

A puerta gayola: Es un lusismo para describir la suerte arriesgada en la que el torero espera al toro cuando sale enfurecido del toril. Se aplica a cualquier conducta de mucho valor y riesgo.

Desplante: Acción del torero arrogante y descarada ante el toro para impresionar al público. Lo mismo en cualquier otra situación.

División de opiniones: Actitud del público en una corrida a favor o en contra, por mitades, de la faena de un diestro. Se aplica a cualquier fenómeno de opinión o de comportamiento del auditorio en un acto público.

Apretarse los machos: Ceñirse bien la taleguilla a las corvas del diestro antes de salir a la plaza. Equivale a prepararse bien para realizar una acción decisiva.

Salir por la puerta grande: Éxito triunfal del torero que sale a hombros de los aficionados por la puerta principal de la plaza. Se traslada al triunfo en cualquier cometido.

Hasta el rabo todo es toro: Hay que esperar pacientemente hasta el final de un proceso, de una secuencia temporal.

Ver los toros desde la barrera: No comprometerse o no involucrarse con el riesgo de alguna acción. Quedarse a verlas venir.

Coger el toro por los cuernos: Enfrentarse valientemente a una situación ardua. Tomar la decisión más arriesgada y que los demás no esperan.

Echar un capote: Ayudar a alguien a salir de un apuro, por ejemplo, enmendar alguna imprudencia o despiste de otro.

Entrar al trapo: Caer en la trampa que le tiende otro. Puede ser una trampa puramente dialéctica.

Cambio de tercio: Cambio brusco de conversación, de actitud o de circunstancias.

Lanzarse al ruedo: Adelantarse con mucho ánimo a una exposición arriesgada.

Más “cornás” da el hambre: Es una frase famosa atribuida a El Espartero, un torero muy valiente de finales del siglo XIX. Tuvo más de un centenar de cogidas y murió a causa de la última, entrando a matar. Es un principio que se aplica a las personas que provienen de un origen social modesto y toman decisiones arriesgadas.

Que Dios reparta suerte: Es la frase que deja caer el torero más veterano en el momento solemne de abrir el paseíllo y de santiguarse. Se puede aplicar a cualquier situación en la que se enfrenta un grupo a una acción arriesgada.

El **deporte** —como dedicación y sobre todo como espectáculo— se ha convertido

para los españoles en un mundo absorbente y ubicuo. Es el gran tema de conversación y el motivo fundamental de apasionamiento. La pertenencia a un club de fútbol imprime carácter, tanto como el origen social o geográfico. No es solo que las conversaciones cotidianas introduzcan la pasión *forofista*, sino que los comentaristas de los espectáculos deportivos son el demiurgo de todo un dialecto especializado. Ya su particular tono de voz (agudo, exaltado, épico) resulta inigualable. Además, sonríen más que los otros periodistas.

A través de los cauces dichos se dejan caer las analogías deportivas que se aplican luego con soltura en la vida cotidiana. Muchos de los rasgos que estamos viendo como característicos del lenguaje corriente se encuentran exagerados hasta la hipérbole en las transmisiones, crónicas, declaraciones y conversaciones sobre deporte. Por ejemplo, la expresividad, el sentido dramático, el abundante uso de anglicismos, el tono alto de voz, el gusto por las modas léxicas. Los deportistas y entrenadores de mayor renombre son verdaderos hombres públicos, pues se pasan el día haciendo declaraciones. Veamos una pequeña muestra de analogías deportivas en el lenguaje corriente:

Recta final (= la parte última y definitiva de un esfuerzo).

Matrimonio de penalti (= con la novia embarazada).

Triunfar por goleada (= con mucha ventaja sobre el contrincante o respecto a lo esperado).

Chupar rueda (= ser un segundón).

Estar fuera de juego (= despistado, mal situado, sin enterarse).

Tirar la toalla (= abandonar un empeño).

Poner a alguien contra las cuerdas (= acorralarlo, no dejarle escapatoria).

Lanzarse a tumba abierta (= tomar una decisión arriesgada).

No hay que bajar la guardia (= actitud de estar prevenido).

El deporte es un remedo de la guerra en el sentido de que es una relación de suma-nula (= uno gana, otro pierde). Esa condición acentúa el dramatismo de las competiciones deportivas y sirve de modelo para muchas relaciones profesionales o empresariales. Gregorio Salvador señala los dos elementos típicos de la actividad deportiva: el azar y la ética del esfuerzo. Ambos combinados nos dan una imagen cabal de la vida colectiva.

La **religión** ha sido parte constitutiva de la Historia de España. Últimamente nos hemos introducido en un mundo secularizado, pero ya esa palabra es de índole religiosa. Son innúmeras las expresiones populares en las que se alude a personas, objetos o instituciones del mundo sagrado. Aunque a veces puedan parecer irrespetuosas o incluso blasfemas, la verdad es que revelan muy bien esa constante religiosa que se precipita en el idioma español. Una muestra:

Vivir como Dios: Gozar de comodidad, de una buena posición, a ser posible envidiada por otros.

Armarse la de Dios es Cristo: Organizar una trifulca, como la del Concilio de Nicea, en 325, donde se aprobó el Credo después de fuertes discusiones.

Dios nos coja confesados: Temor de haber hecho algo mal o de que llegue un desastre, una gran pérdida,

de forma inminente.

Le sienta como a un Cristo un par de pistolas: Una situación ridícula, un atuendo extravagante o que no encaja bien.

Donde Cristo dio las tres voces: Un lugar remoto, aislado o de difícil acceso. El dicho se refiere al episodio bíblico en el que Jesús se retira al desierto y allí se ve tentado tres veces por el Diablo. Le propina tres respuestas decisivas.

Estar hecho un Cristo (o un Ecce Homo): Presentar un estado físico lastimoso.

Hacer el inri: Hacer el ridículo o permanecer en una situación penosa.

Fíate de la Virgen y no corras: Actitud irónica de desconfianza frente a una posible amenaza.

Esto va a misa: Es como asegurar que lo que se dice es verdadero o tiene muchas probabilidades de suceder.

Pagar religiosamente: Pagar lo debido de una forma correcta, puntual, interiorizando la deuda como una obligación moral.

Música celestial: Actitud de desprecio hacia lo que se oye como algo ajeno a los intereses de uno.

Adelante con los faroles: Se refiere a los faroles del paso de una procesión. Es una expresión para dar ánimo al que va a tomar una decisión.

Ojo al Cristo que es de plata: Es un aviso para tener un especial cuidado con algo valioso o que haya que tratar con delicadeza.

Acabar como el rosario de la aurora: Revela un estado de confusión, de pendencia y zapatista.

Ser un meapilas: Describe despectivamente la religiosidad ritual, fanática o tradicional de otra persona.

Quedarse para vestir santos: Se dice, con lástima o desprecio, de una mujer soltera y ya mayor.

Armarse un belén (o un cirio): Describe la situación de un escándalo, un lío o un conflicto ruidosos.

No estar muy católico: Equivale a tener mal cuerpo o algún achaque, no encontrarse bien de modo ocasional.

Alzarse con el santo y la limosna: Es una forma expresiva de criticar a alguien que, con astucia, se ha llevado algo que no era suyo, más, incluso, de lo previsto.

Írsele el santo al Cielo: Describe un acto fallido, un olvido inesperado, por ejemplo, respecto a una obligación o una tarea prevista.

Hacer un pan como unas hostias: Hacer algo mal, de forma desproporcionada o no prevista.

Comulgar con ruedas de molino: Indica una credulidad exagerada o la presión para ejecutar algún acto sin convencimiento.

Diluviar: Llover mucho, a cántaros, de forma torrencial.

Estar hecho un Adán: Presentarse de forma desaliñada, sin pulcritud.

Rasgarse las vestiduras: Es tanto como escandalizarse ostentosamente o para hacer ver el sentido de culpa.

Travesía del desierto: Se refiere a una experiencia larga y sacrificada, tras la cual se supone una recompensa.

Fariseo: Se identifica con una persona hipócrita que aparenta una rectitud que no tiene.

Tener más razón que un santo: Tener razón sin hacer alarde de ello.

Un término eclesiástico y solemne que se seculariza con frecuencia es *en sede*: vaticana, parlamentaria, judicial, etc. Teóricamente equivale a decir que es donde reside una autoridad, pero se aplica a cualquier institución. Por ejemplo, los partidos o los sindicatos también tienen sedes. Solo falta que los aparcacoches establezcan también su sede.

Caben algunas dudas sobre la expresión metafórica *punta de lanza*, que puede significar tanto la vanguardia de una acción como el rigor con que se acomete. Pero lo que resulta más difícil de entender es la imagen de *a punta de pistola*, que tantas veces se repite en la crónica de sucesos. Es evidente que las pistolas no son objetos punzantes, por lo que dicha expresión no tiene mucho sentido. Pero todo el mundo la

entiende, quizá por la analogía de las amenazas más tradicionales con la punta de una navaja.

Hablando de armas, qué extraña resulta la imagen del *arma arrojadiza* como amenaza de un argumento taimado o dañino. Si bien se mira, las armas arrojadizas no causan mucho daño, pero la locución se ha impuesto como una forma de ofensiva particularmente artera y peligrosa. No me extrañaría que interviniera aquí el sentido infamante del sonido “z” que tantas veces emponzoña el lenguaje. Ya me he referido a ello (capítulo 1).

El *interfecto* es el muerto en una refriega con la Policía o en cualquier otra acción violenta. Su significado es bien técnico, pero el pueblo se apropia a veces de esos terminachos que oye en los juzgados para darles un sentido trastocado. Así, en el lenguaje coloquial, un *interfecto* acaba siendo un tipo cualquiera del que se habla en una conversación. Puede que sea un madrileñismo o un residuo de la jerga jurídica que se populariza.

Una alusión muy socorrida en todo tipo de debates, negociaciones y similares es *poner encima de la mesa*. Puede que no haya tal mesa, pero se entiende que es una propuesta, un tema de discusión. La *mesa* es ya un uso metafórico cuando se refiere a los que presiden un acto público. *Mesa redonda* no quiere decir que tenga ese diseño, sino que agrupa a varios intervinientes en plano de igualdad. En la práctica se elige ese término cuando el organizador del acto desea evitar el coste que supondría invitar a un único conferenciante y al que habría que pagarle. La contrapartida es que la conferencia de una persona hay que prepararla, mientras que la mesa redonda requiere menos trabajo por parte de los que intervienen. Si bien se mira, se suele parecer mucho a una tertulia abierta al público. Su objetivo tácito es dar realce a la entidad organizadora. Los participantes aceptan su papel —normalmente a título gratuito— porque se supone que así adquieren notoriedad. Es una buena táctica para los intervinientes noveles.

Hay una razón definitiva para que se introduzcan metáforas en el discurso. A los españoles les gusta hacer literatura al hablar, incluso en el lenguaje coloquial. Esa inclinación parece contradecir el principio de economía del lenguaje, por el que se trata de pensar lo menos posible a la hora de hablar. Pero no es tan contradictorio como parece, pues resulta muy fácil recurrir a las metáforas gastadas por el uso. Es el mismo ardid del que se vale Sancho Panza con los refranes para ocultar su simpleza y presumir de experiencia. Luego tan simple no era el escudero.

Alto y claro, en vivo y en directo

Una expresión muy corriente del barroquismo en el lenguaje coloquial —y también en el culto— es el recurso a dos palabras que se unen por la copulativa “y”. Normalmente bastaría con una de ellas o con otra diferente que subsumiera a ambas. Pero eso sería abjurar de la índole barroca del discurso. Esas **reduplicaciones copulativas** son expresiones muy populares que sirven para dar énfasis a lo que se dice. Hay aquí una deliciosa ambigüedad. La “y” copulativa puede cumplir efectivamente esa función de reconocer la semejanza entre dos términos, pero también puede indicar que une dos dispares. Veamos algunos ejemplos de ambas funciones. Primero, las reduplicaciones propiamente copulativas, todas ellas muy populares:

De su puño y letra (= manuscrito).
Todos y cada uno (= todos).
Como coser y cantar (= fácil).
Puro y duro (= en sentido estricto).
Única y exclusivamente (= solo).
Con uñas y dientes (= con fiereza, determinación).
Al fin y a la postre (= finalmente).
En vivo y en directo (= en directo, no grabado).
Contante y sonante (= dinero en metálico).
A imagen y semejanza (= semejante).
Dimes y diretes (= habladurías).
Deprisa y corriendo (= deprisa).
Corriente y moliente (= común, ordinario).
De tomo y lomo (= de consideración).
Alto y claro (= enfático).
De modo y manera (= de manera).
Para dar y tomar (= en abundancia).
Vagos y maleantes (= delincuentes).
En tiempo y forma (= legalmente).
Pese a quien pese y caiga quien caiga (= inexorablemente).
Lisa y llanamente (= sencillamente).
Vivito y coleando (= con vitalidad).
Primero y principal (= primero).
(Hablando) mal y pronto (= de forma abrupta, sin rodeos).
De mírame y no me toques (= sumamente delicado).
Acoso y derribo (= persecución).
A lo largo y a lo ancho (= en toda la extensión).
Largo y tendido (= extensamente).
Lo cierto y verdad (= ciertamente).
Honesto y honrado (= moral).
Retos y desafíos (= emulación).
Total y absoluto (= completo).
De rompe y rasga (= resuelto).
Raudo y veloz (= con diligencia).
Hecho y derecho (= maduro).
Genio y figura (= carácter).

Como queda dicho, hay otras reduplicaciones con la “y” que tienen más bien una función adversativa o de contrastar dos elementos contrarios. Ejemplos:

Propios y extraños (= todos).

Nada más y nada menos (= enfático).

Grandeza y miseria (= vicisitudes).

Moros y cristianos (= judías pintas con arroz, un revoltijo).

Luces y sombras (= reparos).

Pequeñas y medianas empresas (= empresas modestas).

Cara y cruz (= las dos opciones).

Las reduplicaciones vistas —y más que se podrían aportar— contribuyen a dar al lenguaje un cierto colorido muy del gusto barroco. Al ser expresiones automáticas permiten tejer el discurso sin tener que pensar mucho. Entre paréntesis he puesto la significación más concisa, pero resulta mucho menos expresiva. El laconismo no es virtud que se premie en la vida de relación de los españoles.

Una virtud de las reduplicaciones es que con ellas se hace el discurso más florido. Es lo que interesa especialmente en el lenguaje de los hombres públicos, de modo especial los políticos. En el capítulo 5 me voy a referir con detalle al politiqués, del cual he avanzado ya algunas muestras. Una de las técnicas de ese dialecto es la de utilizar a placer el enlace de la “y”. Un ejemplo. Al tiempo en que esto se redactaba, el presidente de una comunidad autónoma proclamó un decálogo para exponer los principios que habían de regir la llamada “financiación autonómica”. La técnica es muy sencilla. Consiste en enunciar principios con los que todo el mundo va a estar de acuerdo porque nada significan: solidaridad, colaboración, etc. Pero lo más interesante es que algunos de esos principios se enuncian con la fórmula de las reduplicaciones copulativas. Veamos: *sistema claro y transparente, criterios justos y equitativos, reglas ecuánimes y actualizadas, políticas de austeridad y cumplimiento del déficit*. Se colige perfectamente que de ese modo el documento no va a encontrar muchos reparos.

El ascendiente de la “y” es tal que, en los programas informativos de la radio o la tele, muchas noticias se cuentan con una “y” por delante. Ese recurso no significa que esa noticia se enlace con la anterior. Se hace esa filigrana para adornar el parlamento. O se hace simplemente por inercia. He comprobado muchas veces que esa “y” no suele estar en el texto que lee el presentador. Luego la añade de su cosecha. Nadie me ha sabido decir por qué.

No es que haya que desterrar la “y”, por muy exótica que parezca. El castellano ha alcanzado cotas sublimes con ese recurso, combinado sabiamente, incluso, con otro vicio del lenguaje, que es el uso del gerundio. Véase el consejo de San Juan de la Cruz: “Y adonde no hay amor, ponga amor y sacará amor”. O su famoso cántico: “Mil gracias derramando / pasó por estos sotos con presura; / y, yéndolos mirando, / con solo su figura, / vestidos los dexó de hermosura”.

La lista de reduplicaciones copulativas no se imprime para vilipendiarla. Antes bien, la gracia está en copular con acierto las palabras que merecen esa unión. Pero sea todo con medida. La reiteración es lo que fatiga y más aún el dejar caer esas parejas de vocablos por rutina, a troche y moche. Ahí tenemos otra, *a troche y moche*, de trocear y mochar (= cortar). Es una operación nada fina en las labores de los que podan los árboles o parten leña. A propósito, nada más racional que *hacer leña del árbol caído*, por lo que esa metáfora que indica crueldad no parece muy feliz. La rima fácil de *a troche y moche* sirve para dar fuerza a la acción, para recordar mejor la frase hecha. Quien ha partido leña de la poda sabrá lo que digo; y si no, que se lo imagine. Siempre puede sustituir esa pareja por otra de la misma índole: *a tontas y a locas*. Se cuenta que Jacinto Benavente, invitado a dar una charla en una asociación cultural femenina, empezó así su disertación: “No he venido a hablar aquí a tontas y a locas”. El lector de este libro ya se habrá percatado de que en el título campea una frase hecha, *hablando mal y pronto*, solo que la he descoyuntado. Es lo mejor que se puede hacer con algunas frases hechas, incluso con refranes: darles la vuelta como a la tortilla.

ANALFABETOS FUNCIONALES PERO LOCUACES

Hay que seguir abundando en la retórica del lenguaje semiculto, tan fascinante. La “retórica” no es aquí el arte de persuadir con un discurso eficaz (polo A) sino la expresión artificiosa (polo Z). El “lenguaje semiculto” alude al discurso de los hombres públicos, el que pasa por instruido o solemne, pero deja mucho que desear. Su variante más divertida es el *politiqués*, la forma de expresarse de las personas que salen mucho por la tele tratando de arreglar el país. Una variante más modesta puede ser el *tertulianés*. De todo ello hay que hablar.

A los efectos de este texto, un hombre público es una persona que hace declaraciones de manera habitual y que se recogen en los medios de comunicación. Las declaraciones son opiniones que esa persona no tiene más remedio que hacer para mantenerse en su posición. Es un género tedioso pero influyente. Ese discurso no busca razonar ni convencer; pretende solo “dar titulares” a la prensa. Lo malo es que hay comentaristas (periodistas, escritores, tertulianos) que pasan por independientes y que, al expresar sus opiniones, más parecen declaraciones. La prueba es que eso que proclaman resulta bastante previsible. Es un hecho tan corriente que no suele llamar la atención, pero puede resultar penoso a los ojos del público instruido y con una miaja de sensibilidad.

No es tan tajante como parece la distinción entre lenguaje culto y popular por lo que se refiere al cumplimiento de ciertas normas gramaticales o de estilo. Nos encontramos con muchas personas con carrera que hablan o escriben de modo descuidado e incluso que cometen dislates léxicos. En esos casos nos podemos permitir la ironía de integrarlos en la categoría de hablantes semicultos. Es la misma razón por la que algunas personas de posición acomodada gustan de salir de casa con un atuendo informal, incluso deportivo. Es decir, el uso de un lenguaje vulgar y chocarrero por parte de personas instruidas se puede hacer a conciencia, sin mucho recato. Paradójicamente, esa decisión la toman para presumir, destacar, llamar la atención. Los escritores avezados los podrán calificar de “analfabetos funcionales”, pero resulta que suelen ser bastante locuaces y a veces hasta brillantes.

No se debe concluir que los hombres públicos en España —políticos, periodistas, tertulianos, famosos y algunos más— maltratan el idioma de forma deliberada. Lo que sucede es que sus parlamentos son continuos y llegan a todas partes. Pero sus abusos o disparates léxicos son muy semejantes a los del resto de los contribuyentes. Claro que, por ser hombres públicos, se les debe exigir una pizca suplementaria de ejemplaridad. El respetable los considera personas cultivadas y en realidad lo son. Por eso mismo destaca el maltrato que pueden ocasionar a la indefensa lengua

española.

Es muy difícil mantener la excusa de la ignorancia a la hora de registrar los atentados contra el idioma que cometen impunemente los hombres públicos. Si la causa fuera el desconocimiento, tratarían de enmendarse, como hacemos todos con las equivocaciones que cometemos. Por otro lado, si algo caracteriza a los hombres públicos españoles es su larga formación universitaria. Así pues, dado que los dislates no pueden atribuirse a la ignorancia, habrá que buscar otra explicación. A estas alturas va quedando claro que, si se retuerce el discurso de los hombres públicos, es porque les conviene. Por eso no hay arrepentimiento ni propósito de enmienda. El parlamento de muchos tertulianos y políticos propende al engolamiento y a la afectación porque así pasan por instruidos, expertos. No les interesa la claridad y sí la jactancia de sentirse superiores. Para ello lo mejor es hablar mucho y decir poco. La facundia es algo que da mucho predicamento. El español corriente se admira del discurso —que no entiende muy bien— del médico, el abogado, el juez y otros profesionales. Con mayor razón se extasía ante la labia del político o el tertuliano que peroran ante un micrófono o una cámara de televisión.

Es de maravillarse el uso generoso que hacen los escritores —sobre todo profesores— de las citas de pie de página. No son lo que parecen, esto es, argumentos de autoridad o estímulos para que los lectores se documenten más. En todo caso esos serían los fines expesos. Los latentes son más poderosos. A saber, las citas sirven para dar seguridad al escritor. Por eso se prodigan más en los autores noveles, en los principiantes. El caso más ostentoso es el de las tesis doctorales. Diríase que ahí las citas son para impresionar al tribunal, objetivo difícil de cumplir. De forma más general las citas sirven para que el escritor se envanezca, principalmente ante las personas de su círculo próximo. Ese lenguaje culto interesa menos para el propósito sociológico de explicar lo que ocurre en la sociedad más amplia. Lo que importa mucho más aquí es el lenguaje semiculto, el hablado o escrito que se dirige al público en general. Lo representan muy bien los políticos más vocales, pero también los que viven de criticarlos, ensalzarlos o interpretarlos.

Priorizar las sinergias sostenibles

El lenguaje semiculto ha ido incorporando con mimo de coleccionista un repertorio de **palabras comodín**. Se caracterizan por tener un difuso carácter científico, pero sirven para muchos fines. Pueden ser verbos, sustantivos o adjetivos, de tal forma que, combinados, puedan dar lugar a frases de apariencia profunda. Pero, de tanto repetir esos vocablos, pueden llegar a convertirse en muletillas huecas. No obstante, ese resultado resulta un atractivo para el hombre público. La razón es que le conviene enunciar un discurso con el mayor número posible de palabras y el menor número de ideas. Es la combinación perfecta para no ser zaherido por los críticos, en definitiva, para que no peligre su puesto. Veamos algunas de las palabras comodín, agrupadas en tres bloques:

(a) *Verbos: Profundizar, configurar, conformar, consolidar, potenciar, asumir, apostar, generar, gestionar, compartir, priorizar, evidenciar, monitorizar.*

(b) *Sustantivos: Contundencia, reflexión, herramienta, mecanismo, ámbito, escenario, actuación, sinergias, parámetros, entorno, confianza, solidaridad, relato, escenificación, intangibles, fortalezas, habilidades, impacto, marco.*

(c) *Adjetivos: Global, sostenible, contundente, potente, propio, multifunción, multiuso, multifacético, polivalente, exponencial, sistémico.*

Veamos cómo se pueden combinar los tres bloques para componer frases redondas y hasta rimbombantes. Solo son ejemplos hipotéticos:

“Vamos a profundizar en un ámbito global y potente”.

“Se trata de configurar un escenario sostenible y multifacético”.

“Hemos de generar y consolidar una actuación contundente”.

“Apostamos por las sinergias y los impactos polivalentes”.

“Monitorizar el relato sistémico es posible”.

Con el mismo procedimiento combinatorio se pueden redactar párrafos enteros. Son tantas las posibles mezclas que se puede uno imaginar la formación de un nuevo lenguaje artificial, como en su día fue el esperanto. George Orwell lo llamó “neolengua”. Todo está inventado. Las frases que he puesto no quieren decir mucho, o nada, pero poseen la gran ventaja de que nadie va a contradecirlas. Es más, puede que suenen bien a mucha gente, precisamente por esotéricas. Así pues, misión cumplida.

Tampoco hay que hacer ascos de muchos vocablos y expresiones de la jerga politiquesa. Habrá algunas caprichosas y pedantes, pero otras vienen bien para entender el peculiar negocio de la política. El cual consiste en llegar a gobernar un país o una institución para utilizar con soltura el dinero público. Por tanto, no nos extrañe después que los políticos conjuguen con naturalidad ese extraño verbo de *priorizar*, que no existía en tiempos de María Moliner, insigne lexicógrafa por libre. Puesto que los dineros públicos son escasos por naturaleza, el gobernante debe

priorizar el gasto. Eso quiere decir que se establece un orden de preferencia o de precedencia para asignar partidas presupuestarias. Lo malo es que ese buen propósito de priorizar —de hacer justicia, vaya— se contamine con todo tipo de subterfugios y trampas. Lo que es peor, en seguida se produce el abuso de justificar cualquier decisión porque siempre se prioriza algo que estaba preterido. Ahí es donde entra el politiqués con toda la trompetería. ¿Quién va a discutir una decisión política que priorice la libertad, la seguridad o cualquier otro valor indiscutible? En la práctica puede ser una forma retórica para revestir que se conceden subvenciones a unos y no a otros. Todo legal, desde luego.

En la jerga de los hombres públicos abundan los verbos que se construyen con los prefijos “de”, “des” o “dis”, cuando implican una negación de la palabra que sigue. Una pequeña muestra:

Decodificar, deconstruir, defraudar, degradar, demonizar, depurar, desacelerar, desbloquear, descalificar, descongestionar, descontaminar, descontextualizar, desestimar, desgravar, desinvertir, desmentir, despolitizar, desregular, discriminar, deslocalizar.

Son verbos de moda en el lenguaje público. Su atractivo se debe a que suelen implicar un cierto efecto dramático, que es lo que buscan transmitir los discursos de los hombres públicos o las noticias sobre ellos. No se vea ninguna predisposición personal contra los verbos con el prefijo negativo. He apuntado solo los que me parecen abusivos por novedosos y pedantuelos. Hay otros que son una maravilla expresiva. Por ejemplo, uno de mis favoritos es *desahogarse*: “aliviarse uno de una angustia o desasosiego exponiéndolos”. No es una acción que practiquen mucho los hombres públicos.

Un verbo primoroso de la parla pública es *asumir* con un significado sobremanera difuso, que es de lo que se trata. La expresión manida es *asumir responsabilidades*, que resulta compatible con la decisión que toma un político corrupto o venal de no dimitir. Ese último verbo ni siquiera se conjuga en la parla política. Se prefiere *cesar*, que, a su vez se hace afín erróneamente a *destituir*. La transmutación no es inocente. Se ha perdido la costumbre de *cesar* en el sentido auténtico de *dimitir*.

La ambigüedad que reina en torno a la heroica acción de *dimitir* ha hecho que se incorpore la perífrasis de *poner el cargo a la disposición* de quien corresponda, una persona más encumbrada. Ese cargo más alto puede aceptar o no la petición. El eufemismo es una comedia, pues nadie puede obligar a otra persona a dimitir. Si lo consigue es que el dimisionario realmente no quería dejar el puesto. Se comprende ese apego a las amenidades del poder.

El *entorno* no es solo una vaga referencia a lo que rodea al sujeto. En sí mismo puede ser una forma difusa de espacio. Es algo así como el medio donde se mueve la operación a la que se refiere y otras muchas relacionadas con el poder. Por ese lado puede sustituir a *ámbito*, un término igualmente indefinido, pero del que se abusa en

el lenguaje de los hombres públicos y los expertos de cualquier cosa.

Las palabras comodín adquieren esa cualidad porque son útiles para un roto y para un descosido. Importa menos su significación precisa. Por ejemplo, *parámetro* puede equivaler caprichosamente a criterio o aspecto; *exponencial* a algo que sea grande o llamativo. Los auténticos significados matemáticos se consideran irrelevantes. Basta con que esos vocablos grandilocuentes suenen bien.

El discurso de los hombres públicos requiere la ambigüedad y la jerigonza por la complicada razón de que así van a tener que desdecirse menos. Es difícil criticar lo que no se entiende bien. Aunque en el fondo lo que explica ese galimatías es que da prestancia social. El pueblo siempre ha admirado a los picos de oro, a los que hablan como los ángeles, aunque a veces no se les entienda. En el mundo de los intelectuales pasa algo parecido. Hay veces en que el reconocimiento máximo pasa por escribir de forma arcana. Lo ininteligible parece sublime.

El tertulianés: dicho lo cual, punto número uno

Son muchas las instituciones o situaciones que en nuestra sociedad parecen diseñadas para que unos convencan a otros. Pensemos en los debates de los Parlamentos o de los medios de comunicación, las conferencias, mesas redondas y tertulias. El resultado es desolador visto desde la barrera de lo que llamamos audiencia. Pocos son los que se dejan convencer por los argumentos de quienes han intervenido antes y no son de su cuerda. La explicación de ese aparente fracaso es que no se habla públicamente para convencer a nadie, sino para reafirmar las ideas propias de los que intervienen en el debate. Es decir, no se razona para el contrincante, ni siquiera para el público, sino para uno mismo. Las afirmaciones anteriores quizá sean exageradas y admiten muchas excepciones, pero yo soy perito en tendencias.

En un grupo de conversación o debate de carácter formal —un jurado para un premio, una junta de vecinos— se suele producir un efecto casi automático. Se establece en seguida una suerte de estratificación desde la posición más encumbrada a la más subalterna. Ese orden señala el derecho a intervenir más veces y con más tiempo, a proponer las cuestiones que se deben tratar, a hacer comentarios humorísticos. En resolución, el intercambio de opiniones sirve para establecer quién es el que manda, como se dice en el cuento de *Alicia en el país de las maravillas*.

El problema con las **tertulias** de la radio o de la tele es que se muestra una estratificación simple: el moderador y todos los demás. Esa aparente igualdad de los tertulianos hace que se vean obligados a intervenir el mayor tiempo posible para así asegurar su permanencia en el programa o en otros parecidos. La consecuencia es el pandemónium que a veces se monta cuando los tertulianos se interrumpen o hablan varios a la vez. Habrá que volver sobre ese extraño efecto. La extrañeza proviene de la contradicción que supone pretender más audiencia y al tiempo espantarla con esas prácticas de confusión. ¿Será que al público le gusta la zapañista?

Es fácil convenir que empleamos la lengua para comunicarnos y tratar de convencernos. Pero ¿por qué necesitamos esa comunicación y ese convencimiento? Son razones varias y sencillas: para imponer nuestro modo de pensar, tener razón, convencer a los otros de que cambien de parecer y adopten el nuestro. Somos animales polémicos que practican el arte de la persuasión, esto es, la retórica. Desgraciadamente, no hay palabra para el sentimiento de tener razón y de imponerla, pero se trata de una forma universal de placer. La actual popularidad de las tertulias de la radio o la tele se debe a que los oyentes o espectadores eligen a los tertulianos que les resultan más convincentes o afines. Eso explica que los organizadores de algunas tertulias gusten de mezclar opinadores de distintas ideas para sí ampliar todo lo posible el volumen de la audiencia. Pero los oyentes o espectadores conocen el truco y pueden desencantarse de ese pluralismo tan artificioso. Lo que queda más

claro es que hay que poner un punto de humildad a la pretensión de que los tertulianos vayan a generar opinión. En todo caso la reflejan, y aun eso es mucho suponer. Los oyentes o espectadores no son una especie de *tábula rasa* en la que se van a imprimir los argumentos que oyen. Antes bien, suelen ser personas con unas ideas previas bien establecidas que buscan la confirmación en los tertulianos que les resultan simpáticos.

Insisto en la extraña contumacia de que los contertulios pugnen por tomar la palabra y mantenerla todo el tiempo posible. Dado que casi todos siguen la misma táctica, el resultado es a veces una jaula de grillos en la que varios intervinientes hablan —y a veces gritan— a la vez. Aunque esa situación de solapamiento puede llegar a ser muy confusa, no es fácil que los intervinientes cedan. Da la impresión de que parten de la sorprendente presunción de que tiene más razón el que acapara más turnos de palabra y emplea más tiempo en ellos. Hay otro hecho no menos extravagante. Algunos extranjeros más curiosos que nos visitan suelen observar una rara cualidad de los españoles en grupo: pueden mantener varias conversaciones a la vez. Esa es la razón por la que en las tertulias o similares no se respetan los turnos de palabra. Es decir, antes de que uno concluya de hablar, el contrincante empieza su réplica sin contemplaciones. Lo más probable entonces es que se anime un tercero a meter baza al mismo tiempo. Da la impresión de que todos hablan a la vez y nadie escucha. Sin embargo, preciso es reconocer que el espectáculo suele resultar atractivo.

¿Por qué se practica tan poco el arte de escuchar en muchas tertulias? Muy sencillo. El tertuliano medio sabe que su oficio es el de opinar o informar con la ingenua creencia de que así *genera* opinión. Esa actitud, combinada con cierta tiesura, resulta incompatible con la disposición de escuchar. Cuanto más se asciende por la escala de la reputación de hombres públicos, menos se escucha. El resultado es paradójico pero real. Quienes más necesitados deberían estar de recibir información, menos se enteran de lo que dicen los demás.

Hay numerosos trucos para conseguir hacerse con el turno de palabra en una tertulia. Destacan los siguientes: elevar el tono de voz, quitar la palabra al otro *por alusiones*, hacer gestos ostentosos de desacuerdo, decir *niego la mayor*. Eso último quiere decir simplemente que uno está en radical desacuerdo con el otro. Un argumento equivalente es el de *ese es otro debate*. Los más dialécticos saben interrumpir con la cláusula de *una previa*. Una vez arrebatado el turno de palabra, la cuestión es ahora impedir que otro contertulio emplee las mismas tácticas. Para ello hay también algunas argucias dialécticas. Por ejemplo, después de un largo parlamento, añadir *dicho lo cual*. Es una forma de indicar que lo mollar viene a continuación, por lo que habrá que dejarle seguir hablando. Otra artimaña es iniciar la intervención con un *en primer lugar* o *punto número uno*. Los interlocutores serían

muy descorteses si no esperaran con paciencia el argumento *en segundo lugar* o el *punto número dos*. Puede haber más puntos. Si se empieza diciendo que se van a dar *tres razones* para apoyar lo que sea, el moderador no tendrá más remedio que dejar que las exponga. El truco se refuerza porque alguna de las razones puede tener varios apartados en una especie de juego de las muñecas rusas. Una treta muy común es hablar muy deprisa, comiéndose algunas sílabas e incluso palabras enteras, y con las mínimas pausas posibles. Así parece que el interviniente tiene cosas interesantes que contar y, por tanto, no debe ser interrumpido. La paradoja es que, desde el punto de vista de los interlocutores o de la audiencia, esa forma de hablar puede resultar exasperante. De ese modo se consigue lo contrario de lo que se pretende. Mas no importa mucho. Las personas que hablan muy deprisa dan la impresión de estar informadísimas y que tienen muchas cosas que contar. Es algo que admiran mucho los connacionales, aunque es el desespero de los extranjeros que tratan de mejorar la lengua española.

A punto de agotarse el turno de palabra, el interviniente se ve asediado por los gestos de los que van a interrumpirlo. Ante esa amenaza, le queda un último cartucho en la recámara para proseguir su discurso: decir con gesto humilde y *con esto termino*. Es el momento en que se ve asaltado por el más decidido que está dispuesto a solaparse con su discurso. Cabe todavía in extremis un recurso desesperado: alegar *yo no te he interrumpido*. Es inútil; su turno se ha agotado.

En una cultura sincrética como la que ahora nos envuelve, el que manifiesta una opinión en público, por muy experto que sea, no debe parecer soberbio. Para ello se auxilia de la cláusula *a mi juicio*. Hay quien la extrema al decir *en mi modesta opinión*. Es otro truco retórico para que el tertuliano reciba la atención de los interlocutores o de la audiencia. Se podría considerar descortés el no escuchar con benevolencia al que expresa una opinión tan humilde. Una regla interpretativa para el espectador o el oyente: el opinador que repite lo de *a mi juicio* suele responder al interés de la organización que representa. A veces esa representación es solo tácita, pero no por ello menos efectiva.

En las exposiciones de los tertulianos hay un recurso muy efectivo y efectista. Lo emplean los que llamo irónicamente hoplitas o turiferarios de un partido político cuando aparecen como invitados regulares en una tertulia. Son personas que no necesitan tener cargo orgánico para defender los intereses del partido en cuestión. Como es lógico, los más duchos se esfuerzan por aparentar independencia. Para ello utilizan el ardid retórico al que me refiero: la construcción de la frase fundamental en forma adversativa. Por ejemplo, al referirse a un político del bando contrario dirán algo así: “Que conste que me parece un tipo absolutamente honesto, pero...”. Se enfatiza mucho la adversativa para señalar que lo sustantivo es lo que viene a continuación, una crítica feroz. Si nos fijamos bien, la cláusula adversativa anula la

anterior. Hay que saber hacerlo con maestría.

El *estamos hablando* es otro latiguillo en todo tipo de declaraciones, debates y tertulias. Puede que sea una contaminación más del inglés. Se trata de una treta para centrar la atención en lo que el sujeto quiere manifestar o defender. A veces funciona como una introducción para dejar caer luego un dato estratégico.

En los debates solemnes (por ejemplo, los de las Cortes) se conjuga mucho el verbo “decir” como forma de introducir una frase sustantiva. Es un calco más del inglés. Hay distintas fórmulas: *le voy a decir, le diré, le digo, déjeme que le diga*. Funcionan como otros tantos procedimientos para pedir tiempo o para solicitar atención.

Una palabra que emplean mucho los tertulianos es *argumentario*, algo así como el depósito de las ideas o argumentos que uno puede manejar. El vocablo es horrible y el concepto, peligroso. El argumentario se podría comparar en muchas ocasiones a las consignas que daba el mando en el antiguo régimen autoritario para que se repitieran y elaboraran en distintas ocasiones. No es algo propio de un sistema democrático, si bien se sospecha que los partidos políticos actuales confeccionan una especie de argumentario para que sus *terminales mediáticas* las reproduzcan. La sospecha de que eso es así se corrobora porque los turiferarios que digo recurren a las mismas comparaciones, imágenes y argumentos para defender a los suyos. La existencia de un argumentario resulta humillante para un opinador que quiera ser independiente. Los argumentos no se deben llevar en un carcaj para lanzarlos según convengan.

Es evidente que una tertulia de la radio o de la tele es sobre todo un espectáculo. Los tertulianos son más bien actores que representan mal que bien su papel. Lo curioso es que ellos mismos recurren muchas veces a términos de la esfera teatral, como *escenario, actuar, puesta en escena, escenificar*. Son analogías muy pertinentes para referirse a la vida pública, pero su reiteración puede llegar a cansar. El famoso *escenario* es una importación reciente del inglés, pero es una imagen difusa. Pretende aludir a la condición cambiante de los sucesos, pero en ese caso habría sido mejor decir *decorado*, si es que se desea seguir con la imaginería teatral (es una sugerencia de Francisco Marcos-Marín). Lo del *escenario* no suele ser más que una versión altisonante de lo que siempre se ha dicho una *suposición*, un *suponer*.

El lenguaje semiculto, como no puede ser de otra manera

Las tertulias de los medios son solo una ilustración del *lenguaje semiculto*. Es el que se emite por los *hombres públicos* para consumo de lo que se llama ahora la *ciudadanía*. Los discursos así formulados suelen cultivar también la locución *los españolitos de pie*. Ya he dicho que lo de los “españolitos” fue un acierto expresivo de Antonio Machado. Sin embargo, el diminutivo aludía a los recién nacidos, los que se incorporaban naturalmente a una nación escindida. La metáfora actual se ha olvidado de esa intención primera y pretende que sirva para los españoles adultos. La calificación de “a pie” parece referirse a los españoles del común, no se sabe si porque no tienen coche o tampoco caballo. Pero, una vez más, lo relamido de esa imagen no es por su origen sino por su reiteración. También se abusa de la equivalencia de *ciudadanos* para sustituir al conjunto de los españoles. En ese caso no queda muy claro si incluyen a los extranjeros residentes en España. Hay veces en que se recurre a *ciudadanos españoles*, pero tampoco se entiende muy bien qué ciudadanos pueda haber en España que no sean españoles. Naturalmente, pueden ser ciudadanos de otros países, pero en ese caso raras veces serán los destinatarios de la prédica de los opinadores. Lo que pocas veces se dice ya es *pueblo* en el sentido de los que pagan los impuestos. Es una lástima que se haya arrinconado esa hermosa palabra.

Me apoyo en la definición que da el diccionario de Manuel Seco y colaboradores de la voz *semiculto*. Es la “persona que tiene un ligero barniz cultural, pero cuya verdadera formación es deficiente y descuidada”. Lo más interesante es que muchas de esas personas, precisamente por sus deficiencias culturales, llegan a aposentarse en cargos políticos, sindicales o directivos de todo orden. Henos aquí con el influyente estrato social que cultiva el lenguaje semiculto: los hombres públicos. Su posición social les lleva a suponer erróneamente que conocen lo que hacen y dicen. Como descuellan por los símbolos de poder o influencia, tienden a sentirse protagonistas, cada uno en su decorado. Están deseosos de todo género de novedades para sorprender al público, para mantenerse en la cresta de la ola. En sus parlamentos emiten con soltura lo que les suena sin mucho criterio y con escasa documentación. Lo hacen así porque no es fácil que sus colaboradores o subordinados les lleven la contraria. Se benefician de la creencia generalizada de que “hablar distinto” supone un nivel socioeconómico superior y refuerza su marca de distinción. Han llegado a esa retórica por un procedimiento de tanteo. Si una forma de hablar les sirve para llegar a mandar o mantenerse en el poder, entonces es que funciona. Cierto es que hay excepciones egregias a esa tropa de semicultos indocumentados, pero, por desgracia, no suelen ser los que llegan a la cúspide.

Uno de los verbos favoritos del lenguaje semiculto es *conllevar*. Ha perdido su

significación clásica (“soportar con paciencia o resignación”). Recordemos el famoso texto de Ortega y Gasset en el que aconsejaba a los españoles “conllevar” el problema de Cataluña. En la parla pública de hoy quiere decir “implicar, llevar consigo, suponer”. Esa alteración de significados quizá proceda de que no están bien vistas las virtudes de la paciencia o la resignación y, menos aún, cuando se trata del fenómeno nacionalista. El luminoso Ortega tendría hoy poco predicamento.

Una expresión manoseada en el lenguaje semiculto es *los países de nuestro entorno*. Es sumamente imprecisa, pues no se refiere a las naciones que rodean al territorio español, sino a los que están próximos por el Norte: Francia, Reino Unido, Alemania, etc. Es decir, no suelen incluir a Portugal y menos a Marruecos o Argelia. Es un extraño sesgo geográfico. La razón es que la frase dicha se utiliza para comparar la situación española con la de los países europeos más adelantados. A veces se dice también *Europa* con ese mismo sentido, como si España no formara parte de ese continente o esa civilización.

Hay muchas más sustituciones sibilinas. El *hogar* es una inveterada metáfora para dar a entender la familia, pues alude al fuego, la cocina, el lugar tradicional de reunión de las personas que comparten una vivienda. En el discurso de los hombres públicos hay que referirse muchas veces a los hogares, esto es, las unidades familiares en cuanto son sujetos económicos de consumo y de impuestos. Pero la moda actual consiste en despegarse de esa expresión metafórica y hablar directamente de *las familias*. El término está lejos de ser unívoco, sobre todo ahora en que se habla con toda tranquilidad, incluso en textos legales, de *unidades de convivencia sin vínculos de parentesco*. Que conste que no se refiere a los conventos. Quizá la preferencia por el término de *las familias* sea —como en el caso de *ciudadanos y ciudadanía*— para no tener que decir *los españoles*. Es un sorprendente tabú ese del gentilicio nacional. Habrá que volver sobre el asunto.

Una expresión paradójica muy utilizada en el lenguaje semiculto es lo de *huir hacia adelante*. Es algo así como un movimiento precipitado e imprevisto frente a una situación engorrosa. Se predica siempre del contrario, pues las huidas propias son retiradas con raciocinio y mucho orden. Digamos que los enemigos huyen y los nuestros se repliegan. Al final de una guerra que se da por perdida nuestros ejércitos avanzan decididos hacia la retaguardia.

Aunque los diccionarios digan que *descontar* significa “quitar una cantidad de otra” (especialmente en el precio de los artículos de consumo), en el uso semiculto se ha impuesto otro sentido. Proviene de la jerga de los analistas de Bolsa, tan constantes hoy en los noticiarios como los meteorólogos. El nuevo sentido de *descontar* (= dar por supuesto, considerar de antemano) tiene un aire misterioso. Es algo que saben hacer los entendidos. Por la misma razón se utiliza mucho la locución *por supuesto*, que los legos no llegan a captar por qué habría que suponerlo. Puede

que sea un mimetismo más del inglés, donde el *of course* (una expresión resueltamente marinera, algo así como “mantener el rumbo”) es una expresión de cortesía. Una regla hermenéutica muy sencilla es que, cuando se oiga o se lea un *por supuesto*, lo más fácil es que el enunciado que sigue no sea tan evidente. Resulta penoso sospechar que los hombres públicos mienten, pero no suelen hacerlo con intención de engañar sino de lucirse. La insistencia en el *por supuesto* se hace para que el emisor se sienta más seguro. Es otra vez un ejemplo del carácter enfático del lenguaje. Si bien se mira, las cosas que verdaderamente se deban dar por supuestas no habría por qué mencionarlas.

A veces la retórica de esos hombres públicos tan presumidos recurre a frases que impresionan al oyente o al lector, precisamente porque le suenan. Véase este ejemplo tomado de un periódico: *La transparencia brilla por su ausencia a todos los niveles*. Es una forma retorcida de asegurar que todo es opaco.

La lectura de las noticias a través de la radio o la tele lleva a unos hábitos perezosos que no se dan tanto en otros géneros periodísticos. Nos podemos fijar en dos de ellos, realmente atosigantes. El primero consiste en comenzar muchas frases con un infinitivo. Por ejemplo, se puede empezar así una noticia: “Destacar la manifestación de ayer”. El segundo no es menos latoso. Consiste en comenzar la información con una “y”, como tratando de que hile con la anterior, por lo general de distinta autoría o factura. No es fácil la explicación de esos dos sesgos de los noticiarios. Alguien empezó con ello y luego han seguido los demás periodistas o presentadores miméticamente. Otra razón es que son dos modos de despersonalizar la noticia para que no parezca una opinión del periodista o presentador. Pero lo malo es que, por lo menos el primer vicio, el del infinitivo descolocado, ha penetrado en otros muchos géneros. En las conferencias, mesas redondas, declaraciones, entrevistas, etc., es ya corriente que el sujeto encabece algunas frases con un infinitivo. Suena un poco como el parlamento de los indios en las películas del Oeste.

Una locución adverbial de moda en el gremio periodístico y afines es *cuando menos* (en el sentido de “por lo menos” o “como mínimo”). Se utiliza para restringir o matizar la proposición que sigue. No es que sea incorrecta, pero su uso insistente puede llegar a empalagar. Más confuso es pasar a la alternativa de *cuanto menos*. Son manifestaciones que vienen bien al comentario periodístico, gustoso de matices y cautelas.

Algunas de esas expresiones últimas no son más que ilustraciones de un género que podríamos llamar **gramatiquerías**. Son locuciones que no significan mucho, pero son muy útiles para vencer la timidez del que rompe a hablar en público. Vienen a ser como articulaciones de sonidos vacuos para poder recapacitar mientras se habla. Lo malo es que, de tanto repetirlas, llegan a desgastarse todavía más. Unas muestras:

Yo diría que, por qué no decirlo, de hecho, primero de todo, lo que es, en cualquier caso, en este sentido, en

este contexto, en este escenario, en un momento determinado.

En algunos casos se trata de traducciones del inglés ubicuo. Ese idioma es asaz escueto y quizá necesite recurrir con frecuencia a esas fórmulas de relleno. Pero el español es de por sí barroco, lo que hace que las “gramatiquerías” resulten más cansinas para el oyente o el lector. No obstante, cada vez están más en boga. Luego alguna función cumplen, por ejemplo, la de alargar la frase y con ello impresionar más a los receptores del mensaje. La cantinela del *lo que es* se ha convertido en una verdadera moda de las declaraciones de los hombres públicos, especialmente cuanto tratan asuntos económicos. Está vigente en el castellano rural y se emplea sobre todo para describir vagamente indicaciones de lugares o paisajes. Pero ahora ha pasado a cumplir esa misma finalidad aclaratoria en la descripción de conceptos abstractos o de la alta política económica. No basta con decir “el rescate de los bancos”; impresiona más “lo que es el rescate de las entidades financieras”. Puede que ese misterioso añadido de *lo que es* sirva para insinuar que se trata de un concepto que se domina. Más enigmática es la frase de *es lo que es*, como indicando que no hay más que hablar. Es un argumento definitivo para defender algo cuando ya no quedan otros.

Otro artilugio para alargar la frase es añadir a un enunciado el latiguillo *como no puede ser de otra manera*. Es raro que los razonamientos o las percepciones no puedan ser de otra forma. Así que, cuando se oye o se lee esa cautela, hará bien el oyente o el lector en sospechar que se le ocultan otros modos de ver las cosas. Si se añade el estribillo dicho es precisamente porque el autor no está muy seguro de lo que intenta demostrar. Pero no debe aparecer como dubitativo ante los demás.

Una muletilla parecida es *por decirlo de alguna manera*. No se introduce para lograr un lenguaje más rotundo, matizado o tolerante. Eso es lo que parece, pero la función real de ese meandro del discurso es para alargarlo todo lo posible sin aportar más sustancia. De paso, el autor se presenta con una aureola de ponderación. Una vez más, insisto en que esa y otras gramatiquerías suelen proceder del inglés, lo que aumenta el lustre cultural.

Los circunloquios tienen a veces más sustancia, pero sirven para esa misma función de relleno. Los textos legales y las decisiones de la Administración Pública son muy agradecidos con esos artilugios para hacer ininteligibles las frases. Un ejemplo. Hace unos años el Gobierno de una comunidad autónoma sacó a concurso una plaza de “técnico de área en toma de decisiones basadas en la evidencia”. Solo le faltó poner el nombre y apellido.

El lenguaje semiculto gusta de los pleonasmos, las palabras adosadas a otras que resultan afines. No siempre son añadidos inútiles. Por ejemplo, es muy corriente la expresión *persona humana*. ¿Es que no son humanas todas las personas individuales? Puede que algunas nos resulten inhumanas o deshumanizadas por la forma de

comportarse. Además, en la tradición cristiana hay también personas divinas. En el amplio campo del Derecho se habla de personas jurídicas. Visto así, no está mal el aparente pleonismo de *persona humana*. Pasa algo parecido con los *derechos humanos*; en este caso por la posible presencia de los derechos de los animales. Otra reiteración es la de *derechos fundamentales*. No se colige bien qué derechos no son fundamentales.

Uno de los adjetivos más de moda en la parla de los medios y de los hombres públicos es *presunto* y sus derivados. En rigor, solo debería utilizarse para los actores de un proceso judicial: jueces, fiscales y abogados. Son los que están obligados a suspender la calificación de un reo mientras permanezca en el llamado banquillo de los acusados. A propósito, el reo es ahora *imputado* (aunque tampoco suene mucho mejor) y el banquillo es una silla con respaldo. Todo sea por la dignidad de los justiciables, que somos todos. Por eso mismo nadie debe ser calificado como delincuente más que después de una sentencia firme. Pero hasta entonces, el público ajeno al proceso judicial bien podría tachar de asesino o ladrón al que lo parece. De lo contrario se puede llegar al ridículo. Por ejemplo, este titular de un periódico: “Mata presuntamente a su mujer en presencia de sus hijos”. Por lo mismo, cualquiera puede calificar de asesinos o genocidas a Stalin o Hitler, a pesar de que no fueron condenados por ningún tribunal. Esos juicios se quedan para la conciencia de quienes los emiten. Pero, es igual. El razonamiento que acabo de hacer podrá ser muy convincente, pero hay que plegarse a los hechos. El uso actual en el lenguaje semiculto es que todos los acusados son presuntos y a veces el proceso puede durar años. Es más, se oye pronunciar el jeribequé de *presunto robo* cuando está claro que los ladrones han hecho un butrón para llevarse las joyas.

El abuso de *presunto* por parte de los medios y los hombres públicos no se debe realmente a escrúpulos jurídicos —que podrían pasar por hipócritas— sino a quedar bien. Con el palabro *presunto* (= supuesto) *se presume* (= se hace ostentación) de cultura. Siempre se ha admirado en España la condición de abogado, y no digamos si es abogado del Estado. La gran distinción social en España es la de estos dos grupos excluyentes de adultos: (a) Los que han estudiado Derecho. (b) El resto: a los que les habría gustado estudiar Derecho.

El juego de palabras del párrafo anterior está en la realidad y quizá se derive de la influencia del inglés omnipresente. En inglés y en español el verbo *presumir* significa dos cosas: dar por supuesto y hacer ostentación. Pero en el uso del inglés predomina la primera acepción, que resulta cautelosa y cortés. Recuérdese el celeberrimo saludo del periodista y explorador sir Henry Morton Stanley cuando se encontró con el doctor y misionero Livingstone en la selva africana. Seguramente no había otro blanco en varios cientos de kilómetros a la redonda, pero Stanley saludó quitándose el salacot: “*Doctor Livingstone, I presume*”. No había fotógrafo pero sí un dibujante.

La imagen quedó grabada para la posteridad.

Las noticias son más atractivas si cuentan algún tipo de violencia, sea física o verbal. El público puede confundir los *incidentes* con los *accidentes*. Los incidentes son enfrentamientos físicos entre dos o más personas en el desarrollo de un acto multitudinario. Los accidentes son sucesos imprevistos que causan daños a las cosas, los animales o las personas. No hace falta decir *un accidente fortuito*, a no ser que se desee eliminar la sospecha de que fue provocado. En los incidentes suele haber culpables.

Por influencia del inglés se tiende ahora a confundir *requisito* (= condición necesaria o conveniente para que se produzca un fin deseado) con *requerimiento* (= exigencia judicial). Puede que se introduzca aquí el extraordinario crédito que se concede a la imaginería jurídica, pero el hecho es que el lenguaje semiculto prefiere *requerimiento* a *requisito*. Por si fuera poco, se deja caer también *prerrequisito* o *requisito previo*, que no dejan de ser pretenciosos pleonasmos. Como lo son los *preavisos*, los *precontratos*, los *preacuerdos* o las *prejubilaciones*. Decididamente, el prefijo “pre” confiere respeto. Todo sea por hacer el discurso lo más enmarañado posible.

Hay un baile de significados con las voces *referente* y *modelo*. Ambas palabras están de moda, cada una por su lado. En la práctica del lenguaje semiculto se ha evaporado el significado de *modelo* como algo o alguien que se imita o se debe imitar. En cambio, se aplica esa palabra a la persona joven, de figura estilizada, que posa para anunciar cualquier cosa o para dejarse ver. Puede declarar que se casa, se divorcia o se va de vacaciones; a poder ser, delante de un fotocol con muchas marcas comerciales. Más que *modelo* se tendría que decir *maniquí*. Es evidente que se trata de una persona difícil de ser imitada. Asimismo, se generaliza la voz *modelo* como equivalente de sistema o esquema clasificatorio; por ejemplo, el *modelo productivo* o el *modelo de negocio*. Realmente, no se sabe muy bien qué quieren decir esas expresiones, pero la confusión viene bien al discurso de los hombres públicos. El *referente* equivale a “modelo” en el sentido tradicional de algo admirable, digno de imitarse. Sin embargo, ahora es más bien la persona de la que se habla bien y sobre todo de la que se habla mucho.

El vicio más espectacular del lenguaje de los hombres públicos es el ***sesquipedalismo***. Elijo a propósito ese polisílabo y cultismo para indicar la nueva estética de las palabras de muchas sílabas y, a poder ser, difíciles de pronunciar y de entender. La idea es alargar o estirar todo lo posible algunas palabras, incluso hasta el punto de sustituirlas por circunloquios. A lo largo de las páginas anteriores se presentan numerosas ilustraciones de ese ideal. Veamos una lista sintética de nuevos descubrimientos. Entre paréntesis se recoge la equivalencia en términos concisos y corrientes:

A día de hoy (= hoy).
Dar comienzo, dar inicio, inicializar (= empezar, comenzar).
Poner en valor (= apreciar, destacar).
Dar fin, finalizar, poner fin, poner el punto final (= terminar, concluir).
Hacer referencia (= referirse).
Explosionar (= explotar).
Listado (= lista).
Concretización (= concreción).
Condolencias (= pésame).
Es por esto por lo que (= por ello).
Hacer acto de presencia (= presentarse, aparecer).
Interaccionar, interactuacionar (= relacionarse).
Yo soy de los que opinan que (= opino que).
Yo soy de los que opino que (= opino que).
Intencionalidad (= intención).
Legalidad (= ley).
Condicionalidades (= condiciones).
Anteriormente, con anterioridad (= antes).
Posteriormente, con posterioridad (= después).
Concretizar (= concretar).
Tremendamente (= muy).
Los fundamentales (= los fundamentos).
La práctica totalidad (= muchos, casi todos).
En tanto en cuanto (= si).
Un largo etcétera (= etcétera).
Erario público (= erario).
Aseguramiento (= seguridad, seguro).
Reforzamiento (= refuerzo).
Indubitablemente (= sin duda).
Involucramiento (= compromiso).
Reconfiguración (= transformación).
Desaprender (= olvidar).
Más pronto que tarde (= en seguida).
Aditamento (= añadido).
Interoperabilidad (= operable).
Dimensionamiento (= dimensión).
Organizacional (= organizativo).
Nada más y nada menos (solo).
Matización (matiz).
Actuación (= acción).
Tensionar (= tensar).
Recepcionar (= recibir).
Señalizar (= señalar).
De una vez por todas (= definitivamente).
Poner de manifiesto (= decir, manifestar).

Una función latente del empleo de palabras sesquipedálicas por parte de los hombres públicos es que algunas son difíciles de pronunciar por las personas corrientes. De esa forma se acentúa la distinción entre un lenguaje para personas encumbradas y otro para las del montón. Siempre que pueden, los hombres públicos prefieren leer sus intervenciones, por cortas que sean. De esa forma es más difícil atascarse en las palabras polisilábicas.

Con esos y otros alargamientos y circunloquios se cumple el principio de máximo número posible de sonidos con el mínimo de ideas. Otra función de los sesquipedalismos es que permiten dar al discurso un mayor énfasis. Para persuadir lo mejor es dar la impresión de que uno está persuadido. Desgraciadamente, el énfasis se pierde mucho con los discursos leídos, a no ser que la lectura la haga un periodista muy profesional.

El alargamiento de las palabras que aquí interesa no es el de los términos científicos. Por ejemplo, el *ácido desoxirribonucleico* (= DNA, ADN o *adeene*, para facilitar las cosas) de los bioquímicos o los *adjetivos sincategoremáticos* de los lingüistas. Se pueden anotar también voces médicas como *otorrinolaringólogo* o *electroencefalografista*. Esas palabras pueden dar risa, como a los niños del produce hilaridad lo de *supercalifragilísticoespialidoso* de la televisión. El sesquipedalismo al que me refiero forma parte del vocabulario semiculto y su función es la de impresionar al oyente o al lector. A fe que lo consigue.

La esperanza que queda en este dominio de la jerga de los hombres públicos es que sea efímera, que pase pronto como una moda. Ciertamente es que algunos términos más repetidos en un momento se van olvidando, pero son sustituidos por otros que inauguran una nueva tendencia. Pasa lo mismo con las prendas de vestir. Hace unos pocos años hicieron furor entre las jovencitas los pantalones de talle bajo. La moda ha sido fugaz. Ahora son los pantis en lugar de pantalones, a poder ser negros. Hay muchos ejemplos más. Pues bien, también hay usanzas pasajeras en el habla semiculta. Por ejemplo, en la generación anterior se impuso la voz obsesiva de *tema* para esto y para estotro. Pues bien, hoy es una *tema* (= manía) en declive. Lo que parecía refitolero hace una generación ahora pasa por chabacano.

El delirio del politiqués: estamos en el buen camino

El dialecto o jerga del **politiqués** es la mejor ilustración del lenguaje semiculto. Al llegar aquí, el lector ha adquirido ya los rudimentos de esa jerigonza. A partir de la cual se forma el hablar atildado de muchos políticos, incluidos de manera preferente los sindicalistas. Conviene remachar algunos elementos de ese peculiar lenguaje, aunque solo sea por lo continua que es su exposición ante los micrófonos y las cámaras.

El politiqués se acerca mucho al tertulianés, puesto que periodistas, comentaristas y políticos son como primos hermanos. Ese parentesco espiritual no resuelve los conflictos latentes entre unos y otros camaradas. Ciertamente es que algunos políticos son vistosos tertulianos, incluso de manera asidua. También lo es que algunos periodistas y comentaristas tutean a los políticos, se sienten miembros de la misma tribu. Pero no son intercambiables. Ahí está la fuente del conflicto potencial a través de sutiles envidias. Un periodista o un comentarista se pueden considerar pares de los políticos, a quienes tratan con campechanía. Pero la marca del poder es inexorable. El político disfruta de ciertos privilegios que no llegarán fácilmente a los periodistas o los comunicadores. La aparente igualdad es semilla de resentimiento. La frase hecha de *estamos todos en el mismo barco* puede resultar engañosa. En los barcos las “clases” suelen estar bien señaladas. Además, últimamente se ha perdido la costumbre gloriosa de que, si el barco se iba a hundir, el capitán era el último en abandonarlo.

La explicación primera del politiqués es la misma que facilita el desarrollo de las otras jergas. Se trata de mantener la segregación entre la tribu de los políticos y el resto: los administrados, contribuyentes o simples ciudadanos. Es un deseo que se apoya en un sentimiento general: el de la necesidad de distinguirse a través del lenguaje. No solo los políticos, muchos profesionales gustan de regodearse con términos que no son comunes, que impresionan al que está fuera de ese círculo. Eso es así para los médicos y los delincuentes habituales, los profesores y los sociólogos, los policías y los cronistas deportivos. Si bien se mira, todos pertenecemos a uno u otro gremio, al que somos fieles demostrando que hemos aprendido la jerga corporativa. Quien se crea libre de esas ataduras profesionales por lo menos le resultará imposible librarse de la afiliación de la edad o de la región de nacimiento o de residencia. El politiqués añade un factor peculiar a las otras jergas de los hombres públicos. Es el inefable carisma del poder. Algo tendrá cuando hay tantos aspirantes a escribir en el Boletín Oficial del Estado o sus equivalentes regionales. Es lo que se llama el complejo de Moisés: bajar del Sinaí del poder con las tablas de la ley en la mano.

No debe entenderse el politiqués como una estricta jerga corporativa, al estilo, por ejemplo, de la que caracteriza a los cronistas de toros. El politiqués no pretende ser

original o exclusivo; se nutre del lenguaje de otros profesionales e incluso de términos populares. Por otra parte, no son pocos los empresarios, directivos y altos funcionarios que participan de muchos decires de los políticos. A todos se nos contagia el politiqués.

Aunque por razones de comodidad me refiera aquí continuamente a los políticos como gremio, preciso es reconocer que se pueden clasificar en dos lotes: la izquierda y la derecha. Esa pertenencia condiciona también el lenguaje. Un ejemplo mínimo. Hay expresiones típicamente de izquierdas, como *en el seno de*, *correlación de fuerzas* o *contradicciones*. En cambio, *fenomenal* o *poner en valor* son características de la derecha. Tampoco es que los políticos de ambos bandos se puedan reducir a un solo gremio. La prueba está en que los comentaristas conservadores pueden criticar a los políticos de su cuerda, pero los opinadores de izquierdas no suelen reprobar a sus correligionarios en el poder. Esa asimetría no tiene mucha explicación.

Se han escrito muchas sesudas páginas para precisar en qué consiste el contraste entre la izquierda y la derecha. No es este el lugar para tratar tan ardua cuestión. Solo diré que soy contrario a la idea mostrenca de que la distinción izquierda-derecha está superada. Solo se puede sostener una cosa así si se posee la sensibilidad de un molusco. Es evidente que el ser de derechas o de izquierdas condiciona la manera de ver el mundo y de describirlo. Es tan irracional y tan indeleble la pertenencia a una de esas dos categorías ideológicas como la adscripción a un club de fútbol. En ambos casos la afiliación imprime carácter, sobre todo a la hora de enjuiciar al adversario. La conducta del árbitro en un partido de fútbol será juzgada de una forma o la contraria según que el observador esté con uno o u otro equipo. Por lo mismo, una persona de izquierdas o de derechas responderá a cualquier estímulo político de modo automático, previsible. Por lo general la izquierda apreciará más la igualdad; la derecha, más la libertad. Lo sorprendente es que, así como la sociedad se mueve en conjunto hacia la mentalidad de izquierdas, el lenguaje que se impone es el de la derecha. El resultado es una gran confusión.

En la panoplia ideológica española tenemos un cierto equilibrio por la parte de la izquierda: hay socialdemócratas, socialistas, comunistas y aun grupos más extremos. Pero en la derecha no destaca más que el PP, con la particularidad de que muchos de sus miembros se consideran de “centro”. Al tiempo de redactar este comentario, me deja estupefacto la declaración de un presidente de una comunidad autónoma, dirigente nacional del PP. Preguntado por su ideología, contesta enfático que él no se considera de derechas sino “normal”.

El político recurre a ciertos tics de su jerga no para convencer al posible electorado sino para situarse por encima de sus hipotéticos votantes. Esa distancia vertical del poder, agrandada por todo tipo de símbolos, es la viva imagen del poder. Si realmente se propusieran convencer, los políticos hablarían de modo más llano.

Las declaraciones de los políticos —su género preferido— tratan de convencer a los posibles electores con palabras y expresiones floridas. Pero, más que ese fin persuasivo, al político le interesa destacar, sobresalir, brillar. Algunos afortunados lo consiguen.

Los gobernantes tratan por todos los medios de que sus acciones (ellos dicen *actuaciones*) no les creen muchos problemas, por ejemplo, de posible mal empleo de los dineros públicos. La intención exculpatoria de los gobernantes —la culpa siempre la tienen los otros— es una de las razones que les lleva a aferrarse a un lenguaje perifrástico. Todo menos la decisión de *dimitir*. Se han hecho muchas bromas con esa resistencia. Se comenta, por ejemplo, que es una palabra rusa y por eso no se conjuga. En realidad, es un verbo defectivo, como los atmosféricos (llover, nevar, relampaguear, etc.). Se puede decir que “relampaguea”, suponiendo que es una fuerza oculta (Dios, Júpiter) la que da lugar a ese meteoro. Pero sería irreverente asegurar “yo relampagueo”. Por lo mismo, parecería una falta de respeto para un político conjugar “yo dimito”. No son una raza especial los políticos cuando se resisten a dimitir, a reconocer sus culpas. Eso último es algo genuinamente español, de todas las categorías sociales.

La obsesión de poner todo el énfasis posible en las declaraciones y discursos lleva a que muchos hombres públicos antepongan el adjetivo *propio* delante de cualquier nombre que se desee resaltar. No es que sea un error gramatical; como siempre, es su insistencia lo que hastía. La prueba de la inutilidad de ese recurso es que, si se tacha “propio”, la frase conserva todo su sentido. Puede que sea otra artimaña para alargarse, para conseguir un poco de tiempo y así poder pensar mejor.

El discurso politiqués gusta mucho de los términos clasificatorios. Ya he aludido a dos de ellos. Uno es *ámbito*, que tantas veces repiten en los dispares sentidos; espacio, lugar, círculo, ambiente, competencia. Tiene la ventaja de ser una palabra esdrújula; por tanto, de sonoridad asegurada. Está también esa maravillosa locución de *lo que es*; proporciona una aparente precisión taxonómica. Ya la he comentado, pero quizá no he dicho que me embelesa. Hay todavía una versión popular: *lo que viene siendo*. Sirve muy bien para anunciar cuál va a ser el importe total de una factura. El equivalente en inglés sería *the bottom line* (= la última línea).

En el politiqués se emite con frecuencia el doblete *espero y deseo*. La interpretación de ese sentimiento es clara. Se trata de dar un mensaje optimista a los oyentes o lectores, hipotéticamente al electorado posible. El autor de la doble acción transmite la idea de que sus objetivos son alcanzables porque los sueños se cumplen. El voluntarismo siempre tiene su recompensa.

Una palabra talismán para los políticos actuales es el *consenso* (= acuerdo por el que suavizan las diferencias de opinión). No se entiende bien por qué hay que forzar el consenso en las cosas en las que las opiniones diferentes, y aun opuestas, resultan

naturales. Quizá sea porque para un político lo fundamental es mandar, aunque sea a costa de ceder en algunos principios. Recuértese la promesa de un presidente de Gobierno cuando dice “cumpliré las promesas de mi programa si las circunstancias lo permiten”. O bien, “no he cumplido las promesas de mi programa, pero he cumplido con mi deber”. Cabe un mayor compromiso: “bajaré los impuestos siempre que haya margen para ello”.

Siendo un verbo tan de moda, *consensuar*, muchos lo conjugan mal. Dicen “yo consensuo” en lugar del correcto “yo consensúo”. Tampoco es una falta para reprocharla. Más notable es la expresión *amplio consenso* o *consenso general*. Una vez más, estamos ante los retóricos pleonasmos. Un error de conjugación que contrasta con el anterior es el de decir “evacúan”, para sustituir al correcto “evacuan”. Tampoco tiene mucha importancia, sobre todo porque este tipo de errores, con el paso del tiempo, se convertirán en normas. Esa es la fuerza de la lengua viva.

La obsesión por el consenso, acuerdo o negociación, lleva a ensalzar también la ocultación de los conflictos personales. Para ello se acude a expresiones tan acarameladas como *positividad* o *sinergia emocional*. Algunos selectos adjetivos terminados en “al”, de ascendencia anglicana, suelen tener mucho predicamento. He mencionado ya algunos.

El mimetismo del inglés llega a ser tan potente que, en caso de duda, el politiqués se inclina por el término anglicano y arrinconando el castizo. Por ejemplo, algunos políticos más finos prefieren decir *inusual* que “raro o desusado”. Quizá sea para insinuar que están estudiando inglés. Es algo que viste mucho.

Otro neologismo inquietante de la jerga politiquesa es *gobernanza*, del inglés *governance*. Se supone que es algo así como *gobernación*, la acción de dirigir un país o institución con suficiente autoridad. El neologismo está de sobra, pero ha calado. Puede que se haya aceptado porque la “gobernación” la asocian muchos en España con el vitando franquismo: ministro de la Gobernación, gobernadores civiles y militares. Pero esas cosas no se dicen. Milagro es que *gobernanza* se escriba todavía con “b”.

La cantera del inglés no es la única. Hay veces en que los políticos se surten de las expresiones populares o regionales. Por ejemplo, pueden decir *a mayores* o *mayormente* en lugar de “además”. Eso da un toque étnico al discurso político, que siempre viene bien. *Mayormente* me gusta.

El adjetivo *complicado* (= compuesto de muchos elementos o partes) se utiliza mucho en el dialecto politiqués en el sentido de “extremadamente dificultoso”. Puede que esa acepción provenga del lenguaje sanitario, donde el proceso de una enfermedad puede complicarse con nuevos síntomas y, por tanto, agravarse. Pero el nuevo sentido de *complicado* (= difícil) se debe a que los políticos y otros hombres públicos que deben tomar grandes decisiones desean pasar por voluntaristas. En cuyo

caso se proponen ocultar los conflictos, las dificultades reales. Cuando se dice que un asunto resulta *complicado*, se transmite la impresión de que se puede resolver con tenacidad y empeño.

Sabemos que la cultura española es muy propensa a los conflictos personales, pero por eso mismo practica con maestría el arte de disimularlos. Una forma de cumplir ese artificio es considerar que los asuntos dificultosos son *retos*, *desafíos*. Así se forma un aura heroica alrededor del poder. Es el mismo voluntarismo que convierte lo complicado en *importante* o que se deja caer con la expresión, tan cara a los políticos, de *estamos trabajando*. Para evadirse de opinar sobre la conducta de los jueces, los políticos suelen decir *hay que dejar trabajar a los jueces*. No se entiende muy bien por qué los contribuyentes no pueden disentir de la opinión de un juez, pero esa es la doctrina que priva. Tampoco resulta comprensible que, si se critica a un juez, se le impide trabajar.

La introducción de eufemismos en el politiqués lleva a verdaderos arabescos del idioma. Tómese, por ejemplo, la palabra *aborto* (provocado), que suena mal incluso para los abortistas. En su lugar, la llamada *corrección política* (más bien hipocresía social) ha impuesto el circunloquio de *interrupción voluntaria del embarazo*. Por si todavía pudiera traer complicaciones diplomáticas, cuando se envían fondos públicos a los países pobres para sufragar abortos provocados, la expresión es *salud sexual reproductiva*. Para ser precisos, tendrían que haber dicho *salud sexual no reproductiva*.

La apoteosis del eufemismo se ha logrado con la actual crisis económica, en verdad más intensa y duradera de lo esperado. Repasemos algunos de los términos del politiqués que sustituyen a la innombrable crisis económica:

Coyuntura complicada, desaceleración intensa, fase de preparación para la recuperación económica, reducción del crecimiento, turbulencias.

Hay más, pero no es cuestión de abusar de la paciencia del lector, que debe de estar ya exhausto. Ha transcurrido más de un lustro desde que se avizó la crisis. Los gobernantes han venido anunciando repetidas veces que la recuperación se iba a producir “en el segundo semestre del año que viene”. Parece el cuento de ese cartel que ponen en algunos bares: “Hoy no se fía; mañana, sí”.

Aunque en el politiqués sea muy común la locución *en relación a* (que a todos nos contagia), se debe anotar que la fórmula correcta es *en relación con* o bien *con relación a*. Son tiquismiquis sin importancia, pero prueban que la influencia de los hombres públicos es mayor de la que ellos suponen, si bien en el campo inesperado del lenguaje. Quiero decir que mi crítica es muy benigna, pues todos llegaremos a incorporar el politiqués a nuestros hábitos. A los hombres públicos aquí criticados — suponiendo que se den por aludidos— les agrada esa interpretación de que son innovadores. Tanto es así que van a lograr que cambien algunas reglas gramaticales.

Eso sí que es poder taumatúrgico.

La palabra *cambio* fue un talismán en la generación que llevó a cabo la epopeya de la llamada Transición democrática o más bien la voladura controlada del franquismo. El *cambio* ya no goza de tanta prestancia, pero se sigue utilizando con el mismo propósito milagroso. Se supone ingenuamente que, si las circunstancias se alteran, será para mejorar. Pero una de las experiencias de la crisis económica es que los cambios pueden significar también que las cosas pueden ir a peor. De ahí que ahora se impongan nuevos términos que indican equilibrio, estabilidad, solidez, seguridad. Se podrá seguir hablando de desarrollo, pero *sostenible*. Ya me he referido a ello.

Una nueva moda del discurso político es la de referirse de forma continua y cansina a *las políticas*, en el sentido de las decisiones que se toman a favor del pueblo. Puede que sea otra imitación del inglés (*policies*). Pero, sea cual fuere el origen, lo sustantivo es que se trata de una expresión muy útil. De esa forma se oculta que las dichas *políticas* son decisiones onerosas para el contribuyente. Además, al ser varias, se supone que unas pueden corregir los defectos o inadecuaciones de las otras.

Tradicionalmente a los políticos les gustaba hablar en una especie de plural mayestático al sentirse representantes del Estado o de la nación. Pero esa atribución está en decadencia. Ahora se impone lo contrario, el yoísmo. No basta con decir “creo que”; se insiste en *yo creo que* o *yo soy de los que creen que*. Ese yoísmo quizá sea otro resto de la influencia del inglés, pero en ese idioma la conjugación del verbo exige anteponer el pronombre. En español no es necesario, salvo para recalcar que el sujeto —y no otros— es el titular de la acción. Por ejemplo, si se dice “yo creo que”, se deja caer que otros no participan de esa creencia. Lo malo del yoísmo es esa nueva moda de algunos hombres públicos de decir *yo soy de los que creo*. Por lo visto, ese disparate no les suena mal, pues no lo suelen rectificar.

Un verbo tan popular como ambiguo es *constatar* (= darse cuenta, comprobar, opinar, demostrar, observar). Su popularidad se deriva precisamente de esa multiplicidad de significados. Cuando se vea difícil la demostración de algo, se *constata*. Es una forma más liviana de asegurar que ese algo se observa y se apunta. El politiqués gusta de la ambigüedad. Es una forma de no comprometerse mucho. La razón es clara: el que se compromete seriamente tiene pocas posibilidades de ascender o de seguir en el machito. Un gesto muy característico de algunas declaraciones de los políticos públicos es *ni confirmo ni desmiento*. Parece una conclusión de los augures del pasado. Claro que el pueblo llano sabe que *quien calla, otorga*. Es la sabiduría opuesta a la doctrina tradicional del “silencio administrativo”. En política quien se abstiene no concede nada.

No es la única ambigüedad. Queda dicho lo impreciso que resulta la medición de

a largo, medio o corto plazo, que tanto gusta a los políticos. Para mayor desconcierto se suelen combinar dos de esas estimaciones para hacer una sola. Por ejemplo, *a medio y largo plazo* o bien *a corto y medio plazo*. Lo más llamativo es que cada vez se dice más *a corto* o *a largo* sin más. La imprecisión no es azarosa; es lo que se busca. Al político de raza no le interesa comprometerse, y menos con los plazos.

El discurso de los políticos parece en ocasiones un repertorio de bondades: *lo peor ya ha pasado, estamos en el buen camino o en la buena dirección, es una buena noticia, hay que poner en valor, dos punto cero, en positivo*. Tanto es así que ese talante se suele registrar como *buenismo*. El vocablo no está en los lexicones, pero lo estará pronto. Una manifestación de esa actitud equivale a la acción de *pasar página* (= olvidarse de los errores, perdonar las faltas). No suele hacerse de forma magnánima sino por no discutir y sobre todo por no pedir perdón.

Un vocablo de la jerga politiquesa que acarrea un cierto estigma es el de *cunero*. Es el candidato a diputado —y sobre todo el que obtiene el escaño— metido con calzador en una provincia en la que no tiene arraigo por el partido político correspondiente. La práctica viene de lejos. Por ejemplo, Benito Pérez Galdós fue diputado cunero por Puerto Rico. *Cuna* era entonces tanto como “inclusa, hospicio”. Es decir, el diputado cunero —ahora también llamado *paracaidista*— es el que desembarca en un distrito que no es el suyo de nación. En la jerga taurina un *toro cunero* es el que no procede de una ganadería reconocida.

Una de las grandes aporías políticas de la España actual es la singular ambigüedad de la organización territorial. Ya la palabra *territorial* es un eufemismo para evitar el roce con los tabúes de las regiones o la nación española. En lugar de las tradicionales *regiones* tenemos *comunidades autónomas*, como si España no fuera una comunidad autónoma o hubiera regiones heterónomas. Se llaman también *autonomías* sin más, un abstracto hecho sustantivo. Las ambigüedades se refuerzan todavía más al proponer algunos un *federalismo asimétrico* o un *autonomismo diferencial*. Nadie parece saber qué significan esos terminachos, salvo que se quiera decir que debe continuar el estatuto singular de algunas regiones, como el País Vasco, Navarra o Cataluña. Igual de confuso es el *soberanismo* de algunas regiones, de momento más bien un inasequible deseo. Es otro eufemismo para no mencionar la *autodeterminación* o la *secesión*. En las circunstancias actuales ni siquiera el Estado español es plenamente soberano, vistos los condicionamientos que supone su pertenencia a la Unión Europea. Un Presidente de una comunidad autónoma puede jurar su cargo con la promesa ineludible de ser fiel a la Constitución. Pero al tiempo puede reclamar un Estado propio para su “nación” (= región). El galimatías puede llegar a ser babélico.

Por extraño que pudiera parecer, las palabras *España* y *español* producen urticaria en muchos ambientes políticos. Para evitar el tabú del gentilicio se habla de *este país*,

el *Estado*, los *ciudadanos* o la *ciudadanía*. Produce hilaridad el circunloquio *a lo largo y a lo ancho de la geografía* para soslayar el término *España*. La calificación de *español* o *nacional* se transmuta en *estatal* o *al nivel del Estado*, como si el Estado pudiera sustituir a la nación, al pueblo. En algún bar más castizo se ofrece en el menú “tortilla del Estado” para no poner la vitanda “tortilla española”, que podría pasar por fascista.

En *La perversión del lenguaje* (1994) me maravillaba de la confusión que dominaba en los diccionarios al definir la voz *socialismo*. Sigue sin estar clara. Socialistas se dicen los terroristas de la ETA (ahora legalizados y en las instituciones), los revolucionarios cubanos y los “bolivarianos” de Venezuela. Esa era también la etiqueta del dictador Gadafi de Libia y con ella se identifica el extravagante sátrapa de Corea del Norte. En España se afirma una tendencia, que empezó en Cataluña, por la que el Partido Socialista pasa a ser el “Partido de los socialistas”. No menor ambigüedad se produce en el Partido Popular, cuyos dirigentes se consideran de “centro derecha” o incluso de “centro” sin más. En cuyo caso no se entiende cuál pueda ser el partido de la derecha o conservador.

Uno de los privilegios no escritos de los altos cargos políticos es que sus declaraciones no suelen ser discutidas más que por sus oponentes. El otrora vicepresidente del Gobierno, Alfonso Guerra, hizo famosa la ingeniosa frase de que “el que se mueva no sale en la foto”. Quería decir que en la política los díscolos o independientes no medran. Nadie se atrevió apostillar que esa frase se dijo en la revolución mexicana de principios del siglo xx y con el mismo sentido analógico. Tenía su razón de ser. En aquellos tiempos una buena foto exigía que los que posaban permanecieran inmóviles. Hoy no importa tanto. Pero en España se ha aceptado la idea de que los políticos no deben salirse del guión. Por eso se impone para ellos un lenguaje característico.

Otra famosa frase, “sangre, sudor, fatiga y lágrimas”, la enunció Winston Churchill con ocasión de la defensa de Inglaterra en la II Guerra Mundial. Pues bien, en España se cita muchas veces esa frase, pero se le ha suprimido bonitamente la “fatiga” (*toil*). Puede que la estética trinitaria resulte más sonora, pero no es irrelevante que hayamos querido eliminar la fatiga o el esfuerzo. No son valores que hoy se aprecien mucho. Pero eso nos llevaría a otro libro, y este ya está dando las boqueadas.

Los despropósitos y excentricidades del politiqués no pueden deberse a la ignorancia. Si sus fautores cultivan una jerga especial es por convencimiento, porque les es útil, para mantenerse enhiestos en el escabel del poder o de la influencia. Por eso mismo no se puede decir que su lenguaje sea torpe. Al contrario, sirve muy bien a los propósitos de aposentarse en el poder. La clave de los discursos o declaraciones de muchos políticos no está en su deseo de hacerse entender, por ejemplo, para

conseguir votos. Ni siquiera en las campañas electorales se produce esa asociación. Al igual que las personas del común en algunas conversaciones cotidianas, lo que dicen es para ocultar sus verdaderas cavilaciones. Por eso es tan difícil y tan estimulante el estudio de esa maravilla del politiqués. Aquí solo he expuesto algunos de sus rudimentos. Prometí que el libro iba a ser de entretenimiento, aunque también tiene su enjundia. Al final, el texto se me ha ido un poco de las manos. Resulta que termina siendo un manual para conseguir el éxito en la vida pública. Por lo menos es así a través del dominio del dialecto politiqués. Tú dirás, lector. Vale.

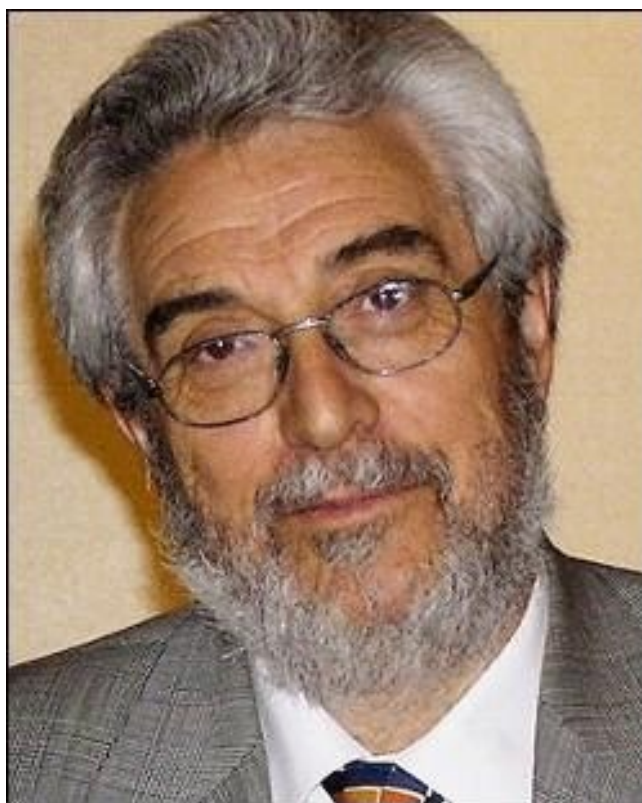
Cámelot de Madrid, 23 de abril de 2013,
fiesta de San Jorge, día de Cervantes y de Shakespeare.

Para comunicar con el autor:
fontenebro@msn.com

BIBLIOGRAFÍA SOMERA

- ALVAR EZQUERRA, Manuel, *Nuevo diccionario de voces de uso actual* (Madrid: Arco/Libros, 2003).
- ARBELOA, Víctor Manuel, *Perversiones políticas del lenguaje* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2004).
- BOSQUE, Ignacio, *Redes: diccionario combinatorio del español contemporáneo* (Madrid: Ediciones SM, 2004).
- CARBONELL BASSET, Delfín, *Diccionario sohez de uso del español cotidiano* (Barcelona: Ediciones del Serbal, 2007).
- CELA, Camilo José, *Enciclopedia del erotismo* (Madrid: Sedmay, 1976).
- CELDRÁN GOMARIZ, Pancrancio, *Hablar bien no cuesta tanto* (Madrid: Temas de hoy, 2009).
- DIOS LUQUE, Juan de; PAMIES, Antonio y MANJÓN, Francisco José, *Diccionario del insulto* (Barcelona: Atalaya, 2000).
- DIOS LUQUE, Juan de y PAMIES, Antonio (comp.), *La creatividad en el lenguaje* (Granada: Método, 2005).
- LAÍNZ, Jesús, *Desde Santurce a Bizancio: El poder nacionalizador de las palabras* (Madrid: Encuentro, 2011).
- MARCOS-MARÍN, Francisco A., *Los retos del español* (Madrid: Iberoamericana, 2006).
- MARCOS-MARÍN, Francisco y DE MIGUEL, Amando, *Se habla español* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2009).
- MIGUEL, Amando de, *La pervisión del lenguaje* (Madrid: Espasa Calpe, 1994).
- MIGUEL, Amando de, *La magia de las palabras* (Madrid: Infova, 2000).
- MORA-FIGUEROA, Santiago de, marqués de Tamarón, *El guirigay nacional* (Madrid: Áltera, 2005).
- NÚÑEZ CABEZA, Emilio Alejandro y GUERRERO SALAZAR, Susana, *El lenguaje político español* (Madrid: Cátedra, 2002).
- PASCUAL, José Antonio, *No es lo mismo ostentoso que ostentóreo: La azarosa vida de las palabras* (Barcelona: Espasa, 2013).
- PRADO, Manuel, *Diccionario de falsos amigos, inglés-español* (Madrid: Gredos, 2001).
- RODRÍGUEZ BRAUN, Carlos, *Diccionario políticamente incorrecto* (Madrid: LID, 2004).
- SALVADOR, Gregorio, *Noticias del reino de Cervantes* (Madrid: Espasa, 2007).
- SECO, Manuel y SALVADOR, Gregorio (comp.), *La lengua española, hoy* (Madrid: Fundación Juan March, 1995).
- SECO, Manuel y otros, *Diccionario del español actual* (Madrid: Aguilar, 1999).

SECO, Manuel, *Nuevo diccionario de dudas y dificultades* (Barcelona, Espasa, 2011).
VV. AA., *El español de los negocios* (Madrid: Espasa Calpe, Junta de Castilla y León, 2008).
ZAMORA VICENTE, Alonso, *La otra esquina de la lengua* (Madrid: Fundación Antonio de Nebrija, 1995).



AMANDO DE MIGUEL. (Pereruela, Zamora, 1937) Es catedrático emérito de Sociología de la Universidad Complutense. Realizó estudios de postgrado en la Universidad de Columbia y ha sido profesor visitante en las de Yale y Florida y en El Colegio de México. Ha profesado, además, en las universidades de Valencia y Barcelona. En 2008 ha sido profesor visitante en la Universidad de San Antonio (Texas).

Es director de estudios de Tábula-V, un instituto de opinión pública que, entre otros trabajos, ha realizado la serie de informes anuales sobre *La sociedad española*. Ha publicado alrededor de setenta libros.

Ha publicado más de 120 libros y miles de artículos. Colaborador habitual en los medios de comunicación, tanto en radio (Antena 3 Radio, Viva la gente, entre 1985 y 1992; Cadena COPE, en *La mañana*, entre 1992 y 2008; Onda Cero, en el espacio presentado por el periodista Carlos Herrera, *Herrera en la onda*, desde 2008), como prensa escrita (el periódico *La Gaceta* desde 2009), prensa digital (*Libertad Digital*) y televisión (Telemadrid —*Madrid opina*—, Veo7 e Intereconomía Televisión).

Desde 2004 es miembro del Consejo Económico y Social de la Comunidad de Madrid. Forma parte del Patronato de Honor de la Fundación para la Defensa de la Nación Española (DENAES).

Ha sido galardonado con los premios de ensayo: Espasa (1988), Jovellanos (2001), Miguel Espinosa (2003), Premio de Cuentos Café “El Pícaro” (Toledo, 2004) y Premio Ensayo Breve de Sociología “Fermín Caballero” (Cuenca, 2007). Asimismo

se le han otorgado los premios “Mayores en acción 2010” (CEOMA, Madrid), “Por la defensa de valores y la libertad 2010” (Foro Peñalba, Madrid) y Académico Correspondiente por la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes (2011).